

Facultad Latinoamérica de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Asuntos Públicos

Convocatoria 2018-2020

Tesis para obtener el título de la maestría de Investigación en Estudios Urbanos

Transformaciones identitarias de mujeres migrantes afrodescendientes en la ciudad de Quito-
Ecuador

Samanta Estefanía Andrade Moreno

Asesor: Augusto Barrera

Lectores: Gioconda Herrera M. y Pablo Carrera

Quito, agosto de 2022

Dedicatoria

A Norma, Irma, Aracely, Bertha y Angelita, quienes con su fortaleza y alegría cotidiana siguen disputando el derecho a habitar la ciudad con dignidad.

“desde donde cayó una gota de sudor de nuestros ancestros y ancestras hasta allá va nuestro territorio, donde se encuentre físicamente un/una afro-descendiente es nuestro territorio” (Carabalí et al. 2021, 6).

Tabla de contenidos

| | |
|---|------|
| Resumen | VIII |
| Agradecimientos..... | IX |
| Introducción | 1 |
| Capítulo 1 . Marco Teórico | 5 |
| 1. Estado de la cuestión | 5 |
| 1.1 Género y etnicidad en los estudios sobre migración interna campo-ciudad..... | 7 |
| 1.2 Migración interna y transformaciones identitarias | 9 |
| Capítulo 2 . Marco Conceptual | 11 |
| 2.1 Producción social del espacio..... | 11 |
| 2.2. Territorialidad..... | 14 |
| 2.3 Transformaciones identitarias..... | 19 |
| 2.4 Interseccionalidad | 22 |
| Capítulo 3 . Marco analítico y metodológico | 25 |
| 3.1 Marco Metodológico | 26 |
| Capítulo 4 . Contextualización | 33 |
| 4.1 La población afrodescendiente en Ecuador | 33 |
| 4.2 La población afrodescendiente en el Territorio ancestral afroecuatoriano de Imbabura y Carchi..... | 35 |
| 4.3 La distribución territorial ecuatoriana, frente a las dinámicas migratorias (campo-ciudad) | 37 |
| Capítulo 5 . Prácticas territoriales de las mujeres afrodescendientes..... | 45 |
| 5.1 Múltiples caminos: del Valle Chota-Mira a la capital. Crónicas de cinco mujeres migrantes afrodescendientes..... | 45 |
| Capítulo 6 . ¿Qué permanece y qué se transforma? Mujeres migrantes afrodescendientes frente a las relaciones de poder | 77 |
| 6.1 Porqué migran las mujeres afrodescendientes del Valle del Chota-Mira..... | 77 |

| | |
|--|-----|
| 6.2 Límites en tensión. Apropiación territorial de las mujeres migrantes afrodescendientes en la ciudad..... | 79 |
| Conclusiones | 119 |
| Referencias | 123 |
| Anexos..... | 128 |

Ilustraciones

Tablas

| | |
|---|----|
| Tabla 3.1. Matriz analítica..... | 27 |
| Tabla 3.2. Estrategia de investigación..... | 29 |

Mapas

| | |
|--|----|
| Mapa 4.1 Comunidades del Valle del Chota-Mira..... | 35 |
| Mapa 4.2. Flujos territoriales Imbabura-Carchi-Quito (Colombia)..... | 44 |

Figuras

| | |
|---|-----|
| Figura 3.1 Conceptos ordenadores | 25 |
| Figura 6.1 Diagrama de red Corporalidad..... | 79 |
| Figura 6.2 Diagrama de red: Independencia económica | 88 |
| Figura 6.3 Diagrama de red: Relaciones sexo-afectivas | 93 |
| Figura 6.4 Diagrama de red: Sexualidad y Reproducción | 98 |
| Figura 6.5 Diagrama de red: Escolaridad..... | 102 |
| Figura 6.6 Diagrama de red: Vínculos comunitarios | 105 |
| Figura 6.7 Diagrama de red: Espacialidad en la ciudad..... | 111 |

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Samanta Estefanía Andrade Moreno, autora de la tesis titulada "Transformaciones identitarias de mujeres migrantes afrodescendientes en la ciudad de Quito-Ecuador" declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Estudios Urbanos, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, abril de 2022



Samanta Estefanía Andrade Moreno

Resumen

Las mujeres afrodescendientes son las personas que más migran en Ecuador. En 2021 se estima que el 25% de mujeres afro ha migrado dentro del país. A través de los testimonios de vida de un grupo de mujeres migrantes afrodescendientes originarias del Valle del Chota y la cuenca del Río Mira, analizados desde la perspectiva interseccional, se identifica que los desplazamientos campo-ciudad implican un conjunto de transformaciones ligadas a los procesos de territorialización de las migrantes. La inserción urbana de las mujeres en la ciudad de Quito pone en tensión las relaciones de poder que las atraviesan tanto por el acceso a bienes y servicios urbanos como por la persistencia de imaginarios racistas, clasistas y sexistas en la ciudad. Estas tensiones se manifiestan en las prácticas y representaciones que las mujeres estratégicamente reproducen o modifican en la ciudad, demostrando que, lejos de una visión esencialista de la identidad, esta es una construcción política permanente de adaptación y disputa.

Agradecimientos

A las mujeres que sostienen el mundo, madre, tías, primas, compañeras, amoras y amigas que también me sostuvieron a mí, durante este caótico tiempo de pandemia.

A Felipe y Alejandro, que me acompañaron desde la fiesta, el llanto, la ternura y el cuidado durante casi tres años y contando...

A Augusto Barrera por su fe en mí y en este proceso, su disposición al diálogo, precisión y claridad académica, que fueron fundamentales para el desarrollo y concreción de esta investigación.

A Gioconda Herrera y el equipo docente de FLACSO Ecuador por la calidad del aprendizaje construido.

A la educación pública que permite que mujeres como yo, de clase más baja que media, tengamos la oportunidad de acceder a una beca, sin la cual seguir una maestría sería aún más, un privilegio.

Introducción

Las estadísticas establecen que las mujeres afroecuatorianas son las personas que más migran en Ecuador. El 25 % de mujeres afroecuatorianas han migrado dentro del país (Carabalí et al. 2021, 12); generalmente estas migraciones se establecen como flujos campo-ciudad debido a la confluencia de factores de expulsión como: la falta de mecanismos de obtención de recursos económicos y la escasa oferta laboral y educativa, que motivan a las mujeres a desplazarse, en muchos casos de manera permanente, a las ciudades en busca de mejorar sus condiciones de vida. Estos desplazamientos, si bien no pueden ser entendido como migraciones forzadas, responden a lógicas de inequidad territorial en la distribución de servicios y oportunidades a nivel nacional, en un modelo de desarrollo capitalista-patriarcal y racista que afecta principalmente a la población racializada de clase baja en el Ecuador.

La persistencia de la discriminación y pauperización de la población afrodescendiente en el Ecuador se evidencia, entre otros aspectos, en el alto nivel de pobreza por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Los datos del último censo muestran que mientras más oscura la piel, mayores son los índices de pobreza; de esta forma, frente al 39% de pobreza y 13,9% de pobreza extrema en la población autoidentificada como blanca, hay un 61,8 % de pobreza y 27,5% de pobreza extrema en la población que se autoidentifica como negra (Valle 2018). Esta situación ha mejorado poco en los últimos años, pues si bien los índices de pobreza disminuyeron, llegando a un 32,1% de pobreza por NBI en 2015 en la población afrodescendiente (Consejo de Participación y Control Social y Política 2016), la brecha de pobreza entre este grupo I frente a blancos/as y mestizos/as no disminuyó, incluso aumentó frente a los/as mestizos/as (Azúcar 2017, 10).

Estas condiciones de desigualdad estructural, que se han establecido en el país a partir del proceso de colonización; se profundizan en el caso de las mujeres afrodescendientes, debido a la imbricación de las discriminaciones raciales y de clase, con la discriminación y violencia basada en género, las cuales tienen por consecuencia entre otras, la asociación de las mujeres afro a trabajos poco remunerados, con poco acceso a seguridad social, su dificultad para acceder a la propiedad de una vivienda. la escasa representación femenina afrodescendiente en cargos públicos de elección popular (Espinoza 2020) y la prevalencia de índices superiores de violencia basada en género en las mujeres afrodescendientes del país (INEC 2019b).

En este contexto, los procesos migratorios de las mujeres afroecuatorianas pueden ser vistos como un ejercicio de agencia, en tanto lucha contra estas múltiples e imbricadas relaciones de poder que se ejercen sobre ellas. Así lo refieren varios estudios sobre migración interna campo-ciudad de esta población, los cuales señalan que para las mujeres “la ciudad era vista como una posibilidad de mejorar sus condiciones de vida y la de sus familias” (Vera Santos 2016, 42).

Si bien la ciudad en sí misma es vista como un espacio de oportunidades, las dinámicas de inclusión/exclusión de las mujeres afroecuatorianas son complejas. A menudo en las ciudades destino de la migración, las condiciones de trabajo son precarias y están acompañadas de discriminación no solo de género sino también étnica, colocando a estas mujeres principalmente en trabajos relacionados a labores domésticas (bien sea como lavanderas, criadas, meseras o cocineras de restaurantes). Muchos de estos empleos se caracterizan por ocupar más tiempo del reglamentario de la jornada laboral, bajos ingresos salariales (US\$ 150 mes), maltrato y agresiones por parte de los patronos, a de más de actividades agotadoras y a veces degradantes" (SIISE 2004, 47).

A esto se suma la inclusión precaria y segregada espacialmente, pues “en las áreas residenciales en las que se concentra (la población afro) la calidad de la vivienda y el acceso a los servicios públicos son desproporcionadamente deficientes con respecto al resto de la población” (Katerí 2013, 112). Además, la persistencia de estereotipos racistas y sexistas en el espacio urbano, dificultan la integración de las migrantes en la ciudad, obligándolas a adoptar comportamientos, formas de actuar, hablar, vestir, etc que ponen en tensión sus identidades y sus relaciones con los territorios de origen.

A pesar de estas condiciones, los estudios sobre migración interna femenina, señalan que los procesos migratorios de las mujeres, en muchos casos han demostrado también la posibilidad de acceso a nuevas formas de relacionamiento; las cuales tienen un impacto significativo en sus concepciones sobre sí mismas y su entorno, transformaciones que han demostrado tener impacto en las relaciones de poder, de clase, raza y género que se ejercen sobre las mujeres; especialmente dentro de sus familias y comunidades (López, Correa, y Tituaña 2017). Sin embargo, estos estudios no se han realizado de manera desagregada hacia la población afrodescendiente, vacío del cual deriva en gran parte la pertinencia académica de esta investigación.

Retomando los planteamientos respecto de las dinámicas de territorialización/desterritorialización y re-territorialización, esta investigación parte de la propuesta teórica de que los procesos migratorios campo-ciudad, involucran no solo un desplazamiento geográfico de un contexto a otro, sino un conjunto de prácticas, relaciones y representaciones que van transformándose cotidianamente durante el traslado y asentamiento de las mujeres en el espacio urbano. Estos cambios, pueden ser aprehendidos como transformaciones identitarias, entendiendo que la identidad es dinámica y está influida por un conjunto de procesos sociales y espaciales. Como señala Benach, en tanto producto de relaciones sociales de similitud o diferenciamiento “la identidad es inherentemente un concepto político y politizado” (2005, 73) y se establece por tanto “como una manera de controlar los recursos territoriales, simbólicos y materiales” (Benach 2005). En este sentido, las transformaciones implican una re-articulación de la propia identidad de las mujeres, articulada a las posibilidades de apropiación territorial del espacio urbano.

Sostenemos que esta articulación entre identidad y territorialización, deriva al menos de la conjunción de dos factores: el primero, la espacialización de las relaciones de dominación racistas-clasistas-sexistas en el espacio urbano, evidenciable en los límites socio-espaciales impuestos hacia las mujeres afrodescendientes y el segundo, la puesta en tensión de dichos límites derivada del incremento de la accesibilidad a bienes y servicios que la ciudad permite a las mujeres migrantes. La tesis parte de la premisa de que ambos factores se realizan y manifiestan en la cotidianidad de las mujeres y por tanto son aprehensibles a través del análisis de los cambios que las mujeres identifican en su cotidianidad antes, durante y después de la migración.

Con estos antecedentes, esta investigación se plantea, abordar los procesos de territorialización de las mujeres, derivados de sus procesos migratorios, mediante las siguientes preguntas ¿Cómo influyen los procesos migratorios (*campo-ciudad*) de las mujeres afrodescendientes en sus transformaciones identitarias?

¿Qué relaciones, representaciones y prácticas mantenían las mujeres afroecuatorianas en sus territorios de origen y qué prácticas de territorialización mantienen en la ciudad de Quito?
¿Cuáles con los mecanismos de transformación de los roles, imaginarios y relaciones de poder de las mujeres afrodescendientes, establecidos en el proceso de migración?

A la luz de estas consideraciones, el presente documento se organiza de la siguiente manera: el primer capítulo introduce el tema en las discusiones actuales sobre migración campo-ciudad, especialmente aquellas que abordan la feminización de los flujos migratorios en el país y la región latinoamericana, identificando la influencia del género en las motivaciones, causas y consecuencias de la migración, tanto para las mujeres como para sus familias. El capítulo II establece una aproximación conceptual a la *apropiación territorial y la identidad* frente a los *límites socio-espaciales y principios normativos espacializados*, recuperando planteamientos sobre la influencia de la estructura espacial de la distribución de agentes bienes y servicios, así como reflexiones respecto de los efectos de la segregación socio-espacial en las ciudades.

En esta línea, el capítulo III, presenta la propuesta analítica y metodológica que guía todo el trabajo investigativo, evidenciando el uso de metodología cualitativa, centrada en la recopilación y análisis de testimonios de vida de cinco colaboradoras migrantes, afrodescendientes, jefas de hogar que actualmente residen en la ciudad de Quito, reconociendo el papel fundamental de sus aportes en la construcción de esta investigación. El siguiente capítulo (IV) presentamos una contextualización de la problemática en el Ecuador, describiendo las condiciones y distribuciones socio-territoriales que configuran los flujos entre el Valle del Chota-Mira y las ciudades cercanas, especialmente la ciudad de Quito, para continuar en el capítulo V con la descripción, a modo de crónicas, de las trayectorias vitales de las mujeres, que permiten identificar sus principales transformaciones identitarias a nivel individual. Para terminar, el capítulo VI, presenta la interpretación comparativa, organizada en seis acápite, de algunos mecanismos identificables que explican estas transformaciones y su influencia frente a las múltiples relaciones de poder que se manifiestan a lo largo de la vida de las mujeres, en múltiples escalas y dimensiones. Finalmente, se establecen conclusiones y líneas abiertas de investigación a futuro.

Capítulo 1 . Marco Teórico

Este capítulo comprende un mapeo sucinto de la producción latinoamericana respecto de la migración interna, con énfasis en la migración femenina y/o el análisis de género. Continúa con el desarrollo del marco conceptual del estudio, inserto en el campo de los análisis sobre la producción social del espacio, con énfasis en los procesos de territorialización implicados en la migración interna. Retoma la perspectiva postestructuralista sobre las transformaciones identitarias ligadas al territorio, en diálogo con los planteamientos del enfoque interseccional de género. Esta perspectiva introduce discusiones sobre el papel del territorio en la configuración identitaria de las migrantes, el sostenimiento de vínculos con la comunidad y las posibilidades de apropiación del espacio urbano de la población históricamente discriminada.

1. Estado de la cuestión

En América Latina los estudios sobre migración interna, se venían realizando desde los años cincuenta, con énfasis en análisis indirectos de tipo cuantitativo; estos permitieron identificar dinámicas demográficas relevantes, como el carácter femenino y joven de la emigración hacia los espacios urbanos y sus consecuencias en el proceso de urbanización en la región.

En los setenta y años ochenta, el campo va adquiriendo fuerza en respuesta a los procesos de urbanización acelerada y reestructuración agraria. Para dar cuenta de estos factores, respecto a la migración campo-ciudad, se evidenciaba un apego a las perspectivas estructuralistas. Se relacionó la migración con los procesos de modernización capitalista, a través de discusiones en torno a la *proletarización de campesinos en la ciudad*. Al mismo tiempo cobraron fuerza enfoques que analizaban el peso de las redes sociales y étnicas en las estrategias migratorias de campesinos a la ciudad, el mantenimiento de estrategias de ir y venir entre el campo y la ciudad o instalarse temporalmente en las ciudades como una estrategia híbrida que permitiese mantener la vida campesina (Lara de la Rosa 2018).

Estos análisis aportaron en la aprehensión de las condiciones materiales que impulsaban la migración y las dinámicas de asentamiento en las ciudades, sin embargo, al centrarse en la dimensión “productiva”, dejaron de lado consideraciones respecto del trabajo de cuidado, con su particular peso en las relaciones de género de los/as migrantes; otra problemática de esta

aproximación fue el relacionamiento estricto de la migración con la “modernización urbana” y el desarrollo social, en detrimento de otros factores.

En los años 90s, la producción investigativa se redujo, pero las temáticas se ampliaron significativamente, incluyendo el capital humano, la selectividad de género, violencia política e identidad. Una de las más importantes novedades temáticas fue el interés por la disminución del crecimiento demográfico de las ciudades y el atractivo de las ciudades intermedias (Lara de la Rosa 2018). En esta línea, diversas investigaciones mostraron que la relación entre migración, desarrollo y mejoramiento de la calidad de vida no eran lineales y en muchos casos se identificaban integraciones precarias, desempleo y ningún acceso a seguridad social (Rodríguez y Busso 2018, 58).

La década de los 2000 significó un nuevo repunte de los estudios sobre migración interna, aprovechando la amplitud de las bases de datos censales. Entre sus descubrimientos más relevantes estuvieron la identificación de ciertos factores socioeconómicos como la relación positiva entre nivel educativo y la probabilidad de migrar, las dificultades de inserción de migrantes con altos niveles de desocupación; la sobre representación de los/as migrantes en el sector informal, los mayores ingresos de los/as migrantes respecto de los/as no migrantes y la consolidación de áreas de residencia de migrantes en las periferias metropolitanas.

En perspectivas contemporáneas se retomó el análisis materialista respecto a los procesos de migración campo-ciudad, asociando el incremento de este tipo migraciones en América Latina, a la intensificación de los procesos de globalización y a la agudización de crisis económicas y políticas en la región (Herrera y Nyberg Sørensen 2017).

Se incluyen también análisis de corte urbanístico como los trabajos de Sanz-Magallón, Izquierdo-Llanes y Molina (2015) quienes centran su atención en las migraciones de jóvenes y la pérdida de capital humano en zonas semiurbanas de alto nivel de renta y los estudios de Perren (2013) sobre movilidad ocupacional, familia y ciudad revelan las complejidades en las redes y usos de los espacios urbanos por los/as migrantes. Finalmente, cabe destacar que los últimos veinte años los estudios migratorios con perspectiva de género y aproximaciones interseccionales se fueron ampliando y han logrado establecer conocimiento valioso sobre la multiplicidad de causas y consecuencias de las nuevas migraciones, caracterizadas por su

feminización y racialización, así como de una mayor diversidad socioeconómica, los cuales se resumen a continuación.

1.1 Género y etnicidad en los estudios sobre migración interna campo-ciudad

La literatura actual sobre las migraciones desde el enfoque de género, muestra como la condición desigual de la mujer en la sociedad determina las causas, motivaciones, características y consecuencias de sus movimientos migratorios (Szasz 2013, 129), incluyendo el nivel de afectación de los factores estructurales económicos, sociales y culturales en sus condiciones de vida. Así lo señalan (Pérez Montero et al, 2018); recogiendo los planteamientos de Curran, Garip, Chung y Tangchonlatip, (2005).

(...) la perspectiva de género en el estudio de las migraciones internas específicamente permite analizar las diferencias entre hombres y mujeres en la toma de decisiones respecto de la migración, y cómo estas decisiones están condicionadas por la familia y la comunidad, y el impacto desigual que tienen las migraciones en la reorganización de los cuidados y en el mantenimiento de los vínculos con la comunidad de origen en función del género (15).

Siguiendo la propuesta analítica de Rodríguez y Buso (2009), es necesario introducir la perspectiva de género respecto de: las motivaciones, la decisión y la acción de migrar; así como de las consecuencias de la migración.

Para analizar las motivaciones migratorias de las mujeres, se debe considerar el peso de los roles de género. en aspectos como: la carga total de trabajo de cuidado, el nivel de autonomía y la prevalencia de prácticas e imaginarios sexistas y/o violentos sobre las mujeres en sus contextos de origen. Esto supone que condiciones como el estado civil, la presencia o no de pareja, el nivel de autonomía o dependencia familiar, el incremento o disminución de la tasa de fecundidad, el nivel de escolaridad y posibilidades de encontrar trabajo; así como la experiencia de subordinación o violencia de género en sus comunidades de origen tengan un mayor peso relativo en la decisión de migrar en las mujeres que en los hombres (Olivera y Sánchez 2019) (Szasz 2013; Ruíz 2002).

Siguiendo esta línea, se puede plantear que, en contextos de precarización sistémica y violencia, las migraciones de las mujeres pueden suponer un ejercicio de agenciamiento en cuanto su condición de género, pues se plantean como una posibilidad de acceso a mejores

oportunidades y condiciones de vida que las existentes en los lugares de origen. Sin embargo, una visión crítica no puede dejar de lado como esos ejercicios de agencia en muchos casos permanecen vinculados al modelo neoliberal capitalista de “superación”, “felicidad” y “desarrollo” sin cuestionar las lógicas de explotación de personas, naturaleza y recursos que lo acompañan.

En el caso de las mujeres afrodescendientes (y de las mujeres racializadas en general) las determinantes asociadas al género en el fenómeno migratorio, descritas anteriormente, deben ser relativizadas en función de la condición étnica, en miras de visibilizar el peso de la discriminación colonialista en sus procesos de territorialización pero también el establecimiento de procesos de resistencia a partir de la negritud o del reconocimiento étnico, tras un proceso político de re-significación y re-apropiación del concepto de raza (Rivera Lassén 2010) en (CEPAL 2018, 22).

En el análisis sobre procesos migratorios, el peso de las relaciones de poder colonialistas, se traduce en la persistencia de brechas de desigualdad étnicas hacia la población afrodescendiente respecto del nivel de pobreza, acceso a seguridad social, nivel de ingresos, empleos en cargos directivos, acceso a educación superior, acceso a internet, participación política, condiciones de la vivienda y victimización sexual u homicidios (CEPAL 2020) que afectan las dinámicas migratorias tanto en sus causas como en sus consecuencias.

En cuanto a las causas, la ubicación de la población afrodescendiente en las zonas geográficas de menor desarrollo social, entendido como acceso a servicios sociales y oportunidades de empleo, es un factor de expulsión significativo que aporta a la tesis de la migración como una forma de mejoramiento de sus condiciones de vida. (Vera Santos 2016; CONAMUNE 2015). Y respecto a las consecuencias, la racialización influye importantemente en la capacidad de inserción de las mujeres en los contextos urbanos. Afecta su acceso a recursos y bienes, dado que son víctimas de disparidad salarial, discriminación y acoso y que la oferta de empleos se encuentra muy restringida hacia el trabajo doméstico, conjugando la desigualdad de oportunidades ligada a la discriminación étnica con la discriminación de género (CEPAL 2017).

Específicamente en cuanto a la dimensión geográfica, la racialización está ligada a procesos de segregación socioespacial en las ciudades (Wacquant 2008) (Sabatini 2003) (Hurtado y

Mornan 2015), dando lugar a enclaves de población afro, generalmente establecidos en zonas periféricas o precarizadas de las ciudades (Caicedo 2006), que responden a “patrones de aislamiento y cohesión” y en muchos casos están cargados de estigmas sociales, que se reproducen en un círculo vicioso (Katzman 2001).

Sin embargo, desde una perspectiva contestataria, también se identifica cómo los patrones de asentamiento en las ciudades por parte de las minorías étnicas, generando por ejemplo zonas de mayor concentración de población afro-descendiente, pueden responder a medios de defensa, colaboración recíproca y fortalecimiento de la identidad cultural frente a contextos de creciente precarización económica y social (Castells 1997).

1.2 Migración interna y transformaciones identitarias

Respecto de procesos migratorios campo-ciudad, Oliveira y Santos (2019) proponen analizar las consecuencias de la migración hacia la ciudad en función de la capacidad de adquisición de ciertos capitales: económicos, culturales y simbólicos. Las autoras parten del reconocimiento de que sea que las mujeres migren o lo haga algún miembro de su familia, el movimiento efectivamente “empuja la transformación de los roles y las identidades de género hacia puntos donde convergen el empoderamiento y la refuncionalización de las subordinaciones” (Oliveira y Santos 2019, 307), lo cual pone en tensión las limitaciones pre-existentes para la adquisición de dichos capitales, en sus contextos de origen.

En el ámbito del capital económico, Ruiz (2002) señala que el acceso de las mujeres al trabajo remunerado, el incremento de independencia económica y su aporte a la economía del hogar incrementan su poder de decisión y negociación dentro de sus hogares y frente a sus parejas y maridos. Sin embargo, evidencia también el carácter paradójico de las transformaciones identitarias en cuanto, en algunas ocasiones, los niveles de violencia doméstica pueden aumentar por la frustración que enfrentan algunos hombres en los contextos de llegada, derivados a su vinculación con trabajos asignados típicamente a mujeres o la incapacidad de seguir cumpliendo con el rol masculino hegemónico de “proveedor” o “único proveedor”. Otros estudios respecto del impacto del acceso al empleo remunerado, establecen la necesidad de analizar la presencia de discriminación y acoso en el empleo (CEPAL 2018), como un obstáculo en la obtención de los beneficios del capital económico para las mujeres. Uno de los factores de principal importancia que derivan del acceso de las mujeres a un empleo remunerado, sobre todo si se trata de mujeres jefas de hogar, es un incremento de las

posibilidades de adquirir una vivienda propia; las cuales son muy bajas en este grupo social debido a las discriminaciones de género (a más de las étnicas). (Algaba 2003; Araos 1992; Kaijser 2015) Cabe señalar que la importancia de este factor deriva no solo de su carácter económico, sino también cultural-existencial en tanto la vivienda propia puede establecerse como un símbolo de prestigio “propiciando a la vez la percepción y la vivencia de la seguridad familiar” (Salles y de la Paz 2017, 315) y simbólico en tanto se ha evidenciado una relación positiva entre propiedad de la vivienda y la protección de las mujeres contra la violencia machista (Ripoll, Jaramillo, y Rodríguez 2014).

Finalmente, en cuanto a las actividades y trabajo no remunerados, se ha podido determinar que la migración de las mujeres implica redistribución de las tareas domésticas, afectando la carga total de trabajo tanto de ellas como de los/as demás miembros/as de sus familias y/o comunidades.

En el campo del capital cultural, se encuentran el acceso a educación formal y sus correspondientes certificaciones y también las transformaciones en la corporalidad (comportamientos, modales, formas, etc) (Bourdieu 1979).

En cuanto a capital social Oliveira y Santos (2019) recalcan dos aspectos a analizar. El primero, los cambios en el ejercicio de la paternidad y maternidad, en lo que las autoras llaman reorganización familiar, que se complementan con los planteamientos respecto del capital económico. Y el segundo, los cambios en la participación en actividades públicas y remuneradas; particularmente aquellas vinculadas a procesos políticos de autodeterminación, los cuales les permiten establecer vínculos fuertes entre su individualidad y lo colectivo, posibilitando la construcción de liderazgos desde este espacio (CEPAL 2018, 72) Finalmente, en consideración de que una de las normas que más pesa sobre las mujeres es la sexualidad y las uniones sea por procreación o matrimonio, estableciendo restricciones sexuales como la pureza en las mujeres solteras y fidelidad en las mujeres casadas; los impactos de la migración se pueden analizar en cuanto a la experiencia de mayor autonomía y libertad sexual pues es posible que las mujeres migrantes “accedan a mayor información sobre anticoncepción que las jóvenes que no se trasladan a trabajar en las ciudades” (Szasz 2013, 140).

Capítulo 2 . Marco Conceptual

2.1 Producción social del espacio

Es necesario, aunque pueda parecer reiterativo, aproximarnos a la noción de *espacio como producto social*, a manera de introducción y como abanico interpretativo general de las categorías: territorio, territorialidad y cuerpo-territorio que se abordarán más adelante.

La propuesta de la *producción social del espacio*, es desarrollada por Henry Lefebvre (1974) desde una perspectiva marxista humanista, retomando los estudios de la vida cotidiana y la reproducción de las relaciones sociales en el capitalismo. En su análisis sobre el desarrollo de este sistema social, Lefebvre argumenta que el capitalismo ha transformado el espacio en una mercancía; para evidenciar esta tesis, el autor propone superar la visión tradicional del espacio como un escenario “donde se producen las mercancías”, es decir como un contenedor pasivo aparentemente neutral donde tienen lugar las relaciones sociales, hacia la comprensión del espacio como un producto, en tanto que cada modo de producción tiene su propio espacio característico.

La naturaleza dialéctica de la realidad espacial es definida por Lefebvre como una condición doble “producido-productor” del espacio. Para él, el proceso (social) de producción del espacio y el espacio en sí mismo se presentan como un único elemento inseparable, que además se establece en constante transformación histórica. Como producto social, el espacio es fruto de la acumulación de un proceso histórico que se materializa en una determinada forma espacio-territorial (Ezquerro 2014, 123). Este proceso social entremezcla de manera simultánea: prácticas espaciales, representaciones simbólicas e imaginarios sociales sobre el espacio. La importancia de la consideración de las representaciones sociales, deriva de su capacidad develadora de la condición ideológica y hegemónica de las representaciones técnicas del espacio (mapas, planos, discursos, etc.); por su parte la inclusión de los imaginarios sociales, en tanto “espacios de representación” evidencia el uso simbólico que la gente hace del espacio en búsqueda de apropiarlo, noción fundamental en el análisis de la construcción de territorialidad, como se analizará más adelante.

Para Lefebvre la relación entre estas tres esferas puede y suele ser conflictiva, especialmente entre las representaciones del espacio y los espacios de representación, como disputa política, exacerbada en el sistema capitalista. Esta conflictividad se evidencia en las tensiones entre el

“espacio abstracto” regido por la ley del intercambio de mercancías (valor de cambio) para el cual no importa la dimensión sensorial ni subjetiva de los individuos y el “espacio apropiado” ligado al valor de uso, a lo que Lefebvre asocia con la obra de arte, un espacio adaptado a las necesidades y deseos de quienes lo habitan (1974).

Milton Santos, aporta a esta aproximación con la propuesta del espacio geográfico como un híbrido entre el “sistema de acciones” y el “sistema de objetos” (Santos 2000) en referencia al accionar humano y las dimensiones materiales. La dimensión híbrida implica que ambos sistemas co-existen y son interdependientes, pues la acción humana incluye un “retro-efecto” de parte de las cosas que ella misma vivifica. Es decir que el espacio es construido socio-históricamente y al mismo tiempo determina el marco de condiciones para el potencial accionar de los seres humanos. La condición agencial de los seres humanos, es aprehendida en Santos como “intencionalidad” la cual permite hablar de la definición simultánea de la producción de los acontecimientos y de la reproducción del espacio geográfico, en función de una meta, la cual, según Santos, en la época contemporánea responde cada vez más a las necesidades de acciones hegemónicas.

En la línea de esta propuesta, Soja (2010) caracteriza al espacio como un producto social complejo; en tanto configuración **colectiva e intencional** del espacio que define nuestro contexto. Nuestra vida, según el autor, es consecuentemente espacial, temporal y social simultáneamente. Como seres intrínsecamente espaciales, afirma Soja, damos forma a nuestra espacialidad social y al mismo tiempo estamos siendo formados por esta. En este sentido, nuestras vidas están inmiscuidas permanentemente en una **dialéctica socio-espacial**, en la que el proceso social de dar forma al espacio implica simultáneamente un proceso formativo del espacio hacia la sociedad.

Esta condición dialéctica, implica consecuencias espaciales individuales y colectivas que pueden intensificar o disminuir formas de opresión y/o dominación política (Soja 2010, 18) en tanto las formas espaciales son “el producto de la instrumentalidad de espacio/poder/saber, que provee las bases para especializar y temporalizar el funcionamiento del poder” (Soja 1989) en (Gómez y Delgado 1998, 121).

El reconocimiento del carácter político del espacio, en tanto producto de relaciones de saber-poder propuesto por Lefebvre, resalta también en Soja, y es el punto central de esta

introducción, pues permite comprender el espacio en su relación intrínseca con lo social, premisa de la cual parte la aproximación teórica sobre el espacio como territorio.

Del espacio al territorio

Para efectos de esta investigación es necesario distinguir la noción de espacio como producto social general, de la noción de territorio y de territorialidad. Teniendo como antecedente la importancia de las relaciones de poder en la configuración del espacio, los conceptos de territorio y territorialidad permiten una aproximación hacia los mecanismos por medio de los cuales se concretiza espacialmente, la “intencionalidad” de los seres humanos, siguiendo a Santos.

La principal distinción entre el espacio y el territorio es la intencionalidad de control y apropiación del mismo por parte de un individuo o colectividad humana. En este sentido, el territorio es un “espacio de poder, de gestión y de dominio” (Gómez y Delgado 1998, 122) (Haesbaert 2013). Entendiendo el poder en un sentido amplio, multiescalar y multidimensional, que a su vez configura distintos procesos de territorialización.

Si no concebimos el poder simplemente como un poder centralizado, sino también como un poder difuso en la sociedad, aunque en forma desigual, tendremos una concepción multiescalar del territorio. El territorio transita, entonces, por varias escalas diferentes, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba; por lo tanto, hay macro y microterritorios. (...) El poder es mucho más que el conjunto de prácticas materiales como la coacción y el control físico, muy evidentes en la acción militar. El poder tiene también un carácter más simbólico, que se manifiesta, por ejemplo, en la construcción del consenso —el concepto gramsciano de hegemonía muestra cómo lo simbólico desempeña hoy un papel muy importante, fundamental, en la construcción del poder—(Haesbaert 2013, 6).

Desde una perspectiva geográfica afirma Haesbaert, la territorialización es simultáneamente “un proceso de dominio y de apropiación del espacio por los grupos humanos” (2007, 1) De dominio en tanto dimensión concreta de carácter político disciplinar y político económico, y de apropiación (simbólica-cultural) a través de una identidad territorial¹ (1997, 42).

¹ En tanto apropiación, sostienen Gómez y Delgado (1998), la territorialización se asocia a la identidad y la afectividad espacial, que se combinan en distintas formas de apropiación: de derecho, de hecho y afectivamente, formas que pueden superponerse en un mismo espacio geográfico.

Esta propuesta, se presenta como una visión integradora y sintetizadora de tres vertientes básicas del concepto “territorio”. La primera, la política, en referencia a las relaciones poder-espacio institucionalizado y el territorio como espacio delimitado a través del cual se ejerce poder (mayoritariamente relacionado con el poder político estatal, pero no limitado a este). La segunda, simbólico-cultural donde se prioriza la dimensión subjetiva, enfatizando la apropiación/valorización de un grupo en relación con su espacio vivido. Y la tercera, la económica, centrada en el territorio como fuentes de recursos e incorporando la relación capital-trabajo (2007, 5).

El autor, continúa su planteamiento enfatizando que, si bien es completamente equivocado separar las esferas de la dominación y la de la apropiación, cada grupo social puede territorializarse a través de procesos de carácter más funcional (económico-político) o más simbólico en función de las dinámicas de poder y las estrategias disponibles. Para Lefebvre, si bien en un inicio existía apropiación sin dominación, gradualmente la dominación ha logrado imponerse de la mano del poder político del Estado, reduciendo el espacio efectivamente apropiado (Lefebvre 1974).

Siguiendo este postulado es posible establecer distintos tipos de territorios, en función del nivel de apropiación de los agentes urbanos, individuales y colectivos. Por un lado, estarían los territorios próximos, como espacios donde se expresan vivencias cotidianas, espacios de sociabilidad y de sentido y por otro los territorios abstractos asociados a espacios de poder y de frontera. Estas categorías no son fijas y también son puestas en cuestión en determinados momentos históricos.

Este carácter histórico de las formas y mecanismos de territorialización, puede ser apprehendido por medio del concepto territorialidad.

2.2. Territorialidad

Como hemos anunciado, la territorialidad (como proceso de territorialización), refiere de forma indisoluble una dimensión simbólica y una dimensión material y puede definirse en función del “grado de control de una determinada porción de espacio geográfico por una persona, grupo social, grupo étnico una compañía multinacional, un Estado o un bloque de estados” (Montañez, 1997: 198) en (Gómez y Delgado 1998); dicho control se establece a partir de un conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas capaces de

garantizar la apropiación y permanencia de un determinado territorio por un determinado agente social (Lobato Correa, 1996: 252, en traducción) en (Gómez y Delgado 1998, 124) Como resultado de un conjunto de prácticas, la territorialización es un proceso relacional histórico-espacial que se establece en la dinámica de las relaciones sociales y por lo tanto se encuentra en permanente movimiento, fluidez y síntesis.

¿Cuáles son los mecanismos económicos, sociales y simbólicos por medio de los cuales se garantiza la permanencia (dominación) y apropiación de un territorio? ¿Cómo se transforman histórica y geográficamente estos mecanismos, en función de las relaciones de poder existentes en la sociedad? Al respecto, señala Haesbaert (2007), es necesario considerar que no es lo mismo territorializarse para un grupo indígena en la Amazonía que para una empresa transnacional, y que cada grupo pondrá énfasis en la dominación económica, política, o a la construcción de un sentido de pertenencia e identidad.²

De ello se infiere que para dar cuenta de los procesos de territorialización es necesario partir del reconocimiento de que las capacidades de garantizar la apropiación de un territorio por parte de un agente social son desiguales. Desigualdad que es establecida en función de las relaciones de poder existentes que dan forma al espacio y se reproducen o no a través de este. De allí que “la apropiación de territorio y, por consiguiente, la creación de la territorialidad, generan una geografía del poder caracterizada por la desigualdad, la fragmentación, la tensión y el conflicto” (Haesbaert 2007, 125).

Por ello, los autores establecen como premisa metodológica, que para examinar el problema de la construcción del territorio es necesario hacerlo desde una perspectiva espacio-temporal, teniendo en cuenta las tensiones entre los distintos agentes, las distintas escalas y mirando el problema del desarrollo desigual y sus consecuencias sociales, económicas y políticas.

La aprehensión de los mecanismos de territorialización puede realizarse a partir de diferentes enfoques; entre los que ha predominado el énfasis en los llamados “movimientos sociales” con jornadas concretas de lucha por el territorio; sin embargo, una crítica a esta aproximación

² Deleuze y Guattari dicen que un movimiento que se repite también es una forma de territorialización. Si se tiene el control de este movimiento, el control de esta movilidad en el espacio, entonces también se produce allí un territorio mediante el control de la movilidad. Imaginemos, por ejemplo, la cantidad de tiempo que la gente pasa en la calle, en los embotellamientos. ¿Esto no forma parte de su territorio cotidiano? La gente está transitando todos los días por redes que articulan pequeñas zonas, las cuales forman parte de territorios-redes que esa misma gente está construyendo (Haesbaert 2013, 22).

teórico-metodológica que ha ido ganando peso en los últimos años, es que esta aproximación deja de lado el papel de la vida cotidiana, el cuerpo y las emociones (Sanz y Gil 2020).

Quienes abogan por la importancia de la vida cotidiana en los estudios sociológicos, señalan a la cotidianidad “como el lugar fundamental de intersección entre el individuo y la sociedad” (Lindón 2000, 9) y por tanto también como el lugar fundamental de construcción de la identidad; es así, que el conjunto de prácticas, sentidos y emociones³ que se establecen día a día por parte de los agentes sociales en su relación con el espacio, constituyen un ámbito privilegiado para la aprehensión de las tensiones entre la agencia social (individual y/o colectiva) y las estructuras, sea para su reproducción o transformación.

Lindón establece que estas tensiones pueden ser reconocidas a través de dos modalidades (que podrían ser entendidas como parte del proceso permanente de territorialización) 1) las percepciones sobre el espacio (ligadas al sentido de lugar, estructuralmente establecido) y 2) las prácticas significantes, entendidas como los procesos que hacen operativas las retóricas de las/os agentes sociales.

Dinámicas de Des-reterritorialización

Como proceso dinámico, la apropiación del territorio está en constante disputa, esto supone que la permanencia de un agente social en un territorio no está garantizada una vez establecida, por el contrario, permanentemente se suceden procesos de desterritorialización y re-territorialización de poblaciones, procesos que como establece Haesbaert (2013), solo pueden entenderse de manera integral:

La desterritorialización nunca puede dissociarse de la re-territorialización y puede tener tanto un sentido positivo como negativo. Entendida como proceso de fragilización o pérdida del control territorial, tiene un sentido negativo más estricto -como precarización social; pero (...) también un sentido positivo como parte de la simultánea destrucción y reconstrucción

³ La apuesta etnográfica por la aprehensión de las emociones, parte de la crítica a la ideología patriarcal occidental que separa y jerarquiza la razón (la mente) y las emociones (el cuerpo), desvalorizando estas últimas y asignándolas como propias del sexo femenino. Esta concepción invisibiliza el papel de las emociones en la significación del mundo, y en la configuración de resistencias cotidianas a la dominación por parte de los grupos subalternos, incluyendo la resistencia a desigualdades de género (Sanz y Gil 2020). En cuanto a la territorialización, las emociones tienen sin duda un papel fundamental en la disputa cotidiana por el control y apropiación del espacio, de ahí la necesidad de incorporarlas en el análisis.

territorial, (pues) para construir un nuevo territorio hay que salir del territorio en que se está o construir allí mismo otro distinto (13).

El concepto desterritorialización, lejos de aludir a una suerte de “aniquilación del espacio por el tiempo” (Haesbaert 2007), o a la creciente movilidad e hibridismo cultural de las poblaciones, debe ser entendido en su relación con los procesos de acumulación por desposesión (Harvey 1997) y sus efectos de expropiación y desarrollo desigual. En esa línea, Haesbaert (2013), refiere a la desterritorialización como producto de la intensificación de los procesos sociales de precarización, especialmente en los grupos subalternos quienes tienen el menor control sobre sus territorios “ya que el control está fuera de su alcance o está siendo ejercido por otros” (Haesbaert 2013, 12) proceso que no solo refiere a las condiciones materiales sino también a la pérdida de referencias identitarias simbólico-territoriales.

De manera general, Gómez y Delgado definen “La desterritorialización se refiere a procesos de pérdida del territorio derivados de la dinámica territorial y de los conflictos de poder entre los distintos agentes territoriales” (Gómez y Delgado 1998, 125).

Retomando los planteamientos sobre el carácter dinámico del territorio, se puede afirmar que, a estos procesos de despojo y precarización, tienen como contracara procesos sucesivos de re-territorialización en tanto apropiación tanto por los agentes dominantes como por los desterritorializados.

Multi-territorialidad

En el caso de los/as migrantes (interés particular de esta investigación) el concepto que permite dar cuenta de las dinámicas de des-reterritorialización implicadas en sus desplazamientos es el de *multi-territorialidad*, en referencia a la apropiación de distintos espacios en sus trayectorias vitales, sucesiva y a veces simultáneamente (al menos en la dimensión simbólica). Al respecto señala Haesbaert (2013).

Un migrante que circula por diferentes territorios y va acumulando vivencias y múltiples sentimientos ligados a esas distintas territorialidades, construye una concepción multiterritorial del mundo, aunque funcionalmente dependa de un solo y precario territorio (28).

Esta aproximación es pertinente en cuanto permite dar cuenta de los diferentes mecanismos de apropiación que pueden establecer las/os migrantes, que abarcan la apropiación material pero también la dotación de sentido a los espacios, dando como resultado diferentes tipos de territorialidad. También permite establecer que las diferencias en estos tipos no necesariamente pueden ser jerarquizadas, (en función de la dependencia funcional a un territorio específico) por el contrario solo dando cuenta de su diversidad y multiplicidad es que se puede entender los procesos de territorialización como procesos dinámicos y contingentes.

Cuerpo-territorio

Como señalamos anteriormente, no se puede concluir esta aproximación teórica hacia el territorio, sin destacar el papel del cuerpo en la apropiación territorial, para ello retomamos las perspectivas interseccional⁴, género y decolonial desde las que se establece al cuerpo de las mujeres como cuerpo-territorio, históricamente atravesado por relaciones de poder. (Tania et al. 2016) Esta propuesta permite sintetizar, no solo los cambios materiales y simbólicos que experimentan las mujeres migrantes (y los migrantes en general), sino también incluir en el análisis las transformaciones en su cuerpo y su identidad corporal, involucradas en estos procesos.

La categoría, establece al cuerpo como primer territorio ya que es a través del cuerpo como las mujeres (y todos los seres humanos) experimentan sus trayectorias de vida, sus desplazamientos y sus enraizamientos.

(...) el ensamblaje corporalizado de las relaciones de género, raza, clase, sexualidad y edad, que se encarnan a través del mecanismo de la interseccionalidad⁵ (Crenshaw, 1989), condicionan nuestro estar en el mundo, pero al mismo tiempo son el ensamblaje desde el cual re-situarnos (Marchese 2019, 12).

El planteamiento, permite también dar cuenta del símil existente entre el territorio y el cuerpo femenino (en el contexto de una sociedad capitalista, colonialista y sexista) como espacios marcados por relaciones de poder (a través de prácticas de disciplinamiento, potencialmente violentas) y por tanto en permanente disputa política.

⁴ Revisar apartado metodológico.

⁵ Propuesta teórico-práctica fundamental que será desarrollada a continuación.

El cuerpo de cada mujer es lo que le permite tener experiencia del mundo, una experiencia que está estructuralmente marcada por una violencia selectiva, parametrizada según sexo/género, raza, color de piel, edad, nacionalidad y condición de clase (Marchese 2019, 10).

En el caso específico de la violencia sexual y la violencia feminicida como ejercicios de guerra (de conquista) “la escala del cuerpo es un tema central”. Pues el cuerpo es la superficie de inscripción del régimen de sexo, al mismo tiempo que somos nosotras mismas, nuestra experiencia vital y nuestro territorio-político (Marchese 2019, 24).

En tanto espacio, el cuerpo está constituido por los discursos y las prácticas que ocurren en diferentes escalas espaciales, que pueden establecerse como mensajes inscritos en los cuerpos. “Al ser espacio, el cuerpo es un mapa, y al ser mapa, es memoria y sedimentación histórica (Marchese 2019, 25).

Desde la perspectiva de los feminismos comunitarios, en tanto primer territorio, el cuerpo es también el primer lugar de resistencia frente a la violencia.

Tanto el cuerpo como la tierra son elementos que generan las condiciones para la reproducción de experiencias vitales, y para reapropiarnos de nuestros territorios es un esfuerzo fundamental para contraponer y erradicar la violencia. Cada cuerpo tiene una historia y una geografía distinta, pero es necesario un proceso colectivo para reconocer el territorio y reapropiarlo para su habitabilidad (Marchese 2019, 21).

En términos concretos establece Cabnal (2010) recuperar y defender el cuerpo implica provocar de manera consiente el desmontaje de los pactos masculinos (habría que agregar raciales y capitalistas) con los que vivimos, provocando el desmontaje (des-territorialización) de nuestros cuerpos femeninos para su libertad, estableciendo nuevas prácticas como el auto-erotismo, el disfrute de la sexualidad en libertad, el placer, el arte, la palabra, el ocio, el descanso, la rebeldía y la alegría.

2.3 Transformaciones identitarias

Como habíamos establecido anteriormente, las transformaciones identitarias son entendidas como resultado de las prácticas y representaciones cotidianas, que van mutando histórica y espacialmente. Debido al carácter contingente de la identificación esta no puede ser entendida

más que como un proceso “estratégico y posicional” de diferenciación, basado en el establecimiento de límites simbólicos (y espaciales). Estos límites se establecen a partir de la sedimentación de un “nosotros/as”, diferentes a los otros/as pero lejos de constituirse como un “sistema relacional coherente” están cargados de ambivalencia, debido a su naturaleza representativa y por lo tanto necesariamente ficcional, lo cual “no socaba en modo alguno su efectividad discursiva, material o política” (Hall 1996, 18).

En una sociedad atravesada por relaciones de poder (patriarcales, racistas, clasistas...) el proceso de diferenciación identitaria involucra la puesta en juego de las jerarquías violentamente establecidas a través de la imposición de “marcas” asignadas a “mujer” “negro”, etc. “en contraste con los términos no marcados «hombre» y «blanco»” (Laclau 1990, 33) en (Hall 1996, 19) El modo en que estas jerarquías se ponen en juego, es a través del encuentro entre los discursos y prácticas que intentan situarnos como sujetos sociales, (y que pueden ser aprehendidos con la categoría de estructura) y los procesos de producción de sentido de cada sujeto social susceptible de “decirse” (Hall 1996, 20).

Uno de los mecanismos por los cuales se establece ese encuentro es a través de la materialización de principios normativos de forma repetitiva y que tiene como primer receptáculo el propio cuerpo (Butler 2007) y se extiende al espacio como producto social. La aprehensión de estos principios normativos espacializados se puede realizar analizando “la relación entre la estructura espacial de distribución de los agentes y la estructura espacial de distribución de los bienes o servicios, privados o públicos” (Bourdieu 1999a).

La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado (...) y por la posición relativa que las localizaciones temporales (como los sitios de honor, ubicaciones reglamentadas por el protocolo) y sobre todo permanentes (domicilio privado y domicilio profesional) ocupan con respecto a las localizaciones de los otros agentes; se expresa también en el sitio que ocupa (por derecho) en el espacio a través de sus propiedades (casas, apartamentos u oficinas, tierras de cultivo o terrenos para explotar o edificar, etc.), que son más o menos espaciosas o, como a veces se dice, space consuming (el consumo más o menos ostentoso de espacio es una de las formas por excelencia de la ostentación del poder) (5).

Todos estos mecanismos de distribución espacial (corporalización, localizaciones temporales, permanentes, adquisición de propiedades) se realizan en la práctica cotidiana de los agentes y

“tienden a reproducirse en el pensamiento y el lenguaje bajo la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, es decir, en tanto que categorías de percepción y apreciación o de estructuras mentales” (Bourdieu 1999a, 4) de allí su rol fundamental en los procesos de autoidentificación.

En un sistema de opresiones, las oposiciones socioespaciales toman la forma de límites, distancias y jerarquías sociales, las cuales pueden reproducirse o enfrentarse dependiendo “del capital (es) que se tiene” (Bourdieu 1999a) y que se traducen en la posibilidad de ocupar y apropiarse material y simbólicamente de un lugar. En una escala de ciudad, los planteamientos de Harvey respecto del papel de las ciudades en el capitalismo, manifiesta que “la ciudad y el urbanismo pueden funcionar como sistemas de estabilización de un modo de producción concreto, pero también de acumulación de contradicciones” (Harvey 1977) Es decir, la ciudad como sistema de relaciones socioespaciales posibilita o limita relaciones sociales emancipatorias frente a las estructuras de opresión.

Una forma de aprehender estos efectos, se establece en los planteamientos de Sabatini y Brain (2008) respecto de la incidencia de la segregación socioespacial en la formación de activos sociales. Su tesis, establecida en función de la segregación habitacional, es particularmente valiosa en la medida en que reconoce dos tipos de impactos de la segregación: urbanos y sociales. Los primeros incluyen problemas de accesibilidad, carencia de servicios y equipamientos de cierta calidad en los lugares de residencia” de los sectores vulnerabilizados mientras que los segundos refieren a “los problemas de desintegración social (...) que representan formas de empobrecimiento o de degradación social vinculadas a las desventajas que conlleva el aislamiento físico” Según el autor, la incidencia de los factores sociales (desintegración social, bajo rendimiento escolar, menor tasa de empleo, entre otros) se ha incrementado en las últimas décadas en América Latina, sin embargo también reconoce los efectos positivos de la segregación de ciertos grupos, la cual puede favorecer la organización y el “empoderamiento” de los mismos. Para efectos de esta investigación tanto los efectos urbanos como los sociales resultan relevantes, en la medida en que ambos se ponen en juego en los procesos de territorialización de las mujeres migrantes afrodescendientes.

Finalmente, no podrían culminar esta aproximación teórica sin una aproximación, aunque limitada al enfoque de interseccionalidad como paraguas interpretativo de esta investigación y

su pertinencia en el estudio de las transformaciones identitarias derivadas de la migración interna.

2.4 Interseccionalidad

El concepto de interseccionalidad fue acuñado en el contexto norteamericano de finales del siglo XX. Sin embargo, planteamientos sobre la necesidad de complementar las visiones sobre la femineidad, desde nociones de raza y clase social, se establecían ya desde mediados del siglo, por feministas negras estadounidenses y en América Latina por escritoras y artistas poscoloniales.

Ya en el terreno de los estudios interseccionales, se identifican diversas posturas en debate ligadas a los contextos donde fueron producidos; desde una visión estructuralista, ligada al feminismo negro, autoras como Patricia Hill Collins (2000) y Ange Marie Hancock (2007) establecen la mirada tanto en los niveles macro como microsociales, enunciando que la interseccionalidad debe volver la mirada a los efectos de las múltiples estructuras de desigualdad en los problemas y procesos políticos tanto a nivel individual como institucional. Por su parte, autoras ligadas a corrientes postestructurales, critican los esfuerzos por sistematizar y estabilizar la interseccionalidad recalcando que su potencialidad radica en la conceptualización de identidades múltiples y fluidas, siguiendo una perspectiva foucaultiana (Davis 2008, Bilge 2009).

El debate se establece generalizadamente en dos posturas, cuyo punto de inflexión es el peso de las estructuras, así desde una corriente analítica se establece que toda dominación individual, colectiva o institucional es interseccional, y por lo tanto implica tanto el género, como la raza y la clase social, mientras que desde una perspectiva fenomenológica lo que es interseccional es la experiencia de la dominación, ligada a análisis sobre la identidad en carácter múltiple y fluido.

Esta discusión según Viveros ha resultado muy costosa, aunque no por ello menos necesaria, en tanto puede ser determinante en los marcos metodológicos y de comprensión desde los que se investiga. Una posibilidad de reconciliación es centrar la mirada en las *relaciones de poder* en su carácter multidimensional. Para hacerlo es necesario dar cuenta del debate sobre la conceptualización del género, raza y clase, definidos de diversas formas, como *sistemas, categorías o bases múltiples* con ejes distintos o concéntricos (Viveros 2016) cada uno con unas implicaciones teóricas y metodológicas. Las principales derivas teóricas de la

conceptualización se debaten entre comprender al género, la raza, la clase (la heteronormatividad, la edad, etc.) como sistemas fijos, hasta cierto punto ahistóricos que se intersecan dando lugar a identidades como mujer negra de clase baja en una comprensión de *adición de opresiones*, y comprender, por el contrario, que la separación de los sistemas solo puede realizarse manera analítica porque realmente todas estas categorías se *constituyen de manera recíproca*, imbricadas en las experiencias concretas y por lo tanto son cambiantes e históricas.

El planteamiento de Kergoat, desde el materialismo feminista, es útil para resolver este debate en tanto muestra cómo las relaciones de poder son *consustanciales* y *coextensivas* “consustanciales en la medida en que generan experiencias que no pueden ser divididas secuencialmente sino para efectos analíticos, y son coextensivas porque se coproducen mutuamente” (Viveros 2016, 8). Para efectos analíticos, siguiendo a Lugones (2005) esto supone que las relaciones de poder lejos de funcionar por sí mismas, siempre están presentes de manera imbricada y codependiente aunque no siempre se puedan experimentar de la misma forma.

Es así como tanto las mujeres blancas de clase alta, como las mujeres negras de clase baja están atravesadas por un conjunto múltiple e interdependiente de relaciones entre género, raza y clase, pero debido a su condición en estas relaciones de poder, solamente las últimas lo experimentan como discriminaciones. Así, “Reconocer las interconexiones de raza, género y clase es también reconocer que las condiciones de nuestras vidas están conectadas y conformadas por las condiciones de vida de otros” (Espíritu 1997, 140) en (Lugones 2005, 66).

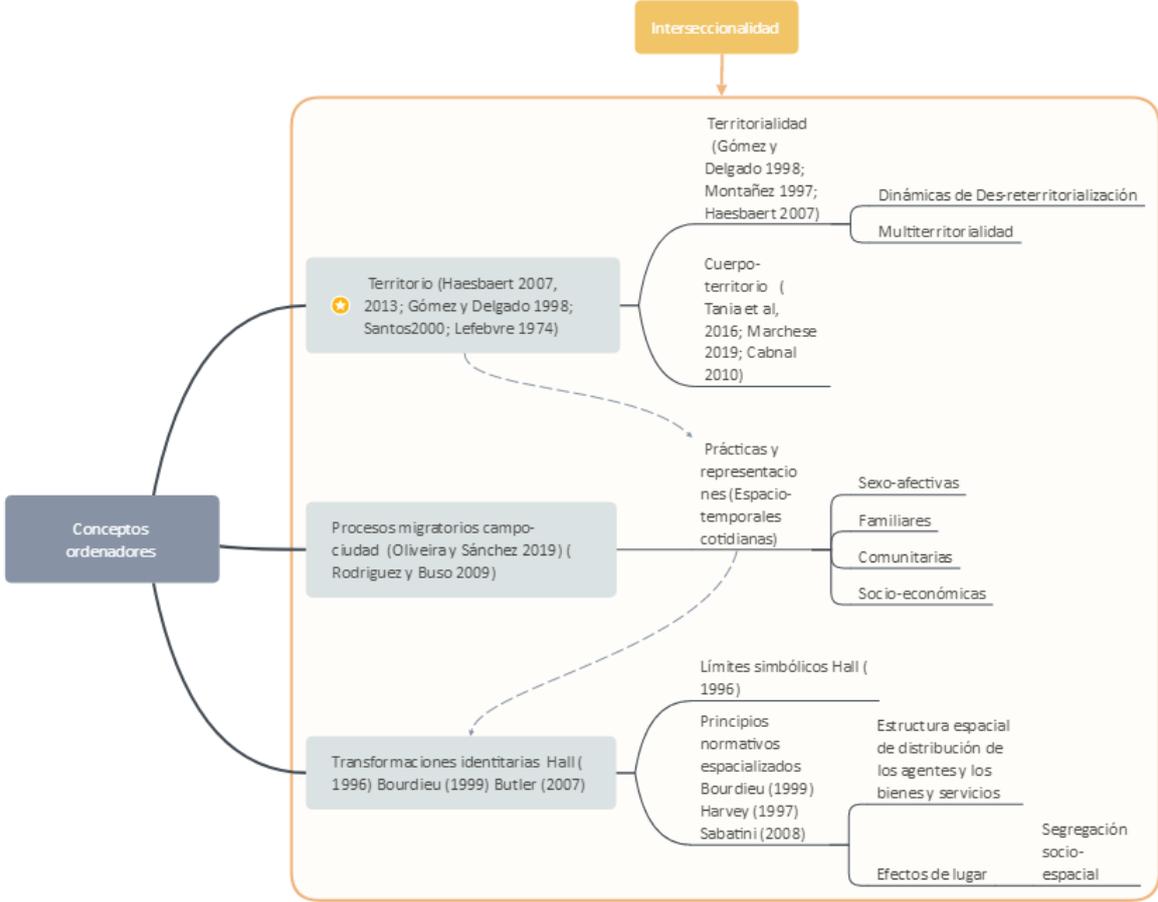
Según Lugones, la potencialidad del marco analítico interseccional, entendido así, deriva tanto de la desontologización de las relaciones de poder, como de la deshomogeneización de las relaciones de género, posibilitando al tiempo la conjunción de las luchas y resistencias entre distintos grupos políticos, atravesados por diferentes opresiones, al desesencializarlas. Específicamente respecto a los estudios sobre migración Herrera (2012) señala que en el marco de estudios sobre género y migración, la predominancia de ciertos temas y la omisión de otros, con las correspondientes selecciones de variables, han dejado de lado el análisis de otras desigualdades que tienen que ver con las “jerarquías entre mujeres” en función de los “sistemas de opresión entrelazados y co-constitutivos” Preocupación que recogen otras

autoras señalando que al concentrar la mirada en temáticas como: “los nichos laborales generalizados en los que se insertan las mujeres migrantes –aquellos vinculados con los atributos naturalizados de la mujer–, en las desigualdades que las afectan por su supuesta condición de vulnerabilidad, en su rol familiar ligado con la maternidad y la doble carga de tareas (productivas y reproductivas) que deben asumir, se ha tendido a reificar el dispositivo genérico-sexual heteronormativo y patriarcal, lo que ha contribuido involuntariamente a la naturalización científica de estas supuestas “especialidades femeninas” (Stefoni y Stang 2017, 115).

En esta línea Anthias (2012) Magliano (2015) y Barria (2021) coinciden en señalar que en las migraciones (a más de la condición de género) las condiciones de clase, origen, edad, raza, etc pueden “influir de manera determinante en su acceso a derechos y oportunidades, así como en las situaciones de privilegio o de exclusión que de ellas se derivan” (Magliano 2015, 700) y que la concepción de estas condiciones no como categorías dadas sino como procesos espacio-temporales, permite contextualizar los efectos de las relaciones de poder y las formas de resistencia a las mismas en las vidas de los/as migrantes desde sus particulares posiciones tanto geográficas como categoriales frente a los ejes de desigualdad.

Capítulo 3 . Marco analítico y metodológico

Figura 3.1 Conceptos ordenadores



Fuente: Haesbaert 2007, 2013; Gómez y Delgado 1998; Santos 2000; Lefebvre 1974; Marchese 2019; Cabnal 2010; Hall 1996; Bourdieu 1999b; Butler 2007.

El marco analítico a utilizar en la investigación establece como concepto estructurante al territorio por medio de la categoría “territorialización”. La territorialización en tanto apropiación del espacio implica un enfrentamiento a relaciones de poder, este enfrentamiento se realiza tanto en las dimensiones materiales como en las simbólicas y se concretiza a través de prácticas y representaciones cotidianas. La noción de territorialización permitirá dar cuenta de cómo durante el proceso migratorio histórico-espacial, las mujeres afrodescendientes van estableciendo procesos de apropiación territorial, los cuales tienen efectos en las formas de vivir y comprender el mundo, comenzando por sus propios cuerpos.

A partir de esa conceptualización, se establece como variable independiente: los procesos migratorios campo-ciudad, entendidos como el conjunto de prácticas y representaciones establecidas por las mujeres migrantes durante sus trayectorias vitales desde sus territorios de origen, durante su establecimiento en la ciudad e incluyendo las prácticas y representaciones que establecen en la actualidad como parte de sus procesos de territorialización. Partimos de la premisa de que la migración de las mujeres afrodescendientes puede ser entendida como un proceso de agenciamiento femenino frente a relaciones de poder, en tanto que, según los planteamientos de Oliveira y Santos (2019), Rodríguez y Buso (2009) los desplazamientos de las mujeres migrantes dependen de y afectan sus relaciones con sus parejas, familias y comunidades, de allí que para analizar esa afectación establezcamos como ámbitos de análisis las prácticas y representaciones: sexo-afectivas, familiares, comunitarias y socio-económicas. Para analizar la influencia de la variable procesos migratorios campo-ciudad en la variable dependiente transformaciones identitarias, utilizaremos como dimensiones de análisis los *límites simbólicos* (Hall 1996) y los *principios normativos espacializados* (Bourdieu 1999a) que enfrentan las mujeres afrodescendientes; en el marco de sus procesos de apropiación espacial. La intención de este ejercicio fue aprehender cómo los límites socio-espaciales racistas, clasistas y de género que se materializan en la ciudad se ponen o no en tensión en el proceso migratorio, a través de las prácticas y representaciones cotidianas de las mujeres afrodescendientes. Para ello se analizaron: los principios normativos corporalizados en las mujeres, los lugares que ocuparon y ocupan actualmente en el ejercicio de sus prácticas cotidianas, frente a los lugares que ocupan otros agentes sociales y las representaciones que las mujeres realizan de estas ocupaciones. Esto tomando como marco, los ámbitos establecidos anteriormente respecto de las prácticas-representaciones, enfatizando su recurrencia en el espacio urbano.

Finalmente, es necesario señalar que durante todo el proceso de recolección y análisis de datos utilizaremos la perspectiva interseccional como un marco guía, que permita relevar los mecanismos de imbricación tanto de las relaciones de poder como de las respuestas de las migrantes.

3.1 Marco Metodológico

Ámbitos/Escalas de análisis (espacial y temporal)

La noción de escala a utilizar en esta investigación no refiere al tamaño de un espacio, sino que recupera los planteamientos de (Howitt 1998) sobre la escala como relación; los cuales

establecen que las escalas permiten aprehender **diferencias en las relaciones que se establecen ente los elementos en un espacio, enfatizando unos u otros**. Así las escalas estarían determinadas por el **nivel de significancia** económica, social, política o cultural de un determinado espacio, el cual a su vez depende del nivel de densidad de las relaciones que se tejan en esos lugares. (Mosquera 2018).

El poder de entender la escala como relación, deriva también de que evidencia como la escala es un factor fundamental en la forma en que comprendemos el mundo y cómo organizamos nuestra identidad en función de esa comprensión espacio-temporal. Mosquera (2018) establece que, para dar cuenta de la importancia de las escalas en la configuración de identidades territoriales, debemos verlas como una red de tuberías en la cual mientras más interacción cotidiana tenga con/en el espacio, mayor será su densidad, mientras que a menores escenarios de interacción cotidiana menor será su densidad.

Para fines de esta investigación, se identifican los **nodos de relaciones** con mayor nivel de densidad para las mujeres, los cuales se constituyen como escalas prioritarias en la transformación de sus identidades: el cuerpo, el hogar, el barrio donde habitan y el lugar de trabajo). Temporalmente se analizarán las trayectorias de vida de las mujeres (ciclo de vida) (Gutiérrez 2001, 99), desde el momento en el que decidieron migrar, hasta la actualidad. Es importante señalar en este momento que los ámbitos de análisis se fueron modificando durante el desarrollo de la investigación, a medida que se identificaban diferentes nodos de relaciones. Finalmente se seleccionaron aquellos en los que se evidenció una incidencia del espacio urbano como agente de puesta en tensión de las relaciones sea posibilitando o limitando las transformaciones identitarias de las mujeres migrantes.

Tabla 3.1. Matriz analítica

| Concepto general | Variables | Dimensiones | Subdimensiones | Ámbitos |
|--|---|--|---|--------------------|
| Territorialización (Haesbaert 2007, 2013) (Gómez y Delgado 1998) | Variable independiente: Procesos migratorios campo-ciudad (Oliveira y Sánchez 2019) | Prácticas y representaciones durante el proceso de des-reterritorialización (Szasz 2013) (Ruiz 2002) | Prácticas de auto-cuidado | Corporalidad |
| | | | Prácticas-representaciones sexo-afectivas | Afectividad |
| | | | | Reproducción |
| | | | Prácticas familiares | Sexualidad |
| | | | | Toma de decisiones |

| | | | | | |
|--|---|--|---|--|--------------------------------|
| | (Rodríguez y Buso 2009) | | | Reparto del trabajo de cuidado. | |
| | Variable dependiente: transformaciones identitarias (Hall 1996) (Bourdieu 1999) | Límites simbólicos Hall (1996) | Relación con su cuerpo | Libertad corporal | |
| | | | Relación con la comunidad de origen | Apreciación simbólica | |
| | | Principios normativos espacializados Bourdieu (1999) Harvey (1997) Sabatini (2008) | Relación con la pareja | | Autonomía sexual |
| | | | | | Autonomía reproductiva |
| | | | | | Autonomía emocional |
| | | | Inserción en el mercado laboral | | Independencia económica |
| | | | | | Relaciones laborales |
| | | | | | Aporte a la economía del hogar |
| | | | Inserción en el mercado de vivienda | Capacidad de adquisición de vivienda propia | |
| | | | Acceso a educación formal | Ingreso y convivencia en instituciones educativas | |
| | | | Acceso a servicios de salud | Atención de salud | |
| | | | Relación con las instituciones públicas | Poder de decisión y negociación frente a las instituciones | |
| | | Relación con la comunidad | Participación en actividades comunitarias | | |

Fuente: Datos tomados del trabajo investigativo.

Estrategia de investigación

Se establecieron dos etapas de investigación, la primera destinada a reconstruir las trayectorias vitales de las mujeres migrantes, sus prácticas y representaciones en el contexto

de origen y en el/los contextos/s de destino. La segunda, enfocada en identificar los mecanismos de transformación identitaria ligados al espacio urbano y cómo estos influyen en su posicionamiento frente a las relaciones de poder de raza, clase y género.

Tabla 3.2. Estrategia de investigación

| Pregunta principal | Preguntas secundarias | Objetivos | Actividades | Técnicas de recolección y análisis de datos | |
|--|--|---|---|---|---|
| ¿Cómo influyen los procesos migratorios (<i>campo-ciudad</i>) de las mujeres afrodescendientes en sus transformaciones identitarias? | ¿Qué relaciones, representaciones y prácticas mantenían las mujeres afroecuatorianas en sus territorios de origen y qué prácticas de territorialización mantienen en la ciudad de Quito? | Identificar las prácticas, relaciones y representaciones que mantenían las mujeres afroecuatorianas en/con el territorio en sus contextos de origen y las que establecen en la actualidad en la ciudad de Quito | Reconstrucción de trayectorias de vida de las mujeres | Testimonios de vida | |
| | | | Identificación de las diferencias en las prácticas y representaciones establecidas por las mujeres en los diferentes contextos espacio-temporales | Testimonios de vida Cuadernos de campo | |
| | ¿Cuáles con los mecanismos de transformación de los roles, imaginarios y relaciones de poder de las mujeres afrodescendientes, establecidos en el proceso de migración? | Establecer los mecanismos de transformación de los roles e imaginarios de las mujeres migrantes. | Analizar la influencia de estas transformaciones en las relaciones de poder que afectan a las migrantes. | Identificar los límites socio-espaciales de las mujeres antes de migrar y hasta en la actualidad | Testimonios de vida |
| | | | | Establecer los mecanismos que utilizaron las mujeres para poner en tensión los principios normativos espacializados | Testimonios de vida Cuadernos de Campo |
| | | | | Analizar la relación entre los límites simbólicos y la posición de las mujeres frente a relaciones de poder de | Diagramas de red |
| | | | | | |

| | | | | |
|--|--|--|-------------------------|--|
| | | | género, raza y clase | |
|--|--|--|-------------------------|--|

Fuente: Datos tomados del trabajo investigativo.

Técnicas de recolección de datos

Los testimonios de vida como principal herramienta de re-presentación identitaria

Coincidiendo con las aproximaciones de Veras (2010) sobre las potencialidades del enfoque biográfico en las Ciencias Sociales, esta investigación utiliza como técnica principal de recolección/producción de datos los *testimonios vitales* de las mujeres migrantes.

El acceso a la memoria de las mujeres permitió reconstruir no solo las mutaciones de las prácticas de las mujeres en sus trayectorias vitales, sino también los cambios en las representaciones que las mujeres hacen de estas prácticas y de sí mismas frente a la sociedad, en los procesos de territorialización.

Se entiende este proceso como una aproximación a la “identidad narrativa” de las mujeres (Cornejo, Menzona, y Rojas 2008), entendida como re-presentación de sus prácticas cotidianas, con la intención de vincular sus experiencias individuales a las condiciones sociales y espaciales que afectan a las mujeres negras migrantes, jefas de hogar y de clase popular. En este sentido los *testimonios de vida*, si bien son muy similares a las *historias de vida* en el sentido de buscar vincular biografía e historia (Mills 1965), se diferencian de estas últimas en el sentido de hay una fuerte intervención de la investigadora, no solo en la delimitación del problema, preguntas de investigación y aproximación teórica, sino también en la provocación deliberada de tópicos específicos, a más de los que emerjan “naturalmente” en el relato de las mujeres.

Asumiendo el “papel activo del investigador a medida en que su criterio, decisión y autonomía constituyen la base fundamental para la buena aplicación de la técnica” (Veras 2010, 144) se establecerán las sesiones de entrevistas intentando profundizar los ámbitos establecidos previamente⁶ y provocando de manera intencional, en cuanto sea posible sin interrumpir la línea argumentativa de las mujeres, una reflexión sobre su enfrentamiento

⁶ Revisar marco conceptual.

cotidiano a relaciones de opresión a lo largo de sus vidas, desatadas a partir de sus desplazamientos campo-ciudad.

Se asume, en base a la bibliografía académica revisada, que estos desplazamientos pueden desatar transiciones “rupturas interiores” entre el rumbo ya trazado por el origen y por la situación de clase (raza y género); momentos en que el destino y la consciencia se confrontan y que por tanto son ricos de evidencias sobre los procesos sociales, las posibilidades históricas abiertas por el agotamiento de la recreación del orden. (Martins 1998: 92-3) en (Veras 2010, 146) lo cual es uno de los dos principales aspectos a analizar en esta investigación.

Se acompañaron los testimonios con la elaboración de un cuaderno de campo elaborado con base en los sucesivos acercamientos desde 2018 hasta concluir las entrevistas, los cuales incluyeron visitas a sus hogares, acompañamiento a sesiones de la organización de la que son parte y acompañamiento en los trayectos de ida y vuelta de sus lugares de trabajo. Esta herramienta también permitió establecer interpelaciones, pautas analíticas y aspectos a profundizar a lo largo de la investigación.

Las mujeres que participaron en la investigación son migrantes afroecuatorianas, originarias del territorio ancestral: Valle del Chota- Cuenca del Río Mira (Provincias de Imbabura y Carchi), que migraron a Quito, en diversas etapas de sus ciclos vitales y decidieron hacer de la ciudad, su espacio de vida. Los encuentros se realizaron entre febrero y junio de 2021 y generalmente tuvieron lugar en los hogares de las mujeres, quienes habitan en la zona norte de Quito, en el conjunto habitacional Ciudad Bicentenario y fueron contactadas con la técnica de “bola de nieve” a partir de un primer acercamiento realizado en 2018 en el contexto una investigación previa.

Para el análisis de la información se elaboraron crónicas de las trayectorias vitales de las seis mujeres que participan de la investigación, las cuales permitieron identificar rupturas y limitaciones a nivel individual. Posteriormente se compararon los testimonios de vida de manera transversal, procurando identificar aspectos comunes en la experiencia migratoria de las mujeres afrodescendientes. Para la sistematización de las entrevistas y la elaboración de redes conceptuales sobre los análisis comparativos se utilizó el software Atlas ti, en función de las redes de códigos establecidos en el Anexo 1.

Limitaciones de la investigación

La primera limitación, de carácter epistémico, parte del reconocimiento de que, trabajar con mujeres afrodescendientes siendo una mujer mestiza pone en evidencia el privilegio de la blanquitud tanto en la posibilidad de producción de “conocimientos científicos” (Hernández-Hernández y Sancho 2018) como en las interpretaciones y conclusiones a las que se puede llegar. Para enfrentar esta situación y limitar el establecimiento de jerarquías entre las colaboradoras y la investigadora, se adoptaron las siguientes medidas 1) el reconocimiento de las mujeres migrantes afrodescendientes como colaboradoras de la investigación y co-creadoras de conocimiento en la medida en que sus reflexiones fueron fundamentales para construir el hilo argumentativo de la tesis e identificar relaciones de poder y ellas fueron parte del proceso de revisión, crítica y corrección de la interpretaciones y conclusiones establecidas y 2) el establecimiento de mecanismos de reciprocidad entre las colaboradoras y la investigadora, mediante talleres y acompañamiento para la elaboración de un proyecto de subsistencia.

La segunda limitación derivó de las condiciones de investigación por la pandemia de la Covid-19, que impidieron la realización de reflexiones colectivas por parte de las mujeres. Estas reflexiones se plantearon a manera de grupos focales y talleres con un grupo más amplio de mujeres residentes en Ciudad Bicentenario. La imposibilidad de realizar estos talleres debido al distanciamiento físico necesario para cumplir con medidas de cuidado, limitó: 1) el encuentro de voces de las mujeres respecto de sus transformaciones identitarias, el cual hubiese sido pertinente para el reconocimiento de estos mecanismos de transformación como mujeres afrodescendientes migrantes hacia las ciudades y 2) la reflexión sobre el habitar en una zona periférica de la ciudad y los “efectos de lugar” que Ciudad Bicentenario ha tenido en sus vidas desde que iniciaron el proceso organizativo para obtener sus viviendas hasta la actualidad. Estas limitaciones se solventaron, en parte, mediante la realización de espacios informales de encuentro con tres de las cinco colaboradoras quienes por ser familiares convivían cotidianamente, en estos encuentros y talleres, realizados entre las entrevistas.

Capítulo 4 . Contextualización

4.1 La población afrodescendiente en Ecuador

De acuerdo con el Censo del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC 2010) el 7,2% de la población del Ecuador se reconoce como afrodescendiente. Históricamente los asentamientos más importantes de Afroecuatorianos/as eran la cuenca del Río Mirá (provincia de Carchi), el Valle del Chota⁷ (provincia de Imbabura) y la provincia de Esmeraldas; sin embargo, actualmente la distribución geográfica de esta población se concentra en 15 cantones, principalmente Guayaquil, Quito y Esmeraldas, los que poseen presencia de más de 80.000 afroecuatorianos. (Consejo de Participación y Control Social y Política 2016). Esta distribución responde a la intensificación de la migración afrodescendiente al entorno urbano desde la década de los 60 y 70 en adelante, de tal forma que para el 2010, el 74,4% de la población afroecuatoriana vive en las ciudades (INEC 2010).

Los análisis regionales, basados en los Datos de Encuestas de Hogares (BADEHOG), muestran que en Ecuador el porcentaje de afrodescendientes que viven bajo el umbral nacional de pobreza es del 42,2% frente al 27,1%* de no afrodescendientes⁸. Las desigualdades estructurales hacen de esta población la más vulnerable frente a la pobreza en el país, lo cual está muy ligado a su posición en el mercado laboral. De la población afrodescendiente ocupada el 40,1% está en o es altamente vulnerable a caer en la pobreza y la pobreza externa, frente a un 27.1% de no afrodescendientes que está en esta condición en Ecuador (CEPAL 2017). De hecho, para el 2019 la tasa de desempleo en estas comunidades pasa de 7.0% a 12,5% (ENEMDU 2019). En cuanto a las condiciones de habitabilidad el porcentaje de hacinamiento en la población afrodescendiente supera en 7% a la de no afrodescendientes a nivel nacional (ENEMDU 2019).

Algunos indicadores particularmente definatorios de las condiciones de desigualdad en la población femenina afrodescendiente son el embarazo adolescente, el acceso a servicios sociales y la cantidad y calidad del empleo. El porcentaje de mujeres afro de entre 15 y 19 años que son madres es de 24,1% frente a un 16,2% de las no afrodescendientes. (CEPAL

⁷ Se denomina Valle del Chota Mira a una región atravesada por el río Chota-Mira, en los límites provinciales de Imbabura y Carchi que comprende 80km² desde Pimampiro (Imbabura) hasta Concepción (Carchi) (Guerrón 2000) Para una descripción más detallada revisar Anexo 3.

⁸ De aquí en adelante para todas las cifras con asterisco implica excluida la población indígena.

2017). En cuanto a asistencia al sistema educativo superior de mujeres entre 18 a 24 años, en el año 2010 existía una brecha de 15% de las mujeres afrodescendientes frente a las mujeres no afrodescendientes, la cual no se ha logrado reducir respecto de la población afrodescendiente en general hasta la actualidad. La tasa de desempleo en las mujeres afro es del 10,8% frente al 6,3% de mujeres no afro y entre las que están ocupadas, se evidencia una clara segmentación del mercado laboral; las mujeres afrodescendientes ocupadas en puestos profesionales o técnicos es de apenas un 11,1% frente a un 20,5% de mujeres no afro; al tiempo que existe una sobre representación de mujeres afro en el campo del trabajo doméstico asalariado (21,0% frente a un 10,2% de mujeres no afro) es decir una de cada cinco mujeres afrodescendientes se dedica a este tipo de trabajo (CEPAL 2018).

El país reconoce en la Constitución del 2008 a los pueblos afroecuatorianos como parte del Estado y ya en 1994 la Ley de Desarrollo Agrario reconocía la titulación colectiva de los territorios afrodescendientes como una forma de proteger las tradiciones, vida cultural y organización propias de este grupo étnico. (CEPAL 2018) A partir del reconocimiento de la necesidad de establecer políticas públicas destinadas a la promoción de los derechos de las personas se crea el Consejo Nacional para la Igualdad de Pueblos y Nacionalidades, el cual en el Marco del Decenio Afrodescendiente 2015-2024⁹, estableció en 2016 una serie de diálogos que resultaron en la elaboración de un Manifiesto Político Afroecuatoriano, sin embargo, el Informe evaluatorio sobre los avances en derechos del pueblo afroecuatoriano a mitad del Decenio establece que el Estado ha incumplido con lo señalado en la Constitución y el Decreto Ejecutivo 915 pues no se han generado suficiente capacidad institucional para la elaboración y ejecución de políticas públicas específicas para la población afrodescendiente por lo cual exhorta a la Función Ejecutiva la definición de una “Agenda de Políticas públicas que cuente con recursos suficientes para la concreción de los postulados del Decenio Afrodescendientes” (Decenio 2019) al tiempo que solicita “Institucionalizar la Secretaría del Decenio Afroecuatoriano, para que desde el Estado lidere conjuntamente con la sociedad civil Afroecuatoriana, la consecución de los ejes planteados por las Naciones Unidas, hasta diciembre de 2024” (Decenio 2019).

⁹ Proclamado por la resolución 68/237 de la Asamblea General, que se celebrará de 2015 a 2024, constituye un auspicioso período de la historia en el que las Naciones Unidas, los Estados Miembros, la sociedad civil y todos los demás agentes pertinentes se sumarán a los afrodescendientes y adoptarán medidas eficaces para poner en práctica el programa de actividades en un espíritu de reconocimiento, justicia y desarrollo (ONU s/f).

El contexto nacional descrito permite dar cuenta de la necesidad de profundizar los estudios sobre la población afrodescendiente como un paso para la denuncia, problematización y respuesta política frente a las condiciones de desigualdad que aún afectan de manera incisiva a la población afro y a las mujeres afrodescendientes en el país, y que se traducen en muchos casos en procesos de des-territorialización e inserción precarizada de la población afro en las ciudades.

A continuación, analizaremos los procesos históricos de territorialización de la población afrodescendiente en la región del Valle Chota-Mira, ubicado en las fronteras de las provincias de Carchi e Imbabura.

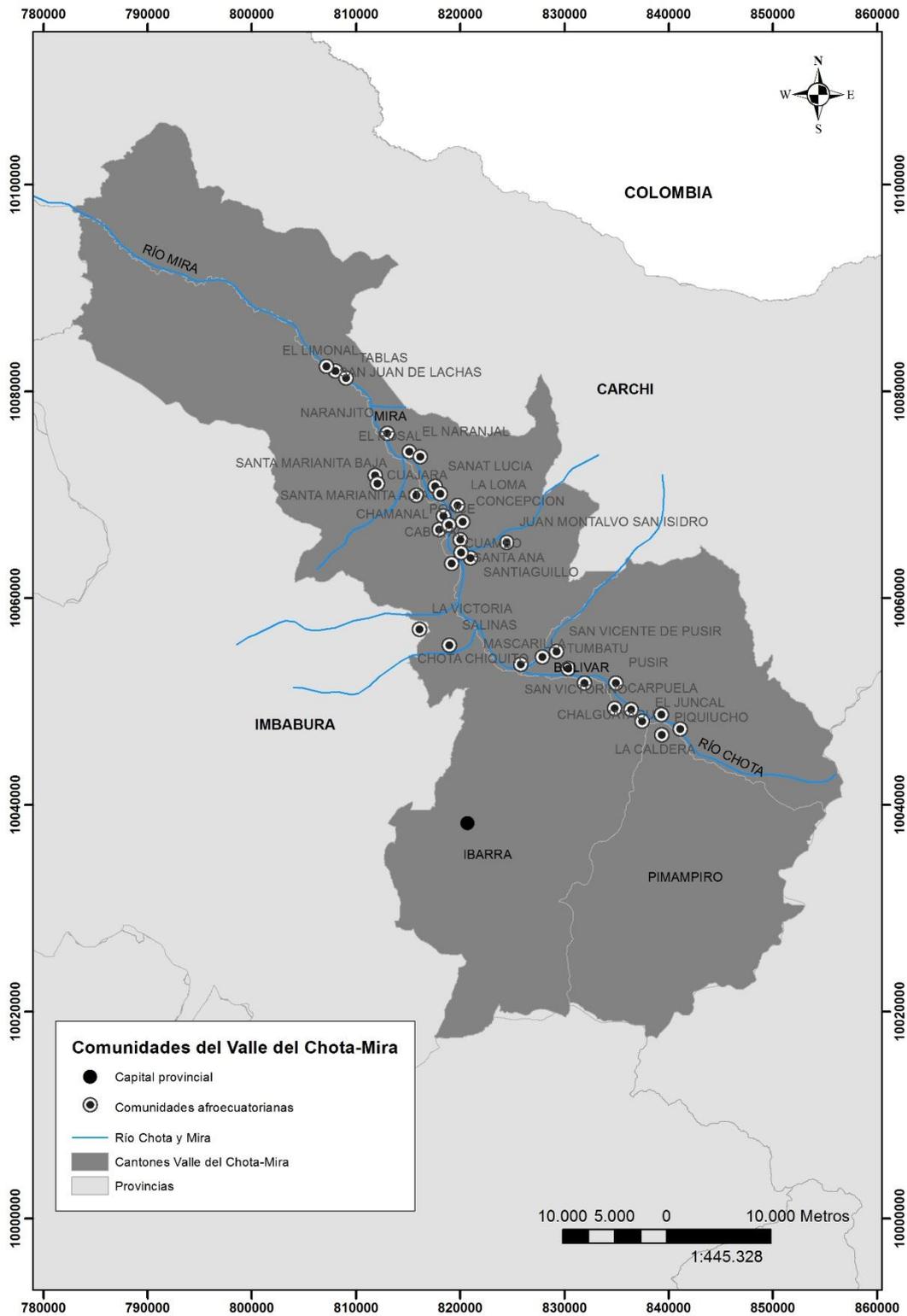
4.2 La población afrodescendiente en el Territorio ancestral afroecuatoriano de Imbabura y Carchi

Actualmente el Valle del río Chota y la cuenca del río Mira agrupan a un conjunto de comunidades afrodescendientes, caracterizadas por una vocación agrícola. Se establece que los orígenes de la población afrodescendiente en el “Territorio ancestral afroecuatoriano de Imbabura y Carchi”¹⁰, son resultado de la introducción involuntaria de miles de personas africanas en calidad de esclavos/as por parte de los Jesuitas, para que trabajasen en sus plantaciones de caña de azúcar, a inicios del siglo XVII (Coronel, 1991; Costales, 1959) en (Hernández 2009, 35)¹¹. El flujo de personas esclavizadas en la zona como parte fundamental del sistema agroproductivo perduró hasta el siglo XIX y aún tras la abolición legal de la esclavitud en el Ecuador en 1851.

Mapa 4.1 Comunidades del Valle del Chota-Mira

¹⁰ Frente a la multiplicidad de denominaciones establecidas para dar cuenta de este territorio (Coangue, Cuenca Alta y Baja del Mira, Valle del Chota, Territorio Ancestral Chota, Salinas y Concepción), se retoma la denominación establecida por las mujeres afrodescendientes como una forma de reivindicación contra las narrativas “coloniales, violentas y excluyentes” que han establecido “corrientes divisorias en la creación de territorialidad” y además en reconocimiento de las limitaciones explicativas de las denominaciones administrativas existentes: parroquia, cantón y provincias, para dar cuenta de las dinámicas territoriales afrodescendientes presentes en la zona.

¹¹ Frente a la disminución masiva de la población indígena, resultado de los sistemas de explotación de la mita y la encomienda, (Antón 2003) se produjo una transición de las plantaciones de coca y algodón hacia haciendas azucareras que requerían de una enorme fuerza de trabajo que fue cubierta con población afrodescendiente.



Fuente: Villa 2015.

La organización socioeconómica de la zona, ligada a la lógica hacendaria con sucesivas reconfiguraciones, sufrió una de sus mayores transformaciones durante los años 70. La

introducción de infraestructura, enfocada a lograr el “autodesarrollo campesino” con carreteras y canales de riego, colaboró a la disolución completa del sistema de haciendas y la consolidación del monocultivo en las tierras del Valle, enfocado al comercio en Ibarra, Quito y el sur de Colombia. (Guerrón 2000) Esta transformación benefició a las grandes y medianos productores, pero perjudicó a los pequeños, lo cual conllevó a la diversificación de los mecanismos de subsistencia de la población afro hacia el arriendo de tierras, el trabajo “al partir”¹², trabajo asalariado en el Ingenio Azucarero o en la construcción y la migración a las ciudades. En el caso de las mujeres, muchas de ellas se enfocan a la venta de víveres, comida preparada y frutas en las ciudades de Ibarra, Quito y Otavalo.

Actualmente, los factores estructurales de desigualdad territorial en el Ecuador se expresan en indicadores de pobreza y empleo en las provincias que conforman el “territorio ancestral”. En Carchi donde el 6,4% de la población se identifica como afroecuatoriano la Pobreza por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) es de 89,13% en la zona rural. El 37,24% de la PEA de la provincia se dedica a actividades agrícolas, el 14,80% en actividades comerciales y el resto en servicios. La pirámide poblacional muestra una disminución de la población de entre 15 y 30 años “que puede deberse a su salida de la provincia por razones de estudio y/o trabajo” (CARE, CIESPAL, y OCHÚN 2021, 55).

En la provincia de Imbabura donde el 5,4% de la población se identifica como afroecuatoriana también se evidencia una disminución de la pirámide poblacional a partir de los 15 años. El índice de NBI es de 79,61% en el área rural y el sector agropecuario aglomera el 28% de la PEA, seguido por la industria manufacturera (19%) y el comercio (17%) estudio y/o trabajo” (CARE, CIESPAL, y OCHÚN 2021, 55).

4.3 La distribución territorial ecuatoriana, frente a las dinámicas migratorias (campo-ciudad)

En Ecuador, los procesos de urbanización, ligados a la migración campo-ciudad pueden ser analizados en función de la distribución territorial de factores de atracción y expulsión (Rodríguez y Busso 2018) Según la propuesta teórica de estos autores, en base a un estudio regional sobre migración interna en América Latina, para entender este tipo de migración se

¹² Mediante esta forma de trabajo, las personas que no tenían tierras laboraban en tierras ajenas y, como forma de pago, entregaban una parte de la cosecha al dueño. Esta, como muchas de las formas de trabajo antes descritas, perduran hasta la actualidad y de hecho se han intensificado debido a la escasez de tierra.

deben considerar tres tipos de factores: económicos, sociales y culturales, establecidos en profunda relación con el accionar y omisión del Estado en el contexto del capitalismo tardío y sus consecuencias de desarrollo desigual. Entre los factores de expulsión de particular importancia para la región, señalan tres dimensiones: 1) concentración de la propiedad agrícola, 2) rezago productivo de la agricultura familiar y 3) marginación del campo de numerosos avances socio-económicos, tecnológicos y culturales; y en cuanto a los factores de atracción, establecen: 1) el atractivo simbólico y 2) los atributos materiales de las ciudades (sistemas de salud, educación y mercado laboral).

Respecto a la concentración de la propiedad agrícola según Brassel, en el Ecuador, a pesar de Reforma Agraria implementada en 1964 y 1972 la tenencia de la tierra sigue siendo inequitativa.

(...) de acuerdo a la información del Censo Agropecuario del 2000, las Unidades Productivas Agropecuarias UPA's inferiores a las 5 hectáreas, representaban el 63,5% del total de las UPA's, pero disponían del 6,3% de la tierra de uso agropecuario mientras que las UPA's con superficies de 100 hectáreas y más, pese a representar solo el 2,3% del total de las UPA's, concentraban el 42,6% de las tierras de uso agropecuario (Zapata, Ruiz, y Brassel 2008, 21).

De hecho, en el país el índice de Gini, que mide la concentración de la tierra, ha pasado de 0.86 en 1954 a 0,80 en 2000, una variación poco significativa. En la provincia del Carchi el 75.85% de las Unidades Productivas son de menos de diez hectáreas, y en Imbabura el porcentaje aumenta a un 85.75%. (Zapata, Ruiz, y Brassel 2008) Como se verá en el siguiente capítulo, esta concentración de la tierra es efectivamente un factor de expulsión muy significativo para las personas del Valle del Chota-Mira.

En cuanto a la marginación del campo de los avances socioeconómicos, tecnológicos y culturales. Un indicador importante es la incidencia de la pobreza por área de residencia, la cual, aunque se ha reducido significativamente en los últimos años en el Ecuador, aún es mucho mayor en el área rural (56.31% %) que en el área urbana (13,69%) (ENEMDU 2019). Aunque en cuanto a matrícula neta en educación básica no hay una gran diferencia entre los espacios urbano y rural, mientras se incrementa el nivel de estudios formales, la brecha comienza a profundizarse, por ejemplo, en cuanto a matrícula media en estudios superiores la ruralidad se ubica casi 16% por debajo que el área urbana (70%) en 2014. (ENEMDU 2019)

En cuanto al acceso a avances tecnológicos para el año 2020, el acceso a internet en hogares urbanos era de 61,7% frente a un 34,7% de hogares en la ruralidad y, mientras el 58.2% de las personas en el área urbana tienen teléfono inteligente, solo el 36,8% lo tienen en el área rural (INEC 2020).

Estos datos se suman a lo establecido en el estudio sobre migración interna y urbanización en Ecuador de López, Correa y Tituaña, donde se señala que el bajo acceso a la educación y los limitados ingresos obtenidos por el trabajo (salario) en los contextos de origen son factores de expulsión importantes en el Ecuador, mientras que el capital humano (escolaridad y experiencia) reduce la probabilidad de migrar (2017, 13–14).

Respecto a los factores de atracción, “en Ecuador las aglomeraciones urbanas de la industria y la infraestructura generaron efectos acumulativos en determinados núcleos de crecimiento económico y demográficos” (Correa, 2016), tal es el caso de Quito (en la provincia de Pichincha) y Guayaquil (en la provincia del Guayas). Pese para el año 2010 Guayas concentraba el 47 % y Pichincha el 33,40% de empresas del país (Serrano 2013, 13), de ello se infiere que la oferta laboral es un factor importante en las dinámicas migratorias campo-ciudad pues estas también son las provincias con mayor cantidad de inmigrantes internos en el país (López, Correa, y Tituaña 2017).

Finalmente, respecto a educación, debido al peso de la variable capital humano y experiencia en la migración interna señalado anteriormente (López, Correa, y Tituaña 2017, 9) el peso atractor de Quito y Guayaquil se explica también porque son las ciudades con mayor tasa de asistencia a educación superior concentrando (junto a Rumiñahui, Samborondón y Cuenca) el 23,4%. (Canelos 2017).

Quito como receptor de migrantes: La ciudad blanca, clasista y patriarcal

La inclusión de un enfoque de interseccionalidad, procura dar cuenta de las diferencias espaciales sobre las que se afirman las diferencias sociales (Bourdieu 1999a) en función de las múltiples e imbricadas relaciones de poder presentes en el espacio urbano como espacio receptor de migrantes, pues estas relaciones condicionan el proceso de territorialización. No es lo mismo emigrar a una ciudad pequeña como Ibarra que a Quito, la capital del país. En ese sentido, para entender los procesos de apropiación espacial de las mujeres afrodescendientes

es necesario caracterizar a la ciudad de Quito como receptora de migrantes internos frente al racismo, el sexismo y la desigualdad de clase.

Los estudios sobre racismo y discriminación racial en Quito para la población afrodescendiente, aún son limitados; sin embargo, demuestran la persistencia de estereotipos racistas/sexistas y clasistas como parte del imaginario quiteño, derivado de la continuidad de patrones clasificatorios sociales colonialistas que establecen a los blancos urbanos como sinónimo de desarrollo y progreso y a los “inmigrantes (indígenas, mestizos y negros) en un nivel de inferioridad o atraso” (Espinosa 2003).

Aunque existen prejuicios y estereotipos racistas comunes a todos los afrodescendientes, algunos son diferentes según el género. Por ejemplo, de manera general existe el estereotipo de la suciedad, detallado por Carlos de la Torre (2002), aunque éste es más frecuentemente asociado a la población indígena. Otro estereotipo es el que asocia a la población afrodescendiente con la sexualidad y lo práctico en general, disociándolos al mismo tiempo de todo lo que se refiere a la intelectualidad. Estos estereotipos y prejuicios influyen claramente en la discriminación laboral (Andrés 2017, 56).

En Quito, estos imaginarios tienen repercusiones en la inserción urbana de los/as migrantes afrodescendientes en diferentes ámbitos que incluyen el laboral, el social y por supuesto el espacial. En el ámbito laboral, estereotipos respecto a los hombres afrodescendientes, a más de asociarlos a trabajos difíciles, peligrosos y con malas condiciones laborales, incluso puede empujarlos al desempleo, hecho al que se hace referencia anteriormente en esta investigación, al dejar de contratarlos por considerarlos “vagos, dejados y lascivos” (Andrés 2017, 57).

En lo que concierne a los hombres, estos son asociados con trabajos manuales, con la fuerza física, con la violencia y con la bravura. Esto tiene como consecuencia que se empleen frecuentemente como cargadores y guardias de seguridad. Además, estos prejuicios también inciden en las oportunidades de ascenso. Se puede contratar un afroecuatoriano para un trabajo manual o que implique fuerza física, o se lo puede contratar para una tarea que no implique toma de decisiones. Pero, no tendrá más oportunidad de ascenso, aún si decide prepararse estudiando. (...)

Las mujeres afroecuatorianas, por su lado, como consecuencia de los estereotipos generales que pesan sobre esta población, han sido asociadas al trabajo doméstico -como empleo que no requiere formación profesional ni intelectualidad- y a la prostitución (56-57).¹³

Por su parte, el estudio de Katty Hernández (2009) sobre representaciones de las Mujeres afrochoteñas en Quito, señala la permanencia de estereotipos relacionados 1) a los cuerpos y la sexualidad de las mujeres negras hipersexualizadas y exotizadas; en contraste al modelo de feminidad de las mujeres blancas (frágiles, suaves al tacto, atractivos) y de las indígenas (asexuados); 2) la asociación (por parte de las mujeres mestizas) de “la performance del cuerpo femenino negro” a aspectos moralmente reprochables desde la religiosidad católica “son alocaditas”, “no moderadas”, “como se comportan con los amigos” (119).¹⁴

Este tipo de prejuicios puede llevar a casos de agresiones, maltratos, violencias y abusos en el ámbito laboral teniendo como objeto la sexualidad de mujeres afroecuatorianas. Desde la colonia este estereotipo llevaba a que mujeres afroecuatorianas que eran explotadas en el servicio doméstico fueran violadas por sus “dueños” o por los amigos de éste como algo común (Fernández, 2001) en (Andrés 2017, 57).

Otro aspecto que evidencia la condición racista y clasista de Quito son “las dificultades que las familias negras migrantes tenían en la ciudad a causa del racismo y la discriminación: acceder a una vivienda digna, aceptar arrendar habitaciones sin ningún servicio básico (es decir, en condiciones muy precarias)” (Vera Santos 2016, 43) identificado en el estudio de Rocío Vera Santos, este aspecto también se identifica en las mujeres colaboradoras de esta investigación. Y finalmente, respecto del acceso a la educación, uno de los principales motivos de la migración interna en Ecuador, y que en el caso de las mujeres migrantes afrodescendientes puede estar cargada de discriminación, así lo establece Santos en su estudio “Las experiencias de racismo y discriminación fueron una constante en la vida de Alondra (mujer investigada) en el ámbito colegial, universitario y de trabajo” (44).

¹³ Otros tipos de discriminaciones señalados por Lydia incluyen: la discriminación ocupacional, salarial, esclavitud moderna y trabajo infantil.

¹⁴ Hernández es precisa en señalar, y coincido con ella, que es necesario entender la performance de los cuerpos afrodescendientes desde sus propias concepciones y discursividades, las cuales son abordadas prolijamente en su investigación. Siento preciso señalar esto, en función de recalcar la resistencia siempre presente en los grupos sociales subordinados, y de las mujeres negras en específico.

Flujos territoriales: Imbabura-Carchi-Quito (I-C-Q)

La multi-territorialización de la población afrodescendiente en las provincias de Imbabura (cantones Ibarra, Urucuquí y Pimampiro), Carchi (cantones Bolívar, Mira y Tulcán), Pichincha (cantón Quito) y la zona fronteriza de Colombia, se ha establecido en base a diversos flujos entre las comunidades del Valle del Chota-Mira y las ciudades cercanas. Como se representa en el Mapa 2, estos flujos se establecen con mayor o menor intensidad (representada por el grosor de las líneas) entre los nodos urbanos y rurales dependiendo de si se trata de flujos relacionados al comercio, la búsqueda de empleo, los servicios de salud y de educación.

El comercio tanto de productos agrícolas producidos en la región Chota-Mira, como de mercadería adquirida en Colombia, establece movimientos de ida y vuelta constantes desde las comunidades rurales afrodescendientes hacia las ciudades de Ibarra y Quito principalmente, donde existe un mercado para dichos productos. Como se describirá más adelante las protagonistas de estos flujos suelen ser las mujeres de las comunidades afrodescendientes, quienes, en épocas de cosecha, se desplazan hacia las ferias (mercados al aire libre) que se realizan en distintos puntos de Quito e Ibarra. Dado que estas ferias se realizan generalmente los fines de semana, las mujeres parten los días viernes, permanecen vendiendo sus productos en la feria y en algunos casos duermen en casas de familiares o en el mismo mercado, hasta el día sábado o domingo cuando regresan a sus comunidades. En Quito, la feria que acoge a la mayor cantidad de población afro del Valle del Chota-Mira para la venta de productos agrícolas es el mercado de La Ofelia, ubicado al norte de la ciudad, situación que se explica por su cercanía geográfica a las comunidades.

Otra iniciativa de comercio destacable es el intercambio no monetario, en la lógica del trueque y denominado *cambeo*, que se produce entre los/as habitantes del Valle del Chota y las parroquias cercanas (Angochagua, La Esperanza, Mariano Acosta) en la provincia de Imbabura. Este tipo de intercambio también genera desplazamientos, aunque con menor regularidad que los realizados hacia las ciudades (Rosales 2015).

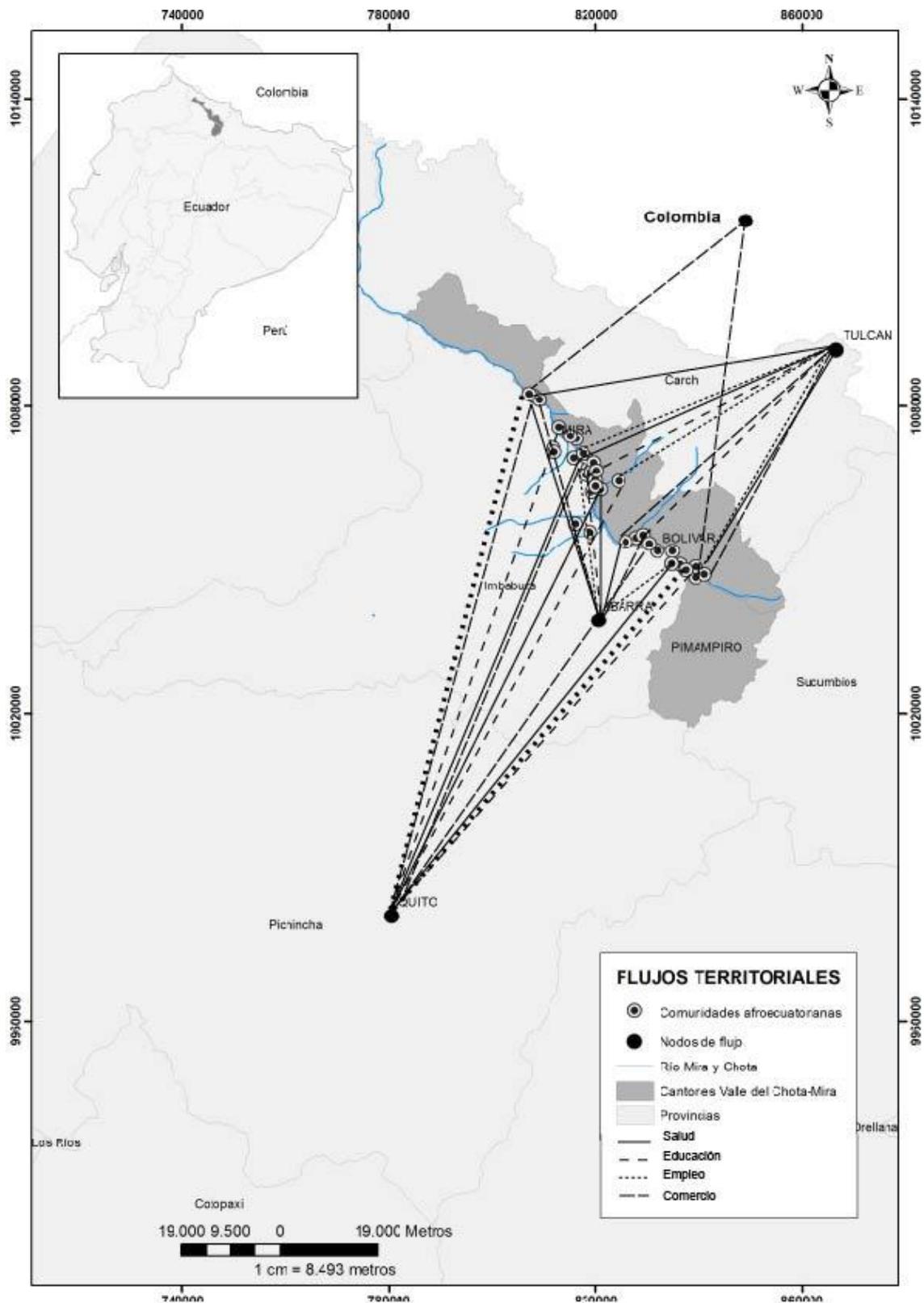
En cuanto a los flujos ligados a los servicios educativos, el peso de la concentración de servicios educativos y de salud en los centros urbanos obliga a la población rural a desplazarse momentánea o permanentemente a las ciudades. Los desplazamientos momentáneos, se caracterizan por realizarse principalmente a la ciudad de Ibarra y toman la forma de flujos cotidianos para asistir a la educación media (bachillerato) principalmente. En el caso de la educación superior, los desplazamientos se realizan de manera permanente al

menos durante la duración de la carrera o el tiempo que permanezcan cursándola. En la mayoría de los casos, los y las migrantes deciden permanecer en la ciudad de destino tras culminar los estudios.

Por su parte, los desplazamientos relacionados al acceso a servicios de salud especializados suelen ser menos regulares. En el Valle del Chota y la cuenca del río Mira “solo hay establecimientos médicos de atención primaria como puestos de salud, centros de salud tipo A y solo dos centros médicos tipo B. En la provincia del Carchi, el hospital más cercano está en San Gabriel, a una hora del Valle del Chota.” (León 2021) Y en la provincia de Imbabura la oferta de servicios de salud la distribución se ubica de manera muy concentrada a nivel del sector urbano. En este contexto, quienes habitan en las zonas rurales acuden a los servicios de salud en las ciudades cuando las afectaciones son percibidas como graves y/o cuando un profesional de la salud se los indica en el caso de enfermedades crónicas, de lo contrario optan por utilizar remedios caseros y/o medicina natural. Sin embargo, estos centros de salud no cuentan con las condiciones para atender afecciones como “erupciones en la piel por la contaminación del agua que se consume, o atención a pacientes hipertensos o con diabetes” (León 2021). Dependiendo de la gravedad de la enfermedad, los/as habitantes de la zona deciden acudir a una ciudad cercana como Ibarra o Tulcán o desplazarse a Quito, donde se concentran los servicios de especialistas y de servicios para intervenciones quirúrgicas.

Finalmente, en cuanto al empleo, la concentración de fuentes de trabajo remunerado en los centros urbanos citada anteriormente, se suma al decrecimiento de la posibilidad de obtener ingresos suficientes por medio de la producción agrícola, constituyendo factores de expulsión-atracción determinantes en las dinámicas territoriales de la región. Como se describirá más adelante, aunque el ingreso al mercado laboral en las ciudades implique el traslado permanente a las mismas, los flujos hacia los territorios de origen se mantienen, sea con visitas esporádicas, envío de dinero o mediante la añoranza y recreación simbólica.

Mapa 4.2. Flujos territoriales Imbabura-Carchi-Quito (Colombia)



Fuente: Guerrón 2000; Carabalí et al. 2021 y entrevistas de las colaboradoras.

Capítulo 5 . Prácticas territoriales de las mujeres afrodescendientes

Como se indica anteriormente, la territorialización de la población afrodescendiente y específicamente de las mujeres afrochoteñas, se ha establecido en las provincias de Imbabura, Carchi y la ciudad de Quito mediante diversos mecanismos que han ido fluctuando desde la colonia hasta la actualidad. Como mujeres afrodescendientes, estas estrategias se establecen en el marco de relaciones de poder basadas en el género, la racialización y la clase social; abarcando diferentes escalas y redes territoriales.

Es importante señalar que, como en todo territorio, las prácticas de territorialización de quienes habitan el territorio ancestral, han mutado y siguen mutando permanentemente, entonces; lejos de intentar esencializar las prácticas de las mujeres, lo que se intenta en este apartado, primeramente es reconstruir en base a fuentes secundarias y a los propios relatos de las mujeres investigadas, la cotidianidad de las mujeres en el Valle, en términos generales; en un marco histórico que abarca los últimos 40 años aproximadamente. Esto con la intención de identificar las relaciones de poder que atraviesan a las mujeres en sus territorios de origen, y posteriormente comparar si estas relaciones cambian o no en la ciudad y cómo lo hacen. Para ello, comenzaremos presentado, de manera acotada, las trayectorias vitales de las mujeres; para dar cuenta de la mutación de sus prácticas territoriales y cómo éstas han impactado en su identidad; respondiendo una de las preguntas secundarias de investigación. Posteriormente analizaremos los mecanismos que han provocado estos cambios y su relación con las relaciones de poder que enfrentan las entrevistadas como mujeres negras y de clase popular. Se determina oportuna esta estructuración argumental en la medida de que permite poner énfasis en aquellas prácticas territoriales cuyas modificaciones evidencian una transformación sea en las relaciones de poder o en los mecanismos con los que estas se enfrentan.

5.1 Múltiples caminos: del Valle Chota-Mira a la capital. Crónicas de cinco mujeres migrantes afrodescendientes

Comienzo este apartado señalando que, a diferencia de lo que se suele analizar como “prácticas identitarias” en un sentido esencialista, que busca analizar la permanencia o no de ciertas prácticas culturales de los territorios de origen en las ciudades (danza, comida, vestimenta, etc); mi intención es no limitar el espectro de análisis a esas prácticas específicas, sino analizar las prácticas significantes de las mujeres en su diversidad, incluyendo también las dimensiones del trabajo, el afecto, la sexualidad, los vínculos sociales, etc; poniendo

también especial énfasis en la capacidad de apropiación del espacio; entendiendo que todas estas prácticas tienen un peso en las transformaciones identitarias de las mujeres, y son todas, en su conjunto, las que están involucradas en la modificación o permanencia de relaciones de poder ejercidas sobre ellas.

Otra acotación fundamental, que constituye una limitación metodológica en la investigación, es el avance del ciclo de vida de las mujeres, que se interseca con su proceso migratorio, por lo cual, muchas de las transformaciones identitarias estarán ligadas no solo a su desplazamiento territorial, sino también a su desarrollo personal. Para hacer frente a esta condición, la descripción de las prácticas aquí desarrolladas, se basa en la revisión de fuentes secundarias sobre los roles de las mujeres en el Valle del Chota-Mira y también en los relatos que las mujeres entrevistadas establecen sobre la vida de quienes han permanecido en sus pueblos y sus similitudes y diferencias con sus propias vidas en la actualidad.

Norma. La pionera (52 años)

Norma Borja, nació en Piquiucho, una comunidad afrodescendiente en la parroquia Los Andes del Cantón Bolívar, ubicada en los límites provinciales entre Carchi e Imbabura, perteneciente al Valle del Chota. Su familia, como la mayor parte de las personas en el pueblo, se dedicaba a la agricultura. Su abuelo fue el mayordomo de la hacienda donde laboraba y al momento de la repartición de tierras, derivada de la Reforma Agraria, su padre recibió un poco más de tierra que los otros trabajadores afrodescendientes.

En la mayoría de las familias que poseen terrenos agrícolas¹⁵ en el Valle y en caso de la familia de Norma, la propiedad de la tierra se encuentra a nombre de los hombres, y son ellos quienes trabajan mayoritariamente en los terrenos y obtienen ingresos monetarios por las cosechas. Para las pocas mujeres que poseen terreno éste fue heredado desde sus abuelos, quienes los recibieron como pago por el trabajo en las haciendas. Generalmente la capacidad de heredar de las mujeres está condicionada al tamaño del terreno pues en el caso de ser un terreno mediano, tras la muerte de los padres la herencia se divide en partes iguales, pero si el terreno es muy pequeño para ser dividido, son los hijos hombres mayores de la familia

¹⁵ El acceso a la tierra es una limitación importante para la población afrodescendiente, solo el 36.1% de los jefes de hogar vinculados a la agricultura son propietarios de terrenos y en las comunidades del territorio ancestral, la cantidad de tierra es poca, va desde ½ hasta 3 hectáreas (Carabalí et al. 2021)

quienes heredan, bajo la responsabilidad de velar por el bienestar de sus hermanos y hermanas (Guerrón 2000).

Durante el tiempo que Norma vivió en el Valle, hasta los 14 años, dedicaba esporádicamente su tiempo para ayudar a su padre en la agricultura, organizada en función de la producción familiar, allí aprendió sobre la siembra y la cosecha y pudo obtener pequeños ingresos propios.

(...) ahí en ese tiempo claro cada familia trabajaba con sus hijos y ya cuando era mucho más, si tenían tiempo ayudaban así los hermanos o los primos pero en general era, en este caso mi papá trabajaba con nosotros que éramos sus hijos con hombres y mujeres trabajamos (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de febrero de 2021).

Sin embargo, el trabajo en la agricultura, sea en los terrenos de su familia o en terrenos ajenos por días, no fue su actividad prioritaria durante su infancia. Su principal aporte a la economía del hogar, estaba ligado a posibilitar las actividades comerciales de su madre, quien, como muchas mujeres en el Valle obtenía ingresos por medio del comercio informal¹⁶.

Este tipo de comercio, implica el desplazamiento constante de las mujeres, cada semana, cada 15 días o cada mes y son posibles gracias al “sistema de parentesco y la creación de redes de cooperación entre hogares, las cuales permiten delegar el cuidado a una pariente, amiga o a hijas mayores” (Guerrón 2000, 76) durante la ausencia.

(...) mi mamá salía a trabajar, ella se iba, no solamente trabajaba en sus tierras, sino que para poder traer dinero ella se iba a otros pueblos, le contrataban y ella iba a otros pueblos, como yo era la mayor entonces me encarga de lo que es la cocina, cocinar, hacer desayuno, ir a dejar

¹⁶ En el contexto de disminución progresiva de los ingresos obtenidos por la agricultura debido a la escasez de tierra, la reducción progresiva de la calidad del suelo por el uso intensivo de agroquímicos, la afectación constante de las fluctuaciones del mercado en el precio de los productos y la introducción de monocultivo de caña que desplazó cultivos de subsistencia (Carabalí et al. 2021) las mujeres del Valle han optado por otras formas de obtener ingresos, principalmente a través del comercio informal, combinado con la recolección de churos (caracoles que se utilizan para la alimentación y venta en las ciudades) y la prestación de servicios que incluye el turismo.

El comercio informal de productos agrícolas, consiste en la venta de frutas, legumbres y verduras (producidos o comprados por las mujeres) o comida preparada en diversas modalidades, obteniendo ganancias que fluctúan entre los 35 y 120 dólares semanales (Carabalí et al. 2021, 20) En el caso de la venta directa al consumidor, se realiza en los mercados de Quito (principalmente el mercado de La Ofelia, ubicado en la zona norte de la ciudad) Tulcán, Otavalo y San Gabriel, mientras que la venta mayorista se realiza en Ibarra.

a mis hermanos en el terreno, cuidar a mis hermanos menores que eran pequeños en ese tiempo (N. (a) Borja 2021).

En el Valle, dependiendo de su edad, las mujeres asumen mayores niveles de responsabilidad y carga de trabajo de cuidado¹⁷ el cual incluye: preparación y entrega de alimento en los terrenos, limpieza y lavado de ropa y utensilios de cocina, baño propio y el cuidado de su pareja e hijos/as; así como la gestión económica del hogar. Hasta hace menos de una década, también incluía el acarreo de agua desde el río o la acequia, la cual era la primera tarea del día para las mujeres. Estos trayectos realizados, en ocasiones más de una vez al día, por grupos de mujeres, generalmente de la misma edad, quienes aprovechaban el viaje para conversar; se constituían a más de trabajo, como momentos de socialización y disfrute. Este es el caso de Norma.

(...) el viaje era más bien de que se diría, uno no sentía cansancio sino era el jolgorio de cuando usted iba, subían y bajaban en personas, entonces decían buenos días, hola, qué tal, pero en general uno buscaba la pata de las amigas de la misma edad; uno iba conversando, conversando, riéndose y asimismo en el regreso y nos encontrábamos y luego ya vamos otra vez y así en realidad no era cansado, para mí no y digamos creo que lo de lo disfrutábamos mucho esa parte (N. (a) Borja 2021).

En el Río Chota también realizaba cotidianamente, otras actividades recreativas y de socialización. Como describe en el párrafo siguiente (y aspecto que será ahondado en el capítulo siguiente) el río es sin duda un espacio fundamental para las comunidades de origen de las mujeres.

Y esa era la dinámica de la juventud porque al final usted llegaba el río y lo que hacía desde los niños más pequeños hasta los más grandes, los padres uno que otro dando la vuelta ahí, las mamás porque al mismo tiempo tenemos que ver que había una que otra madre que se iba a lavar la ropa pero cuando las mamás iban a lavar la ropa generalmente uno se quedaba en la casa cocinando y bajaba a dejar el almuerzo a la mamá porque ella iba desde la mañana a lavar toda la ropa, entonces como al mismo tiempo ahí mismo colgaban en lo que son las plantas entonces uno en realidad del río subía con la ropa seca y entonces no quiere decir que

¹⁷ Según el Observatorio del Cambio Rural (OCARU), en promedio, las mujeres rurales en Ecuador trabajan 34:33 horas no remuneradas a la semana, más que el promedio nacional para las mujeres, que es de 31:49 horas y mucho más que los hombres, 9:09 horas (Carabalí et al. 2021)

solamente estábamos jóvenes botados por ahí, siempre había un alguien adulto (N. (a) Borja 2021).

A más de colaborar cotidianamente en las labores del hogar, Norma asistía a la escuela en doble jornada, por la mañana y por la tarde; así pudo terminar la primaria, pero, al igual que sus hermanos, no pudo cursar el bachillerato. En general, en el Valle, la educación no es vista como una prioridad para los hombres y peor aún para las mujeres, la mayoría, al igual que Norma y sus hermanas, estudian solo la primaria.

la comunidad de Piquiucho no había colegio, entonces la mayoría prácticamente terminaba la escuela y ahí se quedaba, es que, por ejemplo, en mi caso a mí sí me gustaba el colegio me acuerdo que muchos recomendaba la profesora pero mi papá dijo que no, él dijo que no porque las mujeres lo único que hacen es ir a buscar hijos entonces ni modo, ahí se quedó (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de febrero de 2021).

En su adolescencia, la relación de Norma con su padre era conflictiva debido a su machismo y las limitaciones de socialización ligadas al mismo; por ello su madre decide llevarla a la ciudad de Quito para que viviera donde su tía abuela. Esta tía fue la pionera de su familia materna en migrar a Quito y conocía a Norma y a su madre pues las acogía cuando estas viajaban a la ciudad, como parte del trabajo en ventas de su madre, quien también solía traer mercadería de Colombia para venderla en las ciudades¹⁸.

A su llegada, su tía decidió que lo mejor para Norma era comenzar a trabajar de inmediato a pesar de su corta edad; así, le presentó a la primera familia con la que comenzó a desempeñarse como empleada doméstica “puertas adentro” modalidad que Norma continuó desarrollando durante varios.

¹⁸ Respecto al comercio internacional, se realiza mediante la compra de productos en Colombia para revenderlos en Ecuador, un mecanismo denominado “Cacho” el cual se establece en el marco de la cercanía con la franja limítrofe. Las mujeres adquieren mercadería colombiana de contrabando que después distribuyen en distintos puntos del país, que incluyen Quito, Ibarra, Machala, Guayaquil, Latacunga entre otras ciudades. En estos trayectos la discriminación racializada hacia las mujeres afrodescendientes por parte de la policía de la aduana se presenta constantemente en forma de insultos, agresiones o persecución a los que no se ven expuestos de igual manera las personas mestizas o indígenas. (Carabalí et al. 2021) En general, las contribuciones económicas de las mujeres a más de necesarias para mantener la calidad de vida de sus familias, son altamente valorizadas y el comercio es entendido socialmente como una actividad aceptable y buena (Guerrón 2000).

Esta forma de inserción laboral en el servicio doméstico “ayudan al mantenimiento de la población afrodescendiente en ciertas ramas de actividad, puesto que se mueven en ámbitos de empleo limitados y los empleos conseguidos para familiares y conocidos se encuentran en estos mismos ámbitos” (Andrés 2017, 57). Muchas, si no todas, las mujeres que llegan a trabajar en Quito en el servicio doméstico, lo hacen gracias al contacto de un familiar o conocido que está trabajando en la ciudad (Andrés 2017) como es el caso de Norma.

A los 20 años pudo seguir un curso de Auxiliar de Enfermería y también uno de Corte y Confección en un instituto, financiándolos con sus propios ingresos¹⁹, sin embargo, no los ejerció debido a la falta de oportunidades laborales frente a las ofertas de empleo como trabajadora remunerada del hogar. Como mencionamos anteriormente, esta decisión hace sentido a las mujeres afrodescendientes por la perpetuación de patrones racistas y sexistas que aún las asocian principalmente con este trabajo, limitando sus oportunidades para otras formas de empleo (Andrés 2017).

En esta época, conoció al padre de su hija Kimberly y estableció una relación con él. Cuando nació su hija siguió trabajando y viviendo con una familia, modalidad que continuó durante un par de años. En uno de esos trabajos puertas adentro, a su jefa no les gustaba que su hija saliera del cuarto de servicio donde vivía, lo cual implicaba tenerla encerrada en el todo el día, por lo que decidió dejar ese empleo. Estas condiciones, sumadas a otras formas de explotación laboral típicas del trabajo doméstico “puertas adentro”, hacen que Norma denomine a muchas de sus relaciones laborales como “esclavitud moderna”.

(...) era un tipo de esclavitud moderna porque te pagaban pero al mismo tiempo disponían de tu tiempo el 100% (...) no hay horario por qué es un horario a ellos y en realidad no les importa si llueve, si es de noche, si ni sé qué, la cosa es que usted tiene que estar de pie, inclusive cuando ellos se van a fiestas, bailes (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

¹⁹ En general el acceso de la población afrodescendiente a educación superior, aún es enormemente limitado, solamente el 5,2% culmina los estudios de tercer nivel (Telégrafo 2017).

Además, esta modalidad involucró la limitación de su acceso a la salud pues, durante su embarazo Norma no pudo asistir a controles periódicos debido a los horarios de trabajo establecidos.

casi que yo no fui porque obviamente como es que eso le digo es ellos obviamente para irse a un centro de salud también que haber asistido a media semana y en horario que supuestamente tocaba hacer el almuerzo todo eso. Entonces salir en la tarde no te permitían porque los hijos ya llegaban de la escuela y que sí que no tocaba estar ahí cuidando (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

Tras dejar ese empleo, durante un tiempo Norma vivió de sus ahorros, junto al padre de su hija y posteriormente encontró un trabajo puertas adentro nuevamente. En esta ocasión las condiciones laborales mejoraron, lo cual significó para Norma un incremento de su seguridad e independencia.

(...) ahí es cuando adquirí mucha más experiencia y también mucha más independencia; mucha más seguridad porque ella sí cumplía con la ley con lo que es el IESS si era un poco difícil el trabajo, pero también era, tenía un poco más de libertad porque como ella se sabía ir a una finca que tenía, yo me quedaba una semana sola con la niña en su casa, entonces sí era relajante (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de junio de 2021).

Además, esta seguridad de contar con un ingreso fijo y prestaciones de ley, además de la posibilidad de ahorrar en arriendo y comida, le permitió también ir adquiriendo muebles y utensilios domésticos, que le servirían después en su propia vivienda.

Sin embargo, este tipo de relaciones laborales no son la mayoría, y a partir de dos experiencias de estafas en trabajos puertas adentro, en los que se negaban a pagarle lo justo; a los 28 años, decidió solamente trabajar en horarios fijos. En ese tiempo vivía en unos cuartos dentro de una bodega que cuidaba un amigo suyo y que pudo adaptar como vivienda, junto a su hija y su hermana Irma, que había llegado hace poco a Quito. Destaca aquí la importancia de los lazos y redes de amistad en la ciudad, que como se desarrollará más adelante, son fundamentales para las mujeres no solo en la obtención de empleo sino también en el acceso a la vivienda.

(...) la primera vez que nos que me fui a vivir fue tenía el hermano de un amigo de una amiga muy cercana ella él vivía por aquí por cárcel en el cuidaba una bodega y en esa bodega había unos cuartos una construcción como una media agua que era inclusive el techo era de cinco entonces la primera vez que me fui ahí (N. (b) Borja 2021).

Años después, el padre de su hija compró una casa en el sur de la ciudad, en el sector de la Mena y ella se mudó allí, junto a su madre y sus hermanas que habían llegado con la intención de acompañar el tratamiento de su hermano mayor, quien en esta época enfermó gravemente y falleció. Durante un tiempo su casa fue lugar de cuidado para él. Allí vivió 15 años.

Cuando el padre de su hija migró, ella se separó de él, pero la relación padre-hija continuó y continúa hasta la actualidad. Todo este tiempo continuó trabajando por horas en casas y en oficinas para solventar sus gastos y apoyar, en lo posible, a su madre y hermana. Esta forma de trabajo no solo le permitió incrementar sus ingresos, sino también su autonomía respecto a la gestión del tiempo.

Elena (hablando sobre el cuidado de su sobrina) fue diferente a lo mejor un poco más de cercanía porque ya trabajaba puertas afuera ya tenía mi independencia de casa, de todo, entonces sí fue diferente para ella pues diferente, gozó mucho más y también porque como ya era sólo trabajos por horas y me iba un trabajo y máximo que me quedaba 3 horas, 2 horas pero al mismo tiempo ellos sabían que yo llegaba y la niña tenía que estar ahí (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de junio de 2021).

En el año 2010 falleció su cuñada, y con sus hermanas, tuvieron que hacerse cargo de su sobrina. La niña necesitaba muchos cuidados por ser prematura y tras considerarlo, Norma decidió que tenía las mejores condiciones para cuidarla y se hizo cargo de ella hasta la actualidad.

En este tiempo, la ayuda de su hija Kimberly, quien ya era adolescente, en el cuidado de su sobrina y la realización del trabajo de cuidado del hogar, fue muy importante y le facilitó a Norma la conciliación del trabajo remunerado.

En el año 2010 había comenzado ya el proceso organizativo para la adquisición de su casa en Ciudad Bicentenario, proceso en el cual aprendió mucho sobre las oportunidades disponibles para la población afrodescendiente organizada.

En 2019, después de un enorme esfuerzo en trámites y disputas organizativas, finalmente puso mudarse a su departamento propio, donde reside hoy en día. Actualmente a más del trabajo en el servicio de limpieza, se encuentra fortaleciendo un proceso organizativo de personas afrodescendientes en Quito, al tiempo que estudia para profesionalizarse como trabajadora de la limpieza.

Irma. La sabia (46 años)

Irma Borja es la hija intermedia entre Norma y Aracely, también nació en Piquiucho, en el Valle del Chota, fue la que más tiempo vivió en su comunidad, lo cual le permitió experimentar más la cotidianidad en el pueblo y adquirir mayores conocimientos sobre la cultura afrochoteña, la cual valora hasta el día de hoy.

La vida de Irma durante su infancia, adolescencia y parte de su juventud, estuvo marcada por la cercanía con su comunidad; su familia, especialmente su madre, su padre, su abuela y bisabuela y con sus amistades, lazos que la hacían sentirse cómoda y segura.

(...) antes de migrar me sentía libre porque no había ni hay delincuencia, no hay robo, se puede dejar su puerta abierta, estar sentada de noche, se puede ir caminado, de hecho, cuando vamos, así regresábamos nosotras caminando (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Al igual que sus hermanas, apoyaba en las cosechas, en el cuidado de animales y se ocupaba de las tareas de cuidado; por las tardes disfrutaba de ir al río, jugar con los vecinos y esporádicamente salir con sus amigos. La convivencia de Irma con sus pares, como sucede mucho con las mujeres jóvenes afrodescendientes en el Valle del Chota, estuvo muy marcada por el machismo de sus hermanos, primos y familiares cercanos, los cuales controlaban sus interacciones.

(...) cuestión de salir, mi papá no dejaba ir a bailar. Qué bárbaro que era él, era como ahora lo veo gracioso, pero antes me enojaba. Me decía el baile a las 8, entonces se va, pero regresa a

las 8 (...) Si me sentía coartada mi libertad, a veces quería ir a algún lugar y no me daban permiso, yo no podía sólo decir que me iba, aun cuando ya era mayor de edad, por eso hay pueblos que yo no conozco (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

El acceso a los recursos económicos, característica de las mujeres afrochoteñas (Guerrón 2000), se refleja también en Irma quien, durante su adolescencia, comenzó a trabajar cosechando tomate, cebolla, pimiento en terrenos de otras personas del pueblo. También en los viajes que realizaba los domingos, junto a su madre y su hermana hacia al mercado de Tulcán, o al de la Ofelia en Quito los fines de semana, para vender los productos agrícolas de la familia.

Eso fue mientras yo no trabajaba, después me levantaba en la mañana muy temprano para el arreglo de la casa y salía a trabajar. Trabajaba cogiendo tomates, cebolla, también sabía irme los domingos al mercado de Tulcán. Luego empecé a venir aquí a Quito a la Ofelia para poder ayudar a mi familia económicamente. Cuando veníamos a Tulcán llevamos la carga en unos carros que cargaban los camiones, se llevaba una carga el sábado en la tarde, en la madrugada estábamos subiendo (la carga) a los carros y nosotros nos íbamos en la interprovincial. Regresábamos a las 5pm. Después, cuando dejé de ir a Tulcán, empecé a venir a Quito salía el jueves en la tarde para estar en la Ofelia viernes, nos quedábamos todo el día y pasábamos todo el día sábado y después lo llevamos a la casa (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Al igual que sus hermanas, Irma cursó la escuela en el Valle pero no pudo continuar estudiando pues su padre consideraba el bachillerato como algo innecesario.

(...) (estudiar) era de mis más grandes sueños, ya sabe a los afrodescendientes no había apertura. Hablábamos con mi papá y él decía que para qué, si era mejor quedarse en la casa, aprender a trabajar, los papás no le veían como algo necesario (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Debido a su mayor permanencia en el territorio de origen Irma participaba más regularmente de las celebraciones populares, incluidas las Fiestas del pueblo en Semana Santa, los “animeros” (rituales fúnebres que involucran cantos y bailes), Navidad y Año Nuevo. Incluso

tras su llegada a la ciudad, Irma procuraba asistir regularmente a este tipo de festividades en Semana Santa y en diciembre, viajando cuando le era posible.

(...) había los priostes que recogían el dinero en todo el pueblo, la familia ponía un presupuesto, \$50 por familia, por ejemplo, se ponía cuota para que lo dieran como fueran pudiendo. Ellos buscaban la banda, la organización de la iglesia, se hace por “la Dolorosa”, la misa, una vez al año. La gente era diferente, se hacía la chicha y también el champús lo que se hacía y se daba a la gente, a los forasteros, era bonito (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Además, reconoce haber podido conocer más la historia de la familia debido a su vínculo cercano con su abuela, su bisabuela, su padre y su tío; lo cual la hizo sentir orgullosa de su identidad afrodescendiente.

A mí me gusta saber eso, me siento orgullosa de saber quién soy, de donde vengo, mi familia a pesar de la esclavitud, yo si me siento orgullosa de venir de ahí. Mi bisabuelo vino de Colombia, y se quedó ahí, igual mi mamá -de ese lado- vinieron de muchas partes y se quedaron. No llegué a conocer de mi abuelo, lo que sé es que era el mayordomo, le hace sentirse diferente con respecto a los demás (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Los motivos de la migración de Irma, son un ejemplo de los procesos de desterritorialización (Haesbaert 2013) que afectan a la población campesina en el Ecuador, Irma es clara en señalar a las condiciones económicas como el motivo principal de su desplazamiento a la ciudad.

(...) obviamente, a mí lo que me hizo migrar fue la economía. Económicamente no es bueno, no era bueno, entonces para mí. Allá no podría obtener lo que yo deseaba, una de las opciones era migrar. La agricultura se cayó, de eso vivíamos, era buena, en el mercado las mujeres mantenían la casa cuando salían las cosechas de 4 y 6 meses, y ahí entraban los hombres. Pero al irse destruyendo todo eso -porque para mí eso fue una destrucción- por eso me vi obligada a migrar, no porque no me gustara... Mi familia, mi ambiente, la comodidad de mi ambiente -porque para mí si era cómodo- tenía mis amigas, mi familia. Fue muy duro para mí alejarme de mi mamá y de mi papá (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Tras su llegada a Quito a los 22 años, Irma vino directamente a trabajar como empleada doméstica puertas adentro gracias al contacto de una amiga suya que ya vivía en la ciudad. A pesar de que para Irma, conseguir trabajo no fue difícil en un inicio, tuvo que enfrentarse a el acoso y la violencia sexual que, como ya hemos señalado, afecta enormemente a las mujeres afrodescendientes en el ámbito laboral.²⁰ A nivel nacional, frente al promedio de 20,2% de mujeres que han experimentado algún tipo de violencia en el ámbito laboral a lo largo de su vida, las mujeres afrodescendientes superan en 1,4% este porcentaje en el mismo ámbito. (INEC 2019).

En su primer trabajo, Irma fue acosada por un maestro que estaba realizando unas obras en la casa, hecho que fue muy impactante frente a la protección y seguridad que sentía en el pueblo.

Yo estuve parada y el señor me dice que “por favor le dé pasando un foco”, en mi casa nunca me había pasado esto, ni con la gente de ahí, le doy la espalda y me agacho para agarrar el foco cuando el me hace esto (gesto) me quedé loca, me agarró de atrás y entonces yo me di vuelta y le di de golpes en el estómago, fue mi primera reacción pero yo me quedé asustadísima, eso no me pasaba en mi casa, yo pensaba en mi papá, mi hermano y me dio miedo. Le aviso a una compañera y le cuento, al principio se reía, pero luego me tranquilizó y me dijo que me alejara que no tuviera confianza, porque “usted venia de allá acá” fue horrible para mí, la confianza que tenía allá no debía tener acá (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

En cuanto pudo, Irma dejó ese trabajo y comenzó a trabajar en casas, en la misma modalidad, durante algunos años. En estos trabajos la sexualización y el acoso se repitieron, aunque la respuesta de Irma fue mucho más contundente, estableciendo estrategias de defensa como tener un cuchillo cerca.

Después tuve otro con un señor que era un morbosito, disque el enseñando el poco cuerpo se excite una, más le veía y le criticaba, según él se veía sexy. Yo trabajaba puertas adentro y no había un cerrojo, una chapa, con qué cerrar y él entró a intentar besarme, yo le empujé y me

²⁰ A más de las dificultades para insertarse en el mercado laboral que enfrentan las mujeres afroecuatorianas, cuando logran hacerlo, la violencia sexual es uno de los principales peligros a los que se enfrentan, pues tapiñados por las relaciones de poder entre las mujeres trabajadoras y sus patronos, estos las acosan, abusan de ellas e incluso en muchos casos las mujeres tienen hijos de estas violaciones, los cuales no son reconocidos por los patronos (Carabalí et al. 2021).

amenazó que si le decía a la esposa me iban a mandar. Pero un día, en la cocina había solo cuchillos grandes, matachanchos como se dice, me acuerdo que al siguiente día en la mañana solo me veía y no decía nada. No me daba miedo porque estaban todos, la señora sabía, siempre me preguntaba si estoy bien, decía que cerrara la puerta y que avisaba si pasaba algo (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Tras algunos años de haber llegado a la ciudad, Irma comenzó el bachillerato en la nocturna, primero los sábados y después de lunes a viernes; así logró graduarse de bachiller. Mientras estudiaba conoció al papá de sus hijos; relación que no duró mucho. A los 31 años tuvo a su primera hija, quien nació dos meses antes de que Irma terminara el bachillerato.

A partir de allí, comenzó a trabajar en casas puertas afuera y se mudó con Norma al departamento de La Magdalena. En este tiempo la relación con sus hermanas para el cuidado de los niños/as de la casa, así como de su hermano enfermo, fue fundamental.

Aunque quiso fue muy difícil continuar sus estudios pues no podía pagar la universidad y no pudo obtener una beca para estudiar Medicina, lo cual era su sueño. Además, la carrera era presencial y debía trabajar para mantenerse a ella y a su hija.

Una vez me vine de la casa me puse a estudiar, pero por mi edad -y por lo económico más que todo- no pude estudiar lo que quería. Mi mamá no podía... medicina es una carrera que es presencial completamente, me tocaba esperar que me mantengan, en ese caso con Norma no podía, tenía una hija, Aracely estaba estudiando y mi mamá lo poco que podía hacer, no podía pagarme una carrera y mi papá peor (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

A pesar de esta limitación, con sus propios ingresos y alentada por su hermana Aracely, Irma comenzó a estudiar en una universidad Comercialización con una media beca, pero esta institución desapareció con la reforma y ya no pudo continuar. En este contexto, decidió ingresar al proyecto de las viviendas en Ciudad Bicentenario por lo que eligió seguir trabajando y concentrar sus esfuerzos en obtener su casa. Se mudó junto a su mamá y su hermana Aracely a Carcelén y desde 2019 ya vive en su casa propia en Ciudad Bicentenario. En general, los trabajos que Irma tuvo con las familias solían ser de larga duración; con una trabajó once años y con otra familia nueve años; sin embargo, tal como la mayoría de las

mujeres afrodescendientes²¹, la discriminación laboral se manifestaba en el hecho de no contar con seguridad social, no recibir liquidación, haber sido engañada por parte de sus jefes para reducir el número de aportaciones al seguro que le correspondían por ley, según sus años de trabajo y haber sido acusada de robo para poder desvincularla.

(...) yo tuve problemas en el trabajo que estuve antes, no tiene idea lo que me hicieron yo fui al Ministerio que ya, ya, pero que “sí puede mejores arregle” me dice mucho más si ella (su empleadora) le hizo trampa dice “aquí sí le toca a un juicio pero mejor es que arregle” Yo tuve que volver irle a decir lo que me ha hecho, que es una sinvergüenza, osea que nunca pensé de ella. Yo digo me robó y después ahí medio arreglé y me dice (en el Ministerio) “coja lo que le dé” Es que, le digo, yo no entiendo: ella me dijo que eran unos papeles del seguro y eran unos papeles del seguro ya le leí pero en medio de sus papeles ha habido ese papel qué decía donde yo firmaba que se terminó el contrato de trabajo y que ya me habían desvinculado y resulta que no, yo trabajé con ella 9 años (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Como señala Irma este tipo de prácticas son comunes hacia la gente las mujeres afrodescendientes que laboran en el servicio doméstico lo cual, como se desarrollará más adelante, ilustra las dificultades a las que se enfrentan las mujeres afrodescendientes trabajadoras remuneradas del hogar en la defensa de sus derechos no solo frente a sus empleadores/as sino también frente a la institucionalidad del Estado²².

Finalmente, aunque no quepa explicar a cabalidad en este apartado las formas en las que Irma mantiene y actualiza la cultura afrodescendiente en la ciudad, pues serán analizadas en su conjunto en el capítulo siguiente; un hecho que vale la pena destacar en esta crónica, es la forma cómo Irma vivió el luto de su hermano, cuando este falleció ya en Quito y que está muy ligado a la ritualización afrochoteña de la muerte desde el baile y la música a la que se alude arriba.

²¹ 50% de las mujeres afrodescendientes que tienen empleo se dedican a trabajos inestables en el sector no estructurado (actividades ligadas a condiciones laborales de explotación y falta de seguridad) (ONU, 2010) en (Género 2018).

²² Al respecto, es importante señalar la necesidad de incrementar y profundizar los estudios sobre la relación de los/as afrodescendientes con la institucionalidad estatal, los cuales aún son escasos y se limitan en su mayoría a descripciones respecto de la inoperancia del estado en la promoción y garantía de los derechos de esta población.

Cuando murió, ya vivíamos acá, me acuerdo que los ánimos eran feos pero yo bailaba, cada vez que me acordaba de él, me ponía a bailar, nunca le guardé duelo. Me acuerdo que le sepultamos sábado y nos fuimos al río, él vivía en el río ¡le encantaba! me paré en el borde del río y consciente o inconscientemente hice exactamente lo que él y me puse a bailar y repetía una canción que él le gusta. Siempre que me metía en la ducha, caminar en la casa, me tocó vivir ese duelo en el trabajo, fue horrible (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Aracely: La asertiva. (37 años)

Aracely Borja, hermana menor de Norma e Irma, también nació en Piquiucho y vivió allí hasta los 17 años. Como muchos de los hombres en el Valle, su padre tenía doble hogar; su familia es la segunda familia de su padre. Su madre se juntó con su padre a los 14 años²³ y durante su infancia y adolescencia Aracely recuerda que su padre era quien se hacía cargo del cuidado porque su madre viajaba mucho debido a su trabajo.

En su pueblo, a más de tareas de cuidado, Aracely se dedicaba, como sus hermanas y muchas otras mujeres en el Valle, a la siembra y cosecha de productos como tomate, fréjol, ají o pimiento en las cosechas propias y/o ajenas, estas últimas, mediante contratación ocasional y pago por jornadas diarias con un salario de entre 8 a 15 dólares dependiendo del lugar de trabajo²⁴. Sin embargo, reconoce que la obtención de recursos por medio de la agricultura tanto para hombres como para mujeres en el Valle es cada vez más difícil, lo cual desincentiva la permanencia en el territorio y/o empuja a los/as jóvenes afrochoteños al involucramiento con el narcotráfico.

(...) antes los varones se dedicaban a la agricultura, pero vino una variante, vinieron las enfermedades de las plantas, atacó a la papaya y a todos los productos y al no saber cómo combatir fue como que la gente dejó la tierra, se comenzó a dedicar al narcotráfico. Al no tener la colaboración del Estado, hay más que tirarse a lo que hay (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

²³ En las provincias del Carchi e Imbabura, la prevalencia de matrimonio infantil y uniones tempranas es particularmente alta, en el caso de Imabura “el porcentaje de incidencia de matrimonios de mujeres adolescentes, entre 12 y 17 años, es de 4,2% y en el cantón Ibarra desciende al 3,7% en el caso de las mujeres (CARE, CIESPAL, y OCHÚN 2021).

²⁴ Es importante recalcar el privilegio masculino en la toma de decisiones respecto del uso de la tierra, pues son ellos quienes deciden qué sembrar o si establecer acuerdos de trabajo al partir, y son ellos quienes contratan a las mujeres para el trabajo ocasional.

Además, ocupaba su tiempo libre en convivir con su familia nuclear y ampliada, aspecto que recalca es típico en el pueblo y le permitió aprender sobre la historia de su familia.

Igual cuando había la oportunidad se reunía la familia a hacer una fogata, hacíamos una fogata grande y los papás, los abuelos nos contaban de la época de la hacienda, como ellos recordaban, la bomba, el baile, las declaraciones que eran muy diferentes en esa época, que se dedicaban los versos, las coplas, dedicarles serenatas (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

Durante su infancia e inicios de su adolescencia, Aracely cursó la primaria y un curso de costura. Este curso fue parte de una iniciativa municipal, apoyada por una ONG y era una de las pocas opciones de profesionalización para las mujeres a parte de la agricultura; pero en el caso de Aracely no continuó pues no le gustaba.

Este curso me acuerdo que era del municipio estaba más bien solicitado por las profesoras que eran del área, ellas pidieron entonces en el horario de la tarde que ya no había clases, iban mujeres a ayudarnos, una de esas era por ejemplo había uno que se llamaba la Misión Andina ellos estaban cursos a mujeres, habían cursos de tejido, de costura (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

Al igual que con sus hermanas, la negativa de su padre le impidió trasladarse a la ciudad de Ibarra o a Carpuela para poder continuar con sus estudios; sin embargo, el involucramiento de su padre en los partidos políticos le permitió conocer más sobre sus derechos políticos y las oportunidades existentes para la población afrodescendiente.

Aunque no estaba en sus planes migrar, Aracely si deseaba una vida diferente a la que podía tener en Piquiucho “lo típico era que ibas al mercado, tener hijos y hasta ahí nomás y a mí siempre me gustaba salir, estudiar, osea yo quería otra cosa, una manera diferente de ver la vida” (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021). A los 17 años, este deseo se conjugó con la enfermedad de su hermano por lo que se mudó a Quito. Al ser diagnosticado de cáncer y frente a la escases de servicios especializados de salud en su pueblo o las ciudades cercanas (a la que ya hicimos referencia anteriormente) su madre y su hermana decidieron venir a la capital para que su hermano pudiera recibir

tratamiento en SOLCA (Sociedad de Lucha contra el Cáncer). Al siguiente año, Aracely también se mudó definitivamente a la capital para poder apoyar económicamente, frente a los altos costos que implicaba el tratamiento en sí y el sostenimiento de la vida de su madre y su hermano.

A la semana de su llegada, sus hermanas le consiguieron un trabajo “puertas adentro” como empleada doméstica. A pesar de las condiciones de explotación, donde no se respetaban los acuerdos respecto a la carga de trabajo con esa familia. Aracely lo aceptó pues le permitía colaborar económicamente con los gastos y cuentas médicas pendientes derivadas de la muerte de su hermano al poco tiempo de su llegada a la ciudad. En cuanto pudo y con la gestión de sus hermanas comenzó un nuevo trabajo, esta vez ya puertas afuera, lo cual le dejaba tiempo disponible para sus propias tareas; sin embargo, la discriminación laboral no cesó en ese ni en varios de los trabajos que obtuvo como empleada doméstica posteriormente. En la época del fallecimiento de su hermano, sus hermanas mayores quienes tenían amistades en la ciudad, la ayudaron a integrarse como parte de una agrupación de danza afro, donde bailaba bomba todos los fines de semana y donde conoció al padre de sus dos primeros hijos. Este contacto fue muy importante para superar el duelo.

Un año después de su llegada, y alentada por sus jefes, comenzó el bachillerato, primero a distancia y luego en el horario nocturno, asistiendo después de trabajar. En este tiempo recuerda la discriminación que sufría por parte de sus compañeros de estudio, pero que con el tiempo aprendió a enfrentar.

Se podría decir que de cierta manera como que te hacían bullying, si lo describiría de esa manera, uno por ende si siente incómodo, como que no encaja, entonces después fue el aceptar quién yo era, que si había que ir puliendo ciertas cosas que tenía que ir mejorando, superando ciertas falencias pero al mismo tiempo hacerme respetar (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

También estudió un curso de Auxiliar de Enfermería que no ejerció debido al choque de los horarios con el cuidado de sus hijas/os.

Cuando culminó el bachillerato intentó estudiar en una universidad donde le ofrecieron una media beca, pero con la Reforma Universitaria de 2009, ésta fue clausurada por no cumplir

los requisitos de calidad requeridos en la Ley²⁵. Junto a su hermana Irma buscó apoyo en las organizaciones afrodescendientes para acceder a una beca o financiamiento, pero no se los dieron.

Cuando su hermana mayor se mudó del departamento donde vivían, Aracely se quedó con Irma y con su primer hijo Sebastián; sin embargo, consideraba que las condiciones de esa vivienda no eran las más adecuadas. A sus 26 años, cuando estaba embarazada de su segundo hijo y con el dinero que percibía por su trabajo, decidió conseguir otro espacio para vivir. Por medio del contacto de una prima, pues no era fácil conseguir arriendo siendo una mujer negra y madre de dos hijos, encontró un lugar y se mudó al sector de San Juan de Calderón.

A partir de allí, la búsqueda de una vivienda propia se volvió una aspiración importante para Aracely, por lo cual se vinculó y llegó a ser parte de la directiva de una organización de mujeres llamada AFORMATAE. Esta participación le permitió obtener apoyo económico para la compra de una vivienda en el Ciudad Bicentenario (la cual logró obtener en 2016) y al mismo tiempo irse formando respecto a las posibilidades existentes para las/os afrodescendientes obtenidas por medio de los espacios organizativos.

La forma en la que Aracely relata su acercamiento a esta organización es un ejemplo paradigmático de las condiciones de acceso de las mujeres afrodescendientes jefas de hogar y de clase popular a los espacios organizativos y que incluyen: la importancia de las redes familiares para obtener contactos claves y la gestión del tiempo de trabajo de cuidado, trabajo remunerado y participación política.

(...) inicialmente yo me involucré por lo de la vivienda, porque una prima fue, nos dijo hay una posibilidad de conseguir casas; entonces mis hermanas no estaban muy convencidas, pero ellas me dijeron vaya, vaya usted y si usted lo consigue, nos entramos todas de cabeza; y así fue yo empecé a ir, empecé a ir a las reuniones, empaparme un poco del tema. Cuando hacían reuniones, yo buscaba un espacio entre el trabajo, hijos y asistir a esas reuniones y fue como empaparme más de lo que es el proceso (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 04 de febrero de 2021).

²⁵ Este ejemplo, hace necesario problematizar la eliminación de Universidades Técnicas sin una ampliación de la oferta educativa de calidad, pues estas pueden constituirse en la principal opción de acceso a la formación profesional de mujeres como Aracely: negras, migrantes, de clase popular y jefas de hogar.

Semejante a lo establecido por sus hermanas, el desenvolverse como trabajadora independiente y la posibilidad de delegar el trabajo de cuidado, le permitieron a Aracely disponer mejor de su tiempo e incrementar sus ingresos, lo cual fue fundamental al momento de ahorrar para su casa.

(...) trabajaba con otra familia, medio tiempo y el resto del tiempo hacia limpiezas independientes en oficinas, departamentos y eso hacía que los ingresos sean mayores y aparte de eso los fines de semana, sábados, en la tarde que salía del trabajo del medio tiempo lavaba ropa; entonces me daba la manera de ayudarle a Irma porque estaba en esa época un poquito mal económicamente y como me apoyaba cuidando los niños yo le daba un dinero a ella y eso me daba la opción de poder ahorrar más (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de agosto de 2019).

En cuanto a la relación con el padre de sus primeros hijos, aunque era su intención comprar la vivienda de manera conjunta esto no fue posible pues la práctica de la poliginia en los hombres afrochoteños (Guerrón 2000) señalada anteriormente, aunque naturalizada en el Valle, no fue tolerada por Aracely en la ciudad. Es así que la infidelidad fue el motivo de separación definitiva de esta pareja con quien sostuvo una relación de 11 años y también de la separación de segunda pareja y padre de su tercera hija. A criterio de Aracely la concepción machista aún atraviesa fuertemente a los hombres y mujeres afrodescendientes tanto en el Valle como en la ciudad, es así que “los hombres intentan mantener a la mujer por debajo” y en su caso el padre de sus primeros hijos en cuanto comenzó su segunda relación, la persiguió, intentó manipular a sus hijos y a su familia y los familiares de él la acosaron.²⁶ Sin embargo, este hostigamiento y violencia psicológica no impidieron que Aracely realizara un juicio de alimentos a esta persona, apoyada por las redes de amistad.

Otro aspecto en el que coinciden las colaboradoras de esta investigación es en que, en un inicio tras la llegada a Quito, destaca la importancia de las redes de amistad y familiares para obtener empleo, pero una vez comienzan a desempeñarse en los hogares, a estas redes se suman, con un alto nivel de importancia, las establecidas con sus jefes/as. En el caso de Aracely fueron contactos de sus jefes los que le permitieron pasar de un empleo a otro como

²⁶ Como se analizará más a profundidad en la historia de Bertha, Angelita y en el capítulo siguiente, la violencia contra las mujeres afrodescendientes en el ámbito de la pareja tiene una alta incidencia en el país, que supera a la de las mujeres no afrodescendientes.

trabajadora doméstica y su hermana la refirió para desempeñarse como trabajadora de a limpieza en una empresa de tecnología, en la que labora hasta la actualidad.

Un aspecto clave en el desenvolvimiento laboral de Aracely fue el proceso de empoderamiento político, pues si bien persiste la discriminación racista y sexista en las instituciones públicas, como el Ministerio del Trabajo, donde deliberadamente desincentivan a las mujeres afrodescendientes trabajadoras del hogar a defender sus derechos.

Salí un día del trabajo y a lo que regreso que dizque hubo un robo y yo decía como si yo salí y todo estaba bien, no que se entraron dos tipos, que se entraron a la casa y según ella yo tenía que estar involucrada en ese robo, fue al Ministerio y mi primo me dijo que yo vaya y puse en conocimiento del Ministerio y cuando le tocó ir ella fue y me acusó de robo y el señor me dijo recíbale lo que está dando porque ella quiere hundirle y ende hasta te acobardas y dices qué hago hasta que demuestren que yo no fui y más cuando uno tiene ese concepto de “soy negro” y tienen la creencia de que el negro es ladrón y cómo ignoras y no sabes a qué puedes aferrarte, acepas y a muchas les pasa eso, a muchas... (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de agosto de 2019).

Una vez imbuida en la organización política, la reacción de Aracely frente del acoso laboral que se manifestó en la empresa de tecnología en la que actualmente trabaja, no solo fue reconocerla con claridad como un acoso sexista y racista sino que esta vez al momento de establecer estrategias de defensa, Aracely se fundamentó al menos en el discurso, en las normativas legales que la amparan.

(...) yo personalmente he hecho validar mucho actualmente en el trabajo, porque antes se sentían con el derecho de negro es, osea tiene más fuerza, aguanta más maltrato, están acostumbrados a ser tratados así pero ahora es, “puedo ir a poner una denuncia y yo no le denuncié no sólo porque está acoso laboral, porque me está discriminando, sino que yo voy desde el punto de afrodescendientes, que eso le va a pesar mucho más a usted y como mujer porque gracias a Dios igual estamos que ya las movilización de grupos de mujeres ha hecho peso, igual ha traído grandes cambios (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de agosto de 2019).

Otro aspecto en el que la *discriminación ocupacional racista* (Andrés 2017) se manifiesta en el caso de Aracely es en las limitaciones establecidas por sus jefes/as para poder “crecer

dentro de la empresa” adoptando cargos superiores en cuanto se avanza y se adquiere nuevos conocimientos. Con esa esperanza Aracely comenzó a involucrarse en el apoyo en bodega, y esporádicamente en el departamento de ventas pero eso no se tradujo en una posibilidad de crecimiento, dando preferencia a personas (blanco-mestizas) por sobre ella.

Actualmente Aracely trabaja de lunes a sábado, ocho horas diarias. Los fines de semana suele pasarlos en casa con sus hijos y esporádicamente visita a alguna amistad. Trabaja también en el fortalecimiento de una organización afrodescendiente constituida en 2019 la cual busca, desmonopolizar el poder y las oportunidades de las organizaciones afrodescendientes y mejorar las condiciones de vida de otras personas que, como ella, sueñan con mejores oportunidades para todo su pueblo. Este proceso le ha permitido también afirmar su identidad como afrodescendiente pues implica el contacto y aprendizaje de otros grupos poblacionales afroecuatorianos.

Y es algo que igual ahora que estamos en esta organización ahora estamos aprendiendo la cultura de los otros pueblos, porque es diferente la bomba como baila la gente del Río Chota que lo de la gente del río Mira como que varía un poco, somos del mismo sector pero con diferente criterio se podría decir enseñanza (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

Bertha. La aventurera (62 años)

Bertha Gudiño nació en el caserío la Loma, parroquia La Concepción, cantón Mira. Sus padres eran campesinos que migraron de un pueblo a otro dentro del cantón en función de las oportunidades que percibían, así, cuando tenía dos años su familia se mudó a El Rosal y posteriormente a Las Chorreras donde vivió hasta los 11 años. Recuerda su tiempo en este pueblo como el más feliz de su vida a pesar de tener muchas carencias. Vivía con su madre y algunos de sus hermanos que no habían emigrado. A pesar de que a su madre la habían casado con su padre a los 12 años²⁷ y no pudo estudiar, era una mujer muy culta de la que aprendió mucho.

²⁷ La incidencia de matrimonio infantil y unión libre de niñas de entre 12 y 17 años en la provincia del Carchi es de 4,4%. “En el cantón Mira, este porcentaje desciende ligeramente hasta llegar al 3%, y al 2,3% en el caso de la parroquia Concepción” (56 CARE, CIESPAL, y OCHÚN 2021).

Cuando niña pasó gran parte de su tiempo apoyando a sus padres en la agricultura, los trabajos de cuidado en su hogar y pudo asistir a la escuela, aunque con grandes dificultades tanto debido a la falta de alimentación suficiente como a la distancia de la institución educativa con relación al pueblo.

Para ir a la escuela de lo que bajábamos, a veces desayunados, a veces a duras penas, porque como íbamos de madrugada o mojados entonces a duras penas nos cambiábamos, nos poníamos uniforme y corre porque era lejos la escuela, estoy hablando de unos 7 kilómetros y en ese entonces nosotros estudiábamos dos jornadas, entonces estamos hablando que caminábamos 14 kilómetros de la mañana y 14 kilómetros en la tarde o sea que no fue tan fácil y tan sencillo estudiar para mí o sea fue bien sacrificado (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

Cuando quiso estudiar el bachillerato, por medio de una beca, su padre se lo negó. Nuevamente el impedimento explícito a que las mujeres del Valle Chota-Mira estudien estuvo fundamentado en el machismo, específicamente en la concepción de que el acceso a instituciones educativas significaba posibles embarazos o incitaba al libertinaje en las mujeres.

(...) a mi papá le daba lo mismo, era de uno de esos que catalogaba que sobre todo las mujeres no tenían por qué estudiar, él decía “sólo para que aprendan a hacer cartas al novio” (...) Entonces nos dieron beca para que vayamos a estudiar en Ibarra o sea el Ministerio nos pagaba vivienda, comida y estudio, yo feliz de la vida porque toda mi vida, desde que tengo uso de razón la única profesión que me gustaba es la abogacía (...) fueron los maestros a la casa a pedir que los papás se firmarán, dieran autorización, usted cree que firmaron, de todos los siete chicos que fuimos que ganamos la beca. Viejos retrógrados ninguno firmó y perdimos la beca. (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

En este contexto, Bertha continuó trabajando en la agricultura para poder apoyar económicamente a su familia y a su madre quien estaba enferma y debía trasladarse a Ibarra periódicamente para la atención médica.

Frustrada por esta negativa al estudio, la falta de oportunidades y las dificultades de la relación con su familia, a los 12 años decidió fugarse de casa y migró hacia Quito en el

ferrocarril. Una vez en la ciudad, en la estación de Chimbacalle, una señora le propuso ir a trabajar en su casa y así comenzó a desenvolverse como empleada doméstica. Esta forma de “inserción laboral” de niñas afrodescendientes (e indígenas) es reconocida en Quito desde el siglo XIX.

(...) se solía llamar «longos» y «longas» a los niños que se criaban en las casas señoriales con el propósito de educarlos para sirvientes cuando llegasen a adultos, mientras tanto se desempeñaban como compañeros de juego y sirvientes de los niños de las familias de alcurnia, las veces que no acompañaban a las damas a la iglesia o en sus salidas de vi-sita. Al parecer, esta servidumbre infantil fue de diversa condición racial: indios, mestizos, negros o mulatos (Espinosa 2003, 40).

Y se mantuvo en el siglo XX muy ligada a las olas migratorias hacia los centros urbanos.

(...) a partir de los años 1960 empieza la migración a Quito –y otros centros urbanos. Muchas de las mujeres son niñas o adolescentes que llegan para trabajar en el servicio doméstico a través de redes sociales. En otros casos también hay niñas que son traídas a Quito por familias “blancas” o mestizas (Andrés 2017, 61).

Para las niñas, como en el caso de Bertha, la ignorancia respecto de la explotación laboral y la necesidad de sustentar su vida en la ciudad solas, se traduce en condiciones de trabajo extremadamente precarias.

(...) recuerdo que yo no sabía cocinar y por eso era el problema me hablaba y todo eso. Yo tenía que lavar, cocinar, planchar, más encima cuidar dos niños, entonces de eso considero mi hermana que es un abuso porque yo era menor de edad; entonces yo no, ya le digo ahí no tenía discernimiento de nada, yo con tal de estar trabajando (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 27 de febrero de 2021).

Como relata Bertha, cuando su jefa la ayudó a ponerse en contacto con su hermana, ésta reconoció las condiciones injustas en las que estaba trabajando y se la llevó de esa casa y le consiguió otro trabajo “puertas adentro” con una familia.

También por medio de su hermana, después de ese trabajo, Bertha comenzó a desempeñarse en la casa del entonces gerente de la Mutualista Benalcázar (una entidad financiera en Quito).

Debido a roces con la esposa de su jefe, asociados nuevamente a la hipersexualización, este le ofreció trabajar en las oficinas de la Mutualista como empleada de limpieza. En ello se desempeñó desde los 18 años. Para Bertha acceder a este empleo significó seguridad laboral y oportunidades de crecimiento. En esa época pudo alquilar un cuartito en una casa rentera en el Centro Histórico, y formó una buena relación con la dueña de casa, quien solía aconsejarla regularmente.

A los seis meses de haber llegado a Quito, la enfermedad su madre se agravó, ante la negativa de apoyo por parte de sus hermanos hombres, Bertha tuvo que hacerse cargo de apoyarla económicamente por lo que decidió concentrarse en el trabajo remunerado y no pudo estudiar. Consiguió tres trabajos, como empleada doméstica, con familias diferentes para “poder darse sus gustos y mandar el dinero a su madre”.

En su juventud solía “bajar al pueblo” en sus vacaciones y más o menos a los 18 años fue parte de un Club de vóley.

Otro deporte también que hacíamos es nadar, ese era el esparcimiento de nosotros, ya cuando ya vine yo acá la ciudad y ya hubo... que baje más o menos de unos 18 años formamos un club de volley e íbamos de pueblo en pueblo presentamos y ahí ganábamos platita y ese dinero que ganábamos, nosotros nunca ocupamos para uso personal de nosotros porque en mi pueblo no teníamos ni escuela, ni cementerio, ni iglesia entonces la juventud de mi generación hicimos eso. Entonces de ellos desde ahí tienen escuela y cementerio (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

Las amistades que hizo en ese contexto las recuerda con profundo cariño y algunas las mantiene hasta la actualidad, lo cual sostiene su vínculo afectivo con el pueblo, aunque este sea ambivalente frente a las tradiciones como los bailes con banda, ritos como “el albazo”, la ideología y el machismo que aún persisten allí. Con ese grupo también recuerda haber montado obras de teatro y recorrer los pueblos cercanos, por medio de lo cual obtenían recursos para aportar al pueblo.

A los 23 años, en un baile conoció a su ex esposo y padre de sus hijos. Debido a los celos de éste, después de 12 años de trabajo en la Mutualista tuvo que dejar el trabajo.

(...) él no entendía que en las empresas uno tiene que sociabilizar con todos, pero eso no significa que uno vaya a estarse acostando con todo el mundo, pero en la mente retrógrada de él creía eso, entonces me causó muchos problemas y fue el error más grande de mi vida dejar ese empleo porque bueno yo creí entonces yo le decía bueno, yo tenía mis dos primeros hijos entonces yo le dije “¿tú me vas a mantener? ¿me vas a dar todo lo que yo necesito? vos me conociste, ves como yo me vestía, qué ritmo vivía, que tenía, que no tenía ¿me vas a dar todo eso?” que sí, que para eso trabajo, el peor error después pasábamos hambre (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 27 de febrero de 2021).

A más del impedimento para trabajar, esta persona la violentó psicológica, físicamente y patrimonialmente aprovechándose de la dependencia económica de Bertha durante 10 años. Según los datos de la Encuesta Nacional de Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres, este tipo de relacionamiento violento no es aislado pues el 66,7% de mujeres afrodescendientes ha vivido algún tipo de violencia de género (física, psicológica y/o sexual), y en el 55,3% de los casos, esa violencia ha sido perpetrada por su pareja (INEC, et al.,2011) en (Género 2018).

La independencia económica fue un aspecto fundamental para que Bertha pudiese separarse de su exesposo, pues cuando consiguió otro trabajo con una familia, tomó la decisión de separarse. Otros aspectos importantes fueron las redes de amistad formadas en el entorno laboral pues fue el apoyo psicológico y económico de sus excompañeros de trabajo en la Mutualista, lo que le permitió acceder a servicios legales para poder divorciarse. Durante su matrimonio tuvo 4 hijos, 2 hombres y 2 mujeres.

En el año 2006, el hijo de Bertha desapareció y encontraron su cuerpo en Colombia. Este golpe la marcó de por vida, no solo por el dolor de perder a su hijo, sino también porque al momento de realizar los trámites para la repatriación el Estado ecuatoriano la estafó pues ella canceló el valor necesario para la repatriación del cuerpo y le entregaron solamente las cenizas de su hijo. Nuevamente se evidencian prácticas negligentes y discriminatorias por parte del Estado hacia la población afrodescendiente.

A los 33 años, a raíz de su divorcio Bertha se mudó junto a sus tres hijos a un cuartito en el sur de Quito y en este sector vivió durante la mayor parte de su vida. Después, en 2012 se mudó a Pomasqui pues el proyecto de viviendas Ciudad Bicentenario en el que estaba

participando, supuestamente estaba por iniciar la entrega de las casas, pero esto no sucedió sino hasta 2018.

Durante la infancia y adolescencia de sus hijos, el apoyo de su hijo mayor para el cuidado de los menores le permitió a Bertha poder trabajar a tiempo completo.

(...) mi hijo el mayor era el papá y la mamá cuando yo salía trabajar porque los dos iban a la mañana que yo los dejaba y los otros entraban a la una que para mí era difícil, entonces el mayor cogía, iba llevándole a su hermana, le dejaba y él pasaba a su colegio (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Se desempeñó como empleada doméstica con una familia por 27 años en el sector de La Armenia, familia con la cual formó una relación muy estrecha y con la que se encontraba trabajando hasta la pandemia. El nivel de cercanía con esta familia es tal que Bertha fue invitada a la boda del hijo mayor de la familia.

Actualmente está jubilada y vive con su nieto en Ciudad Bicentenario.

Angelita. La resiliente. (64 años)

Angelita nació en Mira y fue criada en la comunidad Pambahacienda, ambas dentro del cantón Mira provincia del Carchi. Recuerda ser la niña mimada de su abuela quien la crio desde sus primeros días de nacida. Este arreglo fue establecido por su abuela y su padre, a pedido de la primera, sin consultar a su madre, quien tuvo que soportar este y otro tipo de abusos por parte de su pareja.

En su época, frente a las condiciones de pobreza que vivían muchas familias rurales, Angelita reconoce como una práctica común la “entrega” de niños/as afrodescendientes a otras familias, aunque a diferencia de su caso, generalmente estos niños/as eran criados en las ciudades como ayudantes o empleadas domésticas no remunerados, y muchas veces no volvían a ver a sus familias.

Si por ejemplo usted baja a Salinas y si le gusta una niña le dice a la mamá: ¿señora me puede dar esta niña para yo criarle? porque en ese entonces había mucha pobreza, entonces la mamá qué hace, le dice: bueno llévele y usted le traía acá a Ibarra, donde sea le traía la niña que

quería usted (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de abril de 2021).

Durante su niñez, su abuela la cuidaba con profundo cariño y mientras ella salía a trabajar en el terreno; muchas veces Angelita se quedaba en casa y cuando la llevaba a acompañarla, su abuela la sentaba debajo de un árbol para que lo de diera el sol. Al igual que la mayoría de la gente en el pueblo, su abuela y su familia paterna vivían de la agricultura. Aunque su abuela también se desempeñaba como comadrona, y solía llevar a Angelita a sus consultas.

A los 6 años fue a la escuela, la cursaba en dos jornadas de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, impulsada por su abuela. El resto del tiempo lo ocupaba en acompañarla a traer el agua y realizar el trabajo de cuidado diario del hogar. Recuerda que en esa época su día terminaba a las 19h00 pues en su casa no tenían luz y no había radio u otra forma de entretenerse.

Cuando su abuela falleció, sus padres se hicieron cargo de su crianza durante nueve años. Angelita recuerda de esa época la violencia de su padre hacia su madre, quien tuvo en total 13 hijos, 7 de ellos hermanos de Angelita. Posteriormente su familia se mudó a la ciudad de Ibarra, aquí continuaron los maltratos hacia su madre, quien falleció a los 55 años.

En Ibarra también mucho maltrato yo presencié todo eso porque cuando yo ya vine a vivir con él, yo veía lo que él le maltrataba a mi mami, le pegaba si tenía el machete, con el machete, si tenía la pala, un palazo, si tenía una navaja pues le picaba, entonces mucha violencia. Yo no sé, hasta ahora me preguntó que ya estoy vieja no sé si le quiso a mi papi, lo que le tenía es miedo (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de abril de 2021).

Al cuidado de su padre y tras la negativa de su parte para continuar sus estudios, Angelita comenzó a trabajar a los 10 años como empleada doméstica con una familia; esta familia la incentivó a estudiar por la noche y así continuó la escuela. Angelita trabajó con esta familia durante dos años y recuerda con mucho cariño que estas personas la trataban bien y hasta le enseñaron a tejer.

Posteriormente se fue a trabajar con otra familia y continuó esa modalidad hasta que los padrinos de boda de su hermana la contrataron para trabajar en un almacén. En este lugar, aún

siendo una niña, las condiciones implicaban dormir en el piso y trabajar desde las 6 de la mañana hasta la noche. Angelita señala que el paso de un trabajo a otro era fácil en Ibarra.

Las personas me decían que venga a trabajar porque como Ibarra siempre fue una ciudad pequeña que uno se caminaba y decían: mijita venga, uno se acercaba. Ven a trabajar conmigo, entonces lo único que no me gustaba es cuidar niños, eso no me gustaba. ¿haciendo qué? cuidando niños, no gracias y por ahí alguna otra cosa ya aceptaba, pero como le digo uno hasta se hacía amistad así caminando, como subirse a un bus se hacía amistad y le platicaban de algo entonces ahí se encontraban los trabajo (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

A los 14 años, comenzó a trabajar de lunes a domingo, de 7h00 a 20h00, en una tienda de abarrotes. En ese tiempo pudo continuar estudiando en la nocturna durante un año y a los 18 años terminó la escuela. Comenzó a estudiar Corte y Confección en el Instituto Campesino, pero debido a los horarios de trabajo y la inflexibilidad de sus jefes, tuvo que retirarse.

(...) yo estuve estudiando ahí hasta el segundo curso, pero me era muy difícil porque en la tienda entraba uno, entrada otro, entraba otro y yo tenía que atender. A parte de las señoritas que ayudaban a su mamá que era la dueña de la tienda, pero yo era la empleada y entonces tenía que hacer más. El momento en que yo tenía que salir a estudiar la señora empezó a renegar y me decía que yo tengo que trabajar (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

A más de las limitaciones de este trabajo para su desarrollo profesional, sus jefes la estafaron tanto en las prestaciones como en la liquidación aprovechándose de la ignorancia de Angelita sobre temas legales.

(...) solamente me aseguraron en la tienda y cuando la hija menor dijo “¿por qué no le afilian al seguro?”. Nunca me han afiliado, nunca me habían dicho. Entonces mi hermana fue y les denunció, entonces miré, fue mi madrina que era la hija de la dueña de la tienda ha ido pues a afiliarme porque tuvieron un llamado del IESS que tienen una empleada y no está afiliada, entonces va mi madrina y me pone de 6 meses y yo estaba ya por cumplir 6 años, como estamos hablando con usted que tengo confianza y más confianza si yo ya estaba años trabajando con ellos y me dan el papel, me llaman al mostrador y me dicen “negra suerte, ven y firma aquí” y yo como que nunca he estado en la escuela cojo el papel en la X que estaba

que yo tenía que firmar ahí y no leo arriba que estaba afiliada de 6 meses y me roban 6 años de trabajo (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Tras dejar la tienda, nuevamente trabajó en una casa como empleada doméstica. Debido a la amenaza de violencia por parte de su padre, dejó su vivienda y se fue mudó con la familia con la que trabajaba. Posteriormente vivió con su hermana y su cuñado, pero debido a una discusión por una infidelidad él la echó. En esta situación, se mudó con otro de sus hermanos, sin embargo, la relación con su cuñada tampoco era buena por lo que decidió arrendar un cuarto para ella sola. Durante todos estos años no contó con seguridad social en sus empleos. A los 19 años conoció al padre de sus hijos y comenzó a vivir con él. A los 21 se quedó embarazada de su primera hija. La atención de su embarazo y su parto fue realizada por una comadrona, práctica normal para Angelita por el antecedente de su abuela y que solo cambió cuando llegó a la ciudad de Quito.

A los dos meses de nacida su hija, Angelita se mudó a la capital, alentada por su hermana mayor pues ya todos sus hermanos cercanos habían migrado a la ciudad. Llegó a vivir con ella y con su cuñado, y comenzó a trabajar lavando ropa en algunas casas para poder obtener ingresos propios, necesarios para el cuidado de su hija. En estos trabajos mantenía una relación cordial aunque siempre subordinada con sus jefas, hecho que se evidenciaba espacialmente en los lugares destinados a “la servidumbre” dentro de las viviendas.

Las señoras que yo lavaba ellas me invitaban a comer “venga”, no en la mesa de ellas obviamente, pero me decía como “está ocupadita siéntese aquí en esta silla y venga sírvase el desayuno, el almuerzo” la otra vez ya “venga acá, siéntese aquí en la cocina, tenga ahí en el comedorcito” (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Cuando su hija tenía 9 meses, comenzó a convivir con el padre de sus hijos en un cuarto rentado en el sector de Chaguarquingo, al sur de Quito. Dejó de trabajar de manera remunerada pues su pareja no se lo permitía. Durante esos años dedicada principalmente a la crianza y cuidado de sus hijos y su pareja, dependió económicamente de su él, quien continuaba negándose a que ella trabaje, a pesar de las carestías económicas que atravesaban.

En esta época y hasta la actualidad, mantuvo una relación cercana con su hermana, ella la colaboraba con las tareas de cuidado y le hacía compañía de vez en cuando pues vivían cerca; además la guiaba en la ciudad y la insertaba en sus redes de amistad, presentándole a sus amigas, otras trabajadoras domésticas.

“Vamos” nos íbamos donde las tías de mi cuñado a visitarles, a los trabajos; entonces llegábamos, saludábamos, conversar un ratito. Ella decía vengan, vengan, entren, siéntense, aquí en el cuartito que antes daban cuando se trabajaba puertas adentro. Entonces ella nos hacía entrar, nos quedábamos ahí, ella nos venía trayendo el almuerzo, nos mandaba regalando porque los jefes tenían una hacienda. Entonces decía “tomen, lleven quesito para que coman” y bueno entonces mi hermana me llevaba a esos lugares donde estás señoras y yo ya más o menos me ubicaba y ya iba conociendo donde ella me llevaba porque mi ñaña como ya estaba más tiempo aquí en Quito, entonces ella conocía. Mi hermana no sabe leer ni escribir, es analfabeta, pero conoce las líneas de los buses, me decía cuando se vaya a tal parte tiene que coger tal bus. Entonces yo así aprendí, empecé a conocer la ciudad por lo que ella me enseñaba (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Similar a Bertha, durante su matrimonio Angelita experimentó maltratos y violencia por parte de su pareja.²⁸ Como relata Angelita esta violencia era muy común y también era experimentada por su hermana, quien le aconsejó separarse, pero al verse en una ciudad aún desconocida y sin redes de apoyo que pudieran recibirla, en ese momento desistió. “como yo estaba en esta ciudad grande que no conocía entonces para dónde cogía y con una nena en brazos quién me recibe, era lo que yo pensaba” (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Cuando la última de sus hijas tuvo tres años, Angelita de 32 años, decidió volver a trabajar pues los gastos educativos de sus hijos, servicios básicos entre otras necesidades estaban incrementando. A pesar de las amenazas de su esposo de dejarla, consiguió un empleo como trabajadora doméstica y empleada en una lavandería.

Entonces yo le digo pero mira que yo necesito ayudarte a trabajar entonces lo que me contestó dijo “Bueno si usted se va a trabajar yo me separo” Entonces yo tenía miedo decía “Mira si él

²⁸ Es posible que esta recurrencia pueda asociarse, en parte al menos, a un aspecto generacional pues Bertha y Angelita son contemporáneas.

se va, si se separa ¿qué hago yo sin trabajo y con mis cuatro hijos? entonces tenía bastante miedo pero entonces un día dado hablé con una amiga que iba en el bus que yo le conocía entonces le dije que me dé viendo un trabajo y es el trabajo que hasta hoy en día que yo tengo abajo con la tía de la Mica entonces dije voy a arriesgarme si se va pues yo ya tengo mi trabajo y si no si se queda igual yo sigo trabajando. Entonces desde ahí yo no he dejado de trabajar (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Esta capacidad económica fue fundamental para que tiempo después Angelita se separe de su pareja, debido a una infidelidad.

Cuando Angelita tenía alrededor de 45 años, en el 2002, su pareja intentó volver a vivir con ella y con sus hijos, y por medio de un contacto de la iglesia a la que asistían, pudieron arrendar el departamento en la Real Audiencia, norte de Quito, donde habita junto sus hijos hasta la actualidad. El contacto de la iglesia para el arriendo fue importante puesto que como personas negras no les era fácil conseguir vivienda. La convivencia con este hombre no duró mucho, pues a los pocos meses él decidió separarse definitivamente y desde allí Angelita organizó su vida en paz junto a sus hijos y nietos. Actualmente continúa trabajando como empleada doméstica por horas, con dos familias diferentes y aunque su deseo es poder comprar una casa, reconoce que no le es posible asumir una deuda de tal magnitud con el sueldo que percibe actualmente.

En este capítulo se han podido desarrollar, a través de los generosos relatos de las cinco colaboradoras de esta investigación, las prácticas de territorialización que han establecido las mujeres afrodescendientes jefas de hogar a lo largo de sus trayectorias vitales frente a unas condiciones estructurales de opresión que permanecen en la sociedad ecuatoriana. Las historias de vida de vida de estas mujeres son un reflejo de las implicaciones de ser mujer negra y de clase popular en el Valle del Chota-Mira y en las ciudades, especialmente en la ciudad de Quito.

Ahora es necesario preguntarse ¿cómo las prácticas establecidas han afectado la concepción de sí mismas de las mujeres migrantes frente a quienes se quedaron? ¿qué mecanismos provocaron los cambios en las identidades de las mujeres en la ciudad? Y, ¿hasta qué punto estos cambios ponen en cuestión su lugar frente a las relaciones de opresión estructurales?

Con estos antecedentes, a continuación se presenta el análisis de las transformaciones identitarias de las mujeres afrodescendientes comenzando por un apartado donde se examinan los cambios en las autopercepciones de las mujeres, identificados por ellas mismas; para después continuar con un análisis pormenorizado de ciertos aspectos particularmente significativos frente a las relaciones de poder presentes en la ciudad y culminando con la indagación de la capacidad de apropiación del espacio por parte de las mujeres en el entorno urbano.

Capítulo 6 . ¿Qué permanece y qué se transforma? Mujeres migrantes afrodescendientes frente a las relaciones de poder

6.1 Porqué migran las mujeres afrodescendientes del Valle del Chota-Mira

La progresiva precarización de las condiciones productivas en la región del Valle, descrita por las colaboradoras permite identificar un proceso de des-territorialización de la población afro y de las mujeres afrodescendientes. Aunque los motivos de la migración de estas cinco mujeres afrodescendientes son diversos en sus motivaciones y contextos específicos, en general reconocen a la falta de oportunidades (en tanto acceso a estudios de bachillerato y superiores y obtención de ingresos económicos) como el motivo principal de la migración de las mujeres afrodescendientes en el Valle del Chota-Mira y la aspiración permanente a obtener en la ciudad. En esto coinciden con lo señalado por López, Correa y Tituaña (2017) respecto de los factores de expulsión que explican la migración interna en Ecuador, y específicamente con los apuntes de Oliveira y Santos, Szasz y Ruiz, que colocan al nivel de escolaridad y las posibilidades de encontrar trabajo como factores atractores con un alto peso para las mujeres al momento de decidir migrar.

En el caso particular de las mujeres afrodescendientes del Valle del Chota-Mira, el peso de estos factores está asociado: 1) a su menor control sobre el recurso de la tierra y su vinculación con el comercio como forma de generación de ingresos y 2) a los impedimentos a que continúen sus estudios, derivados tanto de la ideología machista como de la distancia o inexistencia de las instituciones educativas en sus comunidades .Otro factor de expulsión que se aplica para las mujeres del Valle es el diferencial geográfico de acceso a servicios especializados de salud como se analiza más adelante.

Frente al peso de los determinantes psicosociales (Rodríguez y Busso 2018) de género en la migración: a) la carga de trabajo de cuidado, b) el nivel de dependencia familiar y c) la prevalencia de violencia de género en sus territorios de origen (Szasz 2013; Olivera y Sánchez 2019) Es necesario señalar que:

- a) Las mujeres colaboradoras estaban solteras y no tenían hijos cuando decidieron migrar; sin embargo, no estaban exentas de cargas familiares (en tanto trabajo de cuidado y apoyo económico) especialmente frente a sus padres y hermanas/os; estos

vínculos pudieron mantenerse y gestionarse tras la migración, con mayor o menor grado de cercanía y responsabilidad, como se detallará más adelante.

- b) La asignación mayoritaria y/o exclusiva de trabajo de cuidado a las mujeres del Valle del Chota-Mira, se conjuga con el acceso a la salud como factor de atracción de las ciudades, en cuanto tras la enfermedad de un familiar que requiere servicios especializados de salud, son las mujeres quienes se desplazan definitivamente a la ciudad para apoyar en los cuidados de esta persona.

(...) justamente se dio en el 1999, mi hermano tuvo un accidente y como a unos seis meses después le detectaron cáncer de colon; entonces como el tratamiento no era tan bueno en esa época en Ibarra, mis hermanas como ellas ya estaban en Quito, las dos mayores, entonces mis hermanas le decían a mi mamá que se venga con mi ñaño para que recibiera el tratamiento en Solca y justamente una doctora que trabajaba con mi hermana en esa época ella estaba en Solca junto con una compañera de ella, entonces fue por ahí por donde yo vine (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

- c) La violencia de género está naturalizada en el Valle del Chota-Mira, especialmente en el contexto de la pareja y la familia. Una de las colaboradoras identifica este factor como determinante en su propia decisión de migrar,

Yo llegué aquí a Quito sería por maltrato, en este caso maltrato de parte de mi papá, eso es lo que hizo mi mamá lo que hizo fue traerme donde una tía así fue como yo llegué aquí a Quito (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de febrero de 2021).

y otra lo hace en el caso de las adolescentes embarazadas por fuera del matrimonio, quienes, frente al violento castigo físico de su familia y la falta de apoyo de esta, deciden desplazarse a la ciudad. “Hay muchas que migraban acá a la ciudad embarazadas porque el apoyo decir de la familia y de los padres cuando la chica salía embarazada era imposible, imposible eran bien cerrados” (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

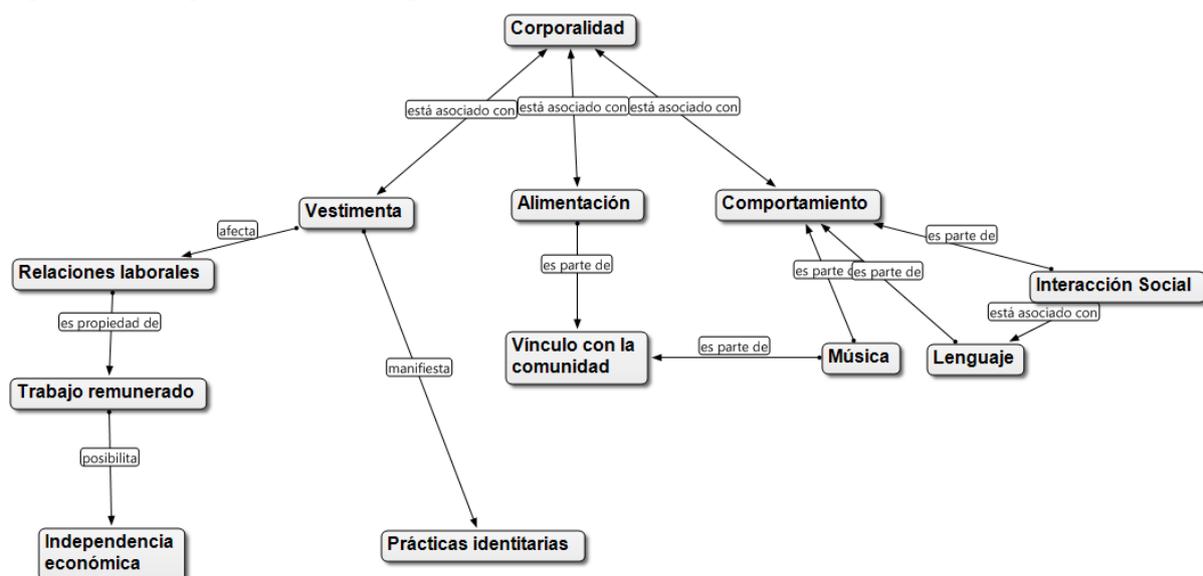
Finalmente, en cuanto a lo que podrían ser entendidos como determinantes de oportunidad²⁹, destacan la importancia de las redes familiares y de amistad en las ciudades destino, como señala Angelita “Si yo no tenía a nadie no me hubiera arriesgado a venirme de Ibarra, acá sino que yo ya sabía quién me traía y donde yo iba a estar segura” (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de abril de 2021).

6.2 Límites en tensión. Apropiación territorial de las mujeres migrantes afrodescendientes en la ciudad

En cuanto a los efectos de la migración en las mujeres, es posible identificar que, como parte del proceso de identificación, durante sus trayectorias vitales las mujeres establecen unos límites simbólicos (Hall 1996) entre ellas y los Otros; tanto frente a quienes se quedaron en el Valle, como frente a las personas de la ciudad con quienes compartían y comparten sus espacios cotidianos. Estos límites van mutando a la par de sus capacidades de apropiación del espacio urbano y están profundamente relacionados con sus posiciones frente a los principios normativos espacializados (Bourdieu 1999b) que enfrentan en la ciudad. A continuación, analizaremos las tensiones resultantes del encuentro entre estas dos dimensiones en distintos ámbitos socio-espaciales.

Adaptar el cuerpo, entre el blanqueamiento y la re-creación afrodescendiente

Figura 6.1 Diagrama de red Corporalidad



²⁹ A los determinantes de oportunidad señalados por Rodríguez y Busso (2018), habría que añadir la existencia de familiares y o amigos en la ciudad destino que puedan recibir y/o apoyar a los/as migrantes.

Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

El cuerpo, como primer territorio de las mujeres, está marcado y se constituye en función de las prácticas y representaciones que éstas realizan en su cotidianidad; por lo tanto, es el primer asidero donde se producen y evidencian las transformaciones derivadas de sus trayectorias vitales. Los cuerpos como espacios donde se inscriben y resisten las relaciones de poder, manifiestan en su transformación, las capacidades de des-reterritorialización de las mujeres implicadas en la recuperación su libertad (Cabnal 2010) frente a las opresiones y las violencias.

La espacialidad e historicidad de los cuerpos femeninos puede mapearse en aspectos como la alimentación, la vestimenta, los comportamientos, modismos, maneras de hablar, de caminar, etc. Es necesario entender que las modificaciones en estos ámbitos no se realizan de manera fortuita, sino que están profundamente influidas por relaciones de poder de clase, género y racialización presentes tanto en sus territorios de origen como en las ciudades. Estas últimas, muy asociadas al blanqueamiento de los espacios urbanos, entendido como la tendencia a la adopción de comportamientos sociales, propios de los blancos, como parte del proceso de escalamiento social (movilidad socioétnica), basado en la jerarquización colonial de las “razas”, que coloca a los blancos como superiores frente a otras etnias. (Espinosa 2003) En este sentido, algunos de los cambios corporales que las mujeres establecen en la ciudad pueden ser entendidos como estrategias de adaptación, generalmente individual (Hernández 2009, 118) frente a las múltiples desigualdades a las que se enfrentan en el espacio urbano.

(...) sí es un poquito difícil porque eso viene incluso desde la misma casa (...) aquí le hacen que uno cambie, le dicen “es que no puedes vestirse así, no puedes caminar así, no puedes hablar así, es que tienes que hablar de otra forma” (...) tener que dejar cierto tipo de cosas, cierto tipo de palabras, entonces yo en cambio cuando voy allá, a uno lo que le dicen es aññado, eso es lo que le dicen (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Para efectos de esta investigación, las transformaciones corporales en la ciudad fueron aprehendidas respecto de la alimentación, la vestimenta, el comportamiento y las prácticas de salud, englobadas en lo que proponemos como “prácticas de auto-cuidado”³⁰

³⁰ Aunque entendemos que el cuerpo atraviesa todas las prácticas-representaciones de las mujeres.

Uno de los aspectos en los que el ritmo de la ciudad, impone una transformación en las mujeres migrantes es respecto a la alimentación. En las comunidades de origen la alimentación está ligada directamente a los ciclos de siembra y cosecha; y su preparación cotidiana está vinculada a los ritmos de la producción agrícola. Las mujeres, quieran o no, aprenden a cocinar desde muy pequeñas, guiadas por sus madres y miembros femeninos de sus familias, debido a que son las principales encargadas del trabajo de cuidado de sus familias. Además de la transmisión de conocimientos entre mujeres, la alimentación, muchas veces da pie a espacios de socialización con la familia ampliada, que son fundamentales para el aprendizaje sobre la historia afrodescendiente en el Valle.

En la ciudad, la alimentación cambia, no solo por la disposición de alimentos fuera de temporada, lo cual posibilita por ejemplo la realización de comidas asociadas a festividades concretas, en cualquier época del año, aunque en función de la capacidad económica de poder comprarlos;

De ahí le digo comida específica que se prepara, yo no por ejemplo otra comida que me gustaba a mí es que hacía mi mami es el dulce de guayaba, pero no es como aquí hacemos cada vez que se nos antoja allá hay épocas hay temporada; por ejemplo el dulce de guayaba sólo sea si en semana santa porque era tiempo de cosecha (Gudiño 2021a).

Sino también por las dinámicas que acompañan la comida desde la preparación hasta el consumo y que, en la ciudad, dependen mucho de los tiempos del trabajo remunerado y el desplazamiento espacial necesario para otras labores cotidianas.

(En el Valle) el tiempo que le dedica en cocinar, así despacio, suavemente, relajado, incluso se come relajadamente, no se come a la carrera pero aquí realmente aquí la ciudad se vive así, o sea uno tiene que adaptarse a ese ritmo (...) porque aquí se vive pero a la carrera, allá se vive más lento, entonces yo voy de aquí a allá y sigo corriendo y sigo así es y así pero corriendo y toda la carrera, toda la ligereza, entonces yo decía pero tranquilízate, toma tiempo, respira (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Para las mujeres que se insertan en el servicio doméstico, principalmente aquellas que se desempeñan en la modalidad puertas adentro, la alimentación suele estar también ligada a las disposiciones y ritmos de los jefes/as; lo cual implica el aprendizaje de nuevos platos.

(...) bueno la comida no porque o sea, por ejemplo cuando entré a estas casas a trabajar hubo muchas cosas nuevas que aprendí, que desconocía de las cuestiones de alimentos, las mezclas que podías hacer y todo eso; entonces eso sí me llamaba la atención, entonces no fue mayor cosa eso (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

Finalmente, la alimentación puede permitir el sostenimiento del vínculo con las comunidades; por un lado, por medio de la recreación de platos, aunque con reconocidas diferencias respecto a la periodicidad y a los utensilios en los que se realiza (ollas de acero en vez de ollas de cerámica, o cocina a gas en vez de leña) y también cuando se realizan visitas al pueblo y el recibimiento incluye la preparación de alguna comida.

sí me gusta una sopa que hacía mi madre que se llamaba picadillo que era el verde picado con cuchillo finito con frijol, leche y queso. Esa era mi comida favorita que cuando yo bajaba de vacaciones mi mami me hacía y las empanadas de viento porque lo que hacía mi mamá era espectacular, Esas dos comidas eran las que yo comía cada vez que yo iba y cuando ya vivía acá (Gudiño 2021a).

En tanto espacio-temporalidad cotidiana, primero es necesario destacar la permanencia de los roles de género que asignan mayoritaria y/o exclusivamente el trabajo de cuidado, en la cocina y el hogar, a las mujeres afrodescendientes, tanto en el Valle como en la ciudad. El hecho de que en la ciudad las mujeres que se insertan como trabajadoras puertas adentro cocinen como parte de su trabajo, cambia la asociación de la alimentación de la disponibilidad y ritmos de la cosecha a la disponibilidad económica y ritmos de sus empleadores; y posteriormente, cuando trabajan de manera independiente, a la percepción de ingresos económicos constantes.

En cuanto a la vestimenta, aunque en el Valle existe variedad en las prendas usadas en los diferentes caseríos, algunos elementos comunes son faldas anchas y hasta la rodilla para las mujeres, turbantes y la realización trenzas con o sin cintas de colores en el cabello.

En la ciudad, el cuidado y el trenzado del cabello, se mantiene y es importante para las mujeres como símbolo de su identidad afrodescendiente, aunque para las generaciones más recientes, el mantenimiento del trenzado del cabello puede ser visto como algo conflictivo.

(En referencia al porqué del desuso del trenzado del cabello) Porque era muy antiguo, para mi época eso era ya de las abuelitas, entonces ya las chicas de esa época comenzamos a ponernos extensiones (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

Yo le sigo haciendo las trenzas a mi hija; protesta, chilla, pero yo le hago porque ella sabe que es parte de su identidad “Eres afro y tu pelo es así, si tú sabes cómo darle, cómo mantenerle, cómo cuidarle tu pelo no es malo y te crece” (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Para las mujeres entrevistadas, la llegada a la ciudad posibilita el uso de ropa más “a su gusto”, con prendas más ajustadas, faldas cortas y pantalones de tela, que no se utilizan en sus comunidades y pueden ser vistas como “provocadoras”. Esta posibilidad, resultado de la obtención de sus propios ingresos, es percibida por las mujeres como un símbolo de autovaloración, pues se asocia al cuidado de ellas mismas y a su independencia. “Como yo era soltera me encantaba vestirme bien, mis perfumes, era muy elegante” (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de abril de 2021). Los términos en los que este “vestirse bien”, “ser elegante” se manifiestan en las mujeres mayores Bertha y Angelita está ligado a la percepción blanco-mestiza; pero en las mujeres menores, especialmente Aracely y Norma conjugan también elementos de la identidad afrodescendiente, con las trenzas y el turbante y la posibilidad de expresar su sensualidad.

Al mismo tiempo, la vestimenta está muy ligada a las relaciones laborales. Las relaciones de desigualdad en las que se establecen las dinámicas entre jefas/es y empleadas (y entre compañeros de trabajo en el caso de Aracely), implican que la “presentación adecuada” se vuelva un mecanismo para enfatizar las diferencias sociales; por un lado, en alusión a la clase social: frente al estereotipo de las personas negras como desaseadas y pobres, la presentación corporal “limpia y modesta” tiene un gran peso en el acceso y mantenimiento de sus trabajos remunerados. Esto último, manifiesto también como un mandato de permanecer en la subalternidad, pues cuando las mujeres se presentan “demasiado arregladas” también hay una alusión de desacuerdo o al menos de sorpresa por parte de sus empleadoras.

En esta línea, las tendencias de los/as jefes/as (y de la sociedad quiteña en general) a la hipersexualización de las mujeres afrodescendientes explicada por Kathya Hernandez (2009).

Hoy son pensadas y representadas más bien desde y para el placer/experimentación sexual de los demás, a la vez que imaginadas, “aceptadas” y “reconocidas” desde lo exótico, reproduciendo, así, las representaciones racistas y sexistas del pasado. Esta visión “exotizante” sobre las mujeres negras se constituye, entonces, en una nueva forma de reducir las a objeto y de invisibilizarlas como sujetos sociales (Hernández 2009, 56).

Limita explícitamente la vestimenta de las mujeres como un requisito para permanecer trabajando

Cuando una entra a trabajar en una casa, te están viendo hasta si te maquillas, si no te maquillas o como te vas, porque por si acaso al jefe se le vaya el ojo. Y a mi siempre me ha gustado mandarme a hacer ropa a mi gusto, falditas cortas, pantalones de tela. Llegué a un trabajo que por favor no me ponga falda, que venga con pantalón. En los trabajos te vigilan, se fijan hasta en eso (A. (d) Borja 2019).

Como se mencionó arriba, frente a estos condicionamientos, las mujeres resisten (en la medida de sus posibilidades) afirmando su autonomía corporal; sea ignorando las disposiciones de sus jefes/as o conjugándolas con sus propios gustos.

Esta hibridación, presente en la vestimenta, también se manifiesta en otros comportamientos como el habla y los movimientos. Respecto a lo primero, las mujeres identifican la necesidad de “adaptarse a la ciudad” modificando tanto el tono de la voz como a las palabras y modismos utilizados por la gente afrodescendiente del Valle.

Estas consideraciones respecto al habla y al lenguaje están relacionadas también con los movimientos y la interacción social. Las colaboradoras señalan la necesidad de modificar el trato a las personas de la ciudad como parte del aprendizaje que conlleva el desenvolvimiento en Quito.

(...) lastimosamente sí, uno al final viviendo aquí en la ciudad hay un montón de cosas que uno aprende, así como también creo que nos educamos en el sentido de cómo debemos tratar a los demás, cómo debemos ser respetuosos ese tipo de cosas, entonces si cambia la dinámica (...) y en la forma de comportarse precisamente eso porque si es una ser menos soez, no tanto al grito (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

Es posible intuir que la percepción de respeto, ligada al uso de un tono de voz bajo y un lenguaje “no soez” responda a la oposición entre los estereotipos de la feminidad blanco-mestiza y la feminidad afrodescendiente, los cuales caracterizan a las mujeres afro como duras, fuertes y sensuales mientras que las blanco-mestizas son asociadas a la delicadeza y la debilidad. En ese marco, los tipos de comportamientos que se entienden como “respetuosos” están asociados a la blanquitud y por tanto “adecuados para la ciudad”.

Para Bertha y Angelita el lenguaje y los modismos que utilizan en la ciudad, son entendidos como algo innato a su nivel de cultura o el de su familia.

(...) porque mi mamita ella fue criada en gran parte aquí en Quito, entonces nosotros le escuchábamos a ella lo fina, lo delicada que era hablando, yo especialmente porque no son todos mis hermanos, hablo así como estamos hablando que no tengo un porque, ya dicen por ahí ya po, entonces yo no tengo esa habla de ellos porque yo soy de Mira que eso no pertenece al Chota, eso pertenece al cacique San Gabriel o el Ángel (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de abril de 2021).

Y en el caso de tener que modificar algún aspecto, esto no es un percibido como un peso, sino parte del “deber ser” de quienes migran a la ciudad, como una forma de “culturizarse” (mejorar, educarse, etc) y poder acceder a ciertos espacios.³¹

Eso es lo que no acaba de entrar en el cerebro del afrodescendiente ecuatoriano de que esa actitud tiene que salir de ti. Yo personalmente creo esa es la razón de que son discriminados porque ellos atraen eso; si yo entro a un lugar público que hay otras personas y entro con mi grosería es obvio que estoy buscando, pidiendo a gritos que me traten mal (...) Cuando uno entra a una dependencia, solamente le miran el color de la piel y dicen éste es un estúpido, este es un ignorante y entonces de ellos ya se predisponen en contra de uno. A mí me ha pasado, escuchándome cómo me dirijo y todo eso una señora me dice: “pero usted habla fluido, dice no habla como los otros” (Bertha Gudiño y Rocío Santacruz, migrante afrodescendiente y su hija, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

³¹ Esto sucede también con comportamientos como la “etiqueta en la mesa”, cuya destreza es sinónimo de cultura.

Para las otras colaboradoras (aquellas que han tenido un mayor acercamiento con los movimientos políticos afrodescendientes) la adaptación implicó, al menos al inicio, un ejercicio constante que, aunque también es considerado necesario, no se asume como justificativo del maltrato o la discriminación a la población afrodescendiente.

Se podría decir que de cierta manera como que te hacían bullying, si lo describiría de esa manera, uno por ende si siente incómodo, como que no encaja, entonces después fue el aceptar quién yo era, que si había que ir puliendo ciertas cosas que tenía que ir mejorando, superando ciertas falencias, pero al mismo tiempo hacerme respetar (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 04 de febrero de 2021).

(...) hablar mire yo si bien es cierto yo tengo una forma de hablar, pero yo tengo muchas palabras que no estaban ahí pero si yo hablo como se habla por allá me dicen “¿qué es eso?” entonces es la crítica también. Los de la costa hablan de una forma y nadie les dice nada (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Finalmente, en cuanto a las prácticas de salud (a excepción de la salud sexual y reproductiva que será analizada en otro acápite), todas las colaboradoras señalan que en sus comunidades el manejo de la medicina tradicional es frecuente, relatan que tanto hombres como mujeres adquieren saberes respecto al uso de plantas medicinales que son utilizadas generalmente para tratar enfermedades o heridas leves; aunque reconocen el tratamiento de enfermedades graves en generaciones anteriores. También refieren al acompañamiento de parteras o comadronas a las mujeres durante el embarazo, práctica que a su parecer está disminuyendo. El traslado a los centros de salud o a médicos/as particulares es esporádico para controles o tratamiento de enfermedades crónicas y/o graves. Dado que los servicios institucionales de salud del Ministerio, los dispensarios médicos del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social y los consultorios particulares a los que acceden las mujeres y sus familias se encuentran en los centros urbanos (Ibarra, Tulcán, Quito), el acceso a este servicio es parte de los flujos territoriales de las mujeres, incluso antes de migrar.

En general las prácticas de salud ligadas al uso de plantas medicinales se mantienen en la ciudad, Para Irma, el manejo de estos saberes es una práctica identitaria muy valorizada y representan un vínculo directo con su territorio de origen; el cual lamenta no haber profundizado debido, en parte, a la migración.

Mi mamá me enseñó como curar indigestión, los wawas comían basura o tierra, curamos el espanto, lo mismo con la tensión cuando se siente muy tensionados, cuando le duele el estómago. Mi tía se ha muerto (...) pero sé que mi tía curaba enfermedades más graves, por ejemplo, cuando uno se mojaba con el cuerpo caliente, yo he aprendido remedios, pero no los mecanismos. Mi tía sabía cómo hacer masajes porque se quedaba torcidos (...) a mí me hubiese encantado que mi tía abuela viviera más tiempo con mi mamá, porque mi mamá me enseñó lo que ella sabe de medicina ancestral y mi abuela era la curandera del pueblo (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

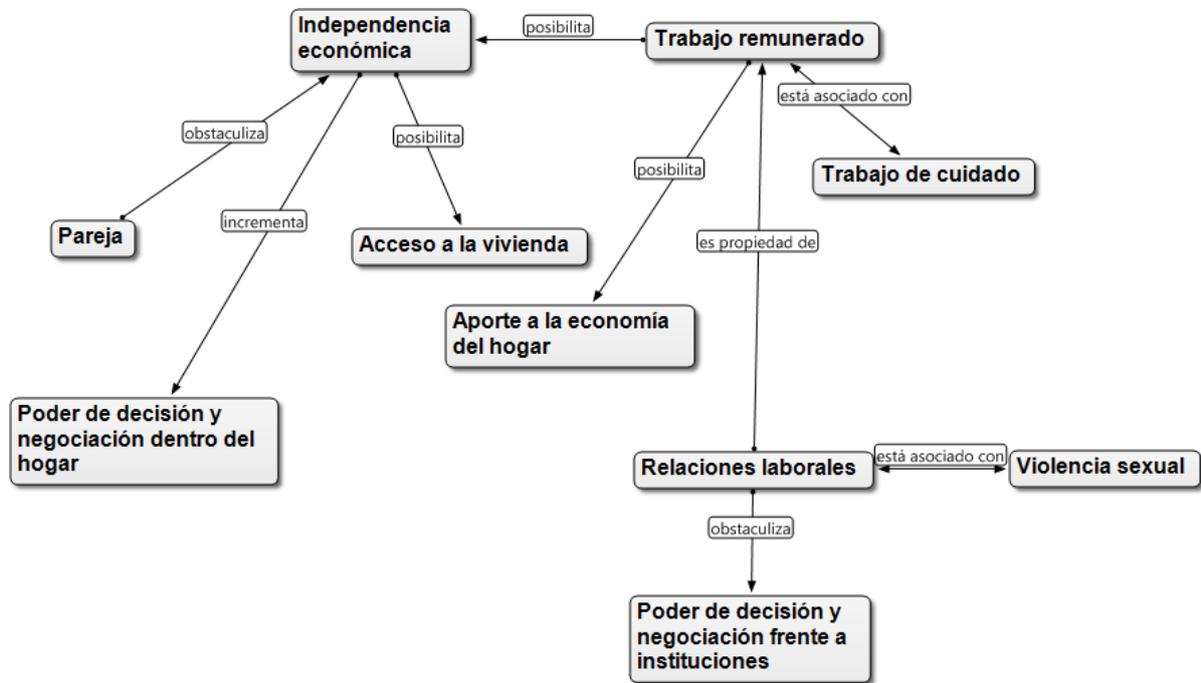
Otra práctica que se mantuvo fue la atención de una comadrona para el parto, aunque ligada a las condiciones de una ciudad pequeña. En el caso de Angelita, la atención de sus dos primeros partos fue realizada por una comadrona mientras vivía en Ibarra. Tanto para Angelita como para las otras colaboradoras cuando se trasladaron definitivamente a la ciudad, los partos fueron atendidos en instituciones de salud, con “medicina occidental”.

En general, las mujeres refieren a las instituciones de salud públicas como espacios accesibles, pero en los que el tiempo de espera para la atención es demasiado largo. En cuanto al Seguro Social, está condicionado por la afiliación, la cual, como analizaremos más adelante, no suele ser una práctica mayoritaria de los patrones. Frente a estas condiciones, las mujeres prefieren el acceso a los centros privados, pero esto depende de los ingresos económicos disponibles.

A más de estos condicionantes, la accesibilidad no está exenta de tensiones, como es el caso de Aracely quien refiere un sesgo racista en la forma en la que son tratadas las mujeres negras frente a las blanco-mestizas en la atención obstétrica, pues mientras las últimas son asociadas con delicadeza y vulnerabilidad y por lo tanto atendidas con prioridad y amablemente; a las mujeres afro las consideran más fuertes, más resistentes y por lo tanto postergables o incluso maltratadas. Esta diferenciación señalada también por Hernandez (2009) se sustenta en la racialización de las mujeres afro como “menos mujeres” o de plano como antítesis de la mujer blanca, en un acto de subordinación y deshumanización.

Mujeres que cuidan la ciudad. Independencia económica de las mujeres afrodescendientes

Figura 6.2 Diagrama de red: Independencia económica



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

La obtención independiente de recursos económicos es un elemento que se mantiene a lo largo de las trayectorias de vida de las mujeres migrantes. En el Valle, desde su infancia y adolescencia las mujeres establecen diversas estrategias de obtención de recursos económicos que incluyen: trabajar en sus terrenos y los de sus familias; trabajar por jornadas diarias o temporales en terrenos ajenos; salir a la carretera o viajar continuamente a los mercados de las ciudades para vender productos agrícolas y/o comida; traer mercadería de Colombia para venderla en las ciudades, ofrecer servicios turísticos, entre otras. Esto hace que actualmente la economía del Valle sea principalmente femenina (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021); que las mujeres trabajen y obtengan ingresos es fundamental para el sostenimiento propio y de sus hogares por lo cual es valorizado como algo positivo y necesario. Aunque los ingresos sean muy limitados y las condiciones de trabajo difíciles, en general el peso simbólico de la percepción de ingresos para las mujeres es alto.

Para las solteras, por ejemplo, representa la posibilidad de satisfacer sus propios deseos y necesidades, apoyar a sus familias y aprender a gestionar sus propios recursos³².

yo me acostumbré desde ahí o desde antes (en el Valle) a ser independiente económicamente porque siempre me gustó tener mi dinero, entonces al estar aquí (en Quito) al mismo tiempo ayudaba pero aprendí a manejar mi con mi dinero, entonces tenía más de empoderamiento se podría decir de mí misma (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 04 de febrero de 2021).

Como manifiesta Aracely, cuando las mujeres migran, una de sus principales preocupaciones es obtener ingresos económicos, no solo por la apremiante necesidad de mantenerse solas, apoyar a sus familias o mantener a sus hijas/os, sino también a que es una forma de mantener su autovalorización. Esto es evidente también en el caso de Angelita, quien, aún teniendo el apoyo económico de su familia, decide buscar trabajo lavando ropa para poder al menos cubrir los gastos de su hija.

(mi hermana) me trajo de Ibarra para acá y yo vivía con ella pero no trabajaba porque mi cuñado era muy bueno trabajaba en la Coca Cola, entonces me decía “Usted no tiene por qué trabajar para eso estoy yo aquí y Gloria (mi hermana)”, entonces yo estaba ahí pero me daba pena o sea vivir de arrimada no, porque tenía que colaborar con algo en la casa sino que tenía que comprarle un jarabe que necesitaba mi hija (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Para las mujeres migrantes que se desempeñan en trabajos remunerados los ingresos obtenidos por su trabajo en la ciudad son significativamente mayores a los que obtenían en el Valle, lo que es percibido como un factor determinante en el incremento de su independencia y autonomía, no solo económica, sino personal.

(...) incluso tener cierto tipo de cosas de uno mismo, sentirse más independiente en muchos sentidos lo que es el económico, personal, o sea es lo que puedo decirle ha cambiado porque antes pues no, si no me daban dinero no tenía y más que todo como le digo la independencia y donde yo quiero ir y que no esté dando cuenta a nadie de dónde voy (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

³² Un análisis de la relación entre autonomía económica y relaciones de poder en la pareja y respuesta a la violencia se desarrollará más adelante.

Sin embargo, es necesario establecer que esta independencia se obtiene y disputa frente a los límites socio-espaciales racistas, clasistas y machistas que se siguen reproduciendo en la ciudad de Quito, especialmente manifiestos en las relaciones entre jefas/es y empleadas afrodescendientes.

Como habíamos identificado anteriormente, las mujeres migrantes afrodescendientes se insertan al mercado laboral urbano mayoritariamente como trabajadoras remuneradas del hogar (empleadas domésticas). Esta distribución no es gratuita y se explica, entre otros factores por el limitado acceso a la educación media y superior de la población afrodescendiente, la segregación racial del mercado laboral, la persistencia de unos roles de género que asocian a las mujeres con las labores de cuidado y a las mujeres negras con el personal de servicio del hogar.

En general, en el país, para las mujeres que se desempeñan en esta rama, las condiciones laborales son precarias e injustas. A pesar de los importantes avances de los últimos años en cuanto a derechos laborales de este grupo (seguridad social, beneficios de ley, cobertura de salud) solo el 41,1% de las trabajadoras remuneradas de hogar (TRH) estaba afiliada a la seguridad social en 2017 y para las familias que cumplen con esta obligación, dado que en su mayoría establecen contratos por menos de 40 horas semanales, los costes de la afiliación suelen ser menores. Además, el incremento de denuncias en el Ministerio de Trabajo entre 2014 y 2018, permitió identificar la persistencia de vulneraciones de derechos laborales de TRH, que en 2018 llegaban a representar el 24% de las denuncias totales receptadas por esta institución, de las cuales, el 99% eran realizadas por mujeres. (SECAP 2021)

En este contexto, en las relaciones laborales de las mujeres migrantes afrodescendientes, se establecen varios mecanismos de jerarquización entre empleadores/as y TRH; los cuales son identificados y rechazados por las colaboradoras en general, aunque en algunas con mayor claridad y/o intensidad y recurrencia que en otras.

El primero de ellos es la desvalorización económica de su trabajo, evidente en prácticas como el no cumplimiento de las obligaciones laborales, el irrespeto a los horarios o la carga de trabajo acordada, los despidos intempestivos y sin liquidación. Eso sin hablar de la explotación laboral de niñas y adolescentes migrantes, todo esto con la complicidad de las instituciones públicas

En el marco de la familiaridad asimétrica aprehendida por Ambrosini y Queirolo (2007) que refiere al establecimiento de relaciones de familiaridad como parte de un sistema informal de cuidados en el que las familias europeas contratan a mujeres migrantes para cuidar a los ancianos, con un coste menor al que tendrían que pagarle a un(a) profesional y un trato más personal y familiar manteniendo un alto nivel de gestión y control, y que deriva del “carácter mismo del trabajo del cuidado en el que entran en juego aspectos subjetivos que van más allá de una prestación de servicios y hablan, por ejemplo, de la dependencia emotiva que se crea entre empleadora y empleada”(Herrera 2007, 205)

Para las migrantes afrodescendientes que se integran como TRH³³ si bien esa familiaridad a veces se manifiesta como algo positivo pues, en algunos casos, implica apoyo en el acceso a la educación, acceso a la salud, la posibilidad de trabajar junto a sus hijos/as y el establecimiento de relaciones de amistad. También se establece una familiaridad subordinada, donde las jerarquías asociadas a la relación entre TRH (mujer-migrante-de clase popular) y empleador/a³⁴ están imbricadas a la racialización y la sexualización de las mujeres negras en Quito, las cuales las exponen a acoso sexual y hostigamientos, como ya hemos descrito anteriormente. Otros mecanismos más sutiles involucran la remarcación de la riqueza de los empleadores frente a las mujeres, la sorpresa ante su progreso académico y la realización de actos “caritativos” con tintes tutelares sobre cómo deberían manejar su vida.

(...) trabajaba con la familia Muñoz que le digo y ellos no fueron malos para que decir, me siguieron apoyando (cuando se quedó embarazada) , pero ellos me decían lo mejor que uno puede hacer es casarse, entonces incluso ellos querían intervenir en hablar con el papá de mis hijos en esa época para que se case, porque me decían con lo mejor que uno puedo darles a los hijos es la familia de padre y madre (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

De manera espacial, los hogares de sus empleadores se convierten en sitios capitales para las mujeres, parte de su cotidianidad, más aún para aquellas que también viven en esos hogares y

³³ Y que desde los años 90 hasta la actualidad eran la mayoría, junto con aquellas que se dedicaban a otras actividades de la economía informal como la venta ambulante, el lavado de ropa y en menor medida el servicio sexual. Algunas mujeres gestionaban pequeños negocios de venta en su domicilio, las menos eran empleadas en medianas y grandes empresas; y también en instituciones públicas como las guarderías del barrio, y el centro de salud del Ministerio. (Fernández, 2001) en (Andrés 2017, 59)

³⁴ Con las salvedades existentes entre la migración internacional y la migración interna.

en los cuales tienen una limitada o casi nula capacidad de apropiación. En estos espacios el uso exclusivo del cuarto de empleadas, la asignación de la comida de las TRH a la cocina y no al comedor, se utilizan para delimitar esa capacidad de apropiación y la distancia social con los/as empleadores. En el caso de las mujeres que no se desempeñan como TDR, como ya se describió anteriormente, algunos de estos mecanismos se repiten.

Las formas de inserción laboral de las migrantes en la ciudad, si bien permite el mantenimiento e incluso el incremento de la independencia económica frente a las condiciones existentes en sus contextos de origen, no logra traspasar los límites socioespaciales establecidos para las mujeres afrodescendientes en el ámbito de su desarrollo profesional.³⁵

Mujeres que no se dejan. Autodeterminación y respuestas de las mujeres frente a la violencia machista

En los territorios de origen, las formas de relacionamiento entre mujeres y hombres³⁶ respecto a las prácticas afectivas y sexuales están marcadas por relaciones de poder. Las hijas mujeres suelen ser muy protegidas por sus padres frente a la posibilidad del noviazgo o un embarazo fuera del matrimonio, como parte de un mandato de fidelidad y control de sus impulsos sexuales, que no se aplica para los hombres y cuyo incumplimiento es sancionado violentamente.

En las comunidades existe el privilegio masculino de la poliginia, la cual está naturalizada. A pesar de que las mujeres no dependen económicamente de los hombres, la presencia de un hombre en el hogar les otorga estatus a ellas y a sus familias; prestigio que está directamente relacionado con el trabajo que realiza el hombre y cuánto dinero recibe por éste, pero que es valorizado de manera diferente si se trata de los esposos, o de relaciones extramaritales.

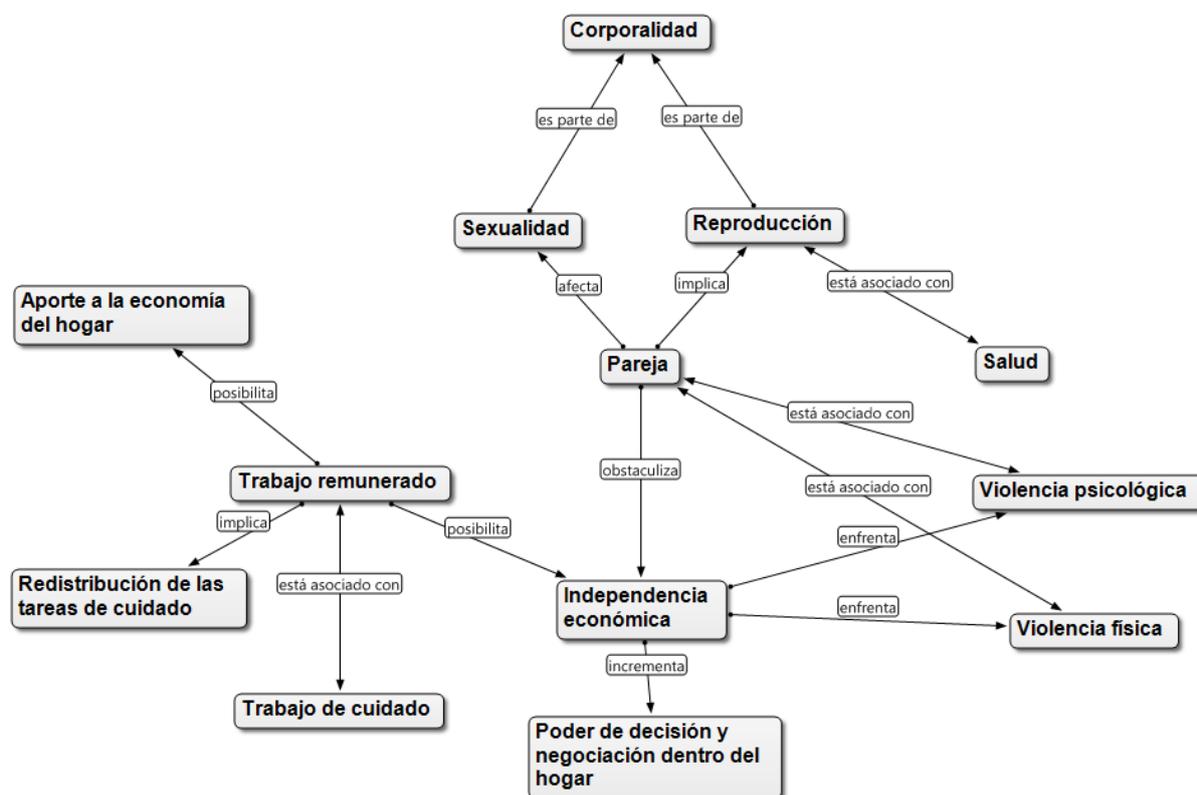
(...) porque estamos hablando de que el hecho de que tú estés casado es como quien dice la sociedad te da ese valor de señora y te respeta y ya te ganas el respeto y es muy diferente ser la señora a ser la madre soltera o sólo la juntada como se dice (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

³⁵ Aunque si fue un factor importante en las posibilidades de las mujeres migrantes de obtener una vivienda propia, factor al que se suma el contacto con una organización política. Esto será desarrollado más adelante.

³⁶ En esta investigación no fue posible abordar las relaciones sexo-afectivas no heteronormadas.

Por lo general las mujeres afrodescendientes que se quedan en el Valle, se casan o unen muy jóvenes³⁷ y lo hacen con hombres de su misma comunidad o de comunidades aledañas.

Figura 6.3 Diagrama de red: Relaciones sexo-afectivas



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

En las relaciones familiares y de pareja, el mecanismo de la violencia psicológica, física y sexual a las mujeres se utiliza para el mantenimiento del poder del hombre como jefe y fecundador en las familias³⁸. La violencia machista en el espacio doméstico es generalizada, las mujeres son golpeadas con frecuencia por sus parejas y esto se maneja como un asunto privado.

³⁷ Frente al promedio de matrimonios forzados y uniones precoces en el Ecuador que es del 2.1%, las mujeres afroecuatorianas presentan un 4.5%, el mayor porcentaje a nivel nacional. (INEC 2019) en (Carabalí et al. 2021).

³⁸ Las mujeres afroecuatorianas enfrentan los mayores niveles de violencia de todo tipo frente al promedio nacional (Carabalí et al. 2021).

(...) eso se manejaba independiente de cada familia, por decir un ejemplo si era un matrimonio que el hombre golpeaba tanto a la mujer o se enteraba la gente que está golpeando entonces qué pasaba, generalmente iba la familia, la familia de él o de ella a defender, a aconsejar los padrinos del matrimonio a tratar de solucionar eso y ellos sabían intervenir (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de febrero de 2021).

y enfocada especialmente a sancionar la ruptura del pacto de “pureza” o exclusividad sexual por parte de las mujeres.

(...) cómo le puedo explicar porque cuando yo vi esa experiencia ya me cuide mucho de no quedarme embarazada soltera porque, vamos a suponer yo por ejemplo tenía 9 hermanos varones incluido mi papá serían 10 y sólo éramos tres mujeres entonces salió embarazada a una chica qué sé yo un año, un año o dos años mayor y le pusieron en la fila en el patio, se pusieron en fila y todos, todos los varones de la casa le dieron una golpiza que casi le mata y aparte de darle esa golpiza le votaron a la calle con lo que estaba puesto, ensangrentada y todo eso y aquí no vuelves más. Esa ideología tenían ellos allá por eso es que las chicas nos cuidábamos mucho de no salir con su domingo 7 porque hubo una que murió de esta golpiza, porque si 20 varones eran en la familia, esos 20 la golpeaban el mismo día (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

Sin embargo, a diferencia de otras mujeres ecuatorianas, las afrodescendientes del Valle Chota-Mira cuentan con mecanismos de acción y respuesta frente a la violencia machista, fundamentados en el acceso a recursos económicos y un mayor nivel de autonomía social frente a los hombres. Las mujeres en el Valle responden a la violencia, aún a sabiendas de las diferencias físicas frente a sus agresores, como una forma de afirmar su autonomía.

(Mi hermano) decía “a ver, a usted cuando su enamorado le pegue ese no vale”. Y además decía “y si su marido le pega, le da 1 usted que le dé 3, pero él sabe que usted le respondió” (...) pero en medio de todo lo que me decían, no digo, yo soy la que tengo que defenderme, no es que ellos van a venir (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Para tres de las colaboradoras, quienes vivieron lo suficiente en sus territorios de origen como para tener noviazgos o pensar en esa posibilidad; la unión con hombres se asocia con

quedarse permanentemente en el pueblo y por tanto no poder acceder a las oportunidades de la ciudad, por lo cual no se ven a sí mismas estableciendo parejas en el Valle.

Nunca me vi casada con alguien de mi pueblo, yo tenía mis ilusiones, mis deseos, nunca fue quedarme tal cual estaba, yo siempre tuve esa visión de yo quiero ser alguien más (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Esta constatación, se refuerza en la ciudad, estableciendo una diferenciación entre ellas y las mujeres del Valle, en cuanto su nivel de tolerancia a la poliandria y a la violencia, asociándolo al incremento de su independencia económica y autonomía social en la ciudad.

(...) la otra (su prima que se quedó en el Valle) convive con su pareja de esa época y como que las dos se dejan someter y eso a mí me enfurece y me acuerdo que la que es menor para mí me dice: “y usted se separa del papá de sus hijos y ya y no tuvo problemas” Yo no, dije, yo no tengo problemas; yo le digo “usted por qué aguanta que el tipo tuvo la niña con usted, vaya se casa con otra, regresé donde usted, se vaya de nuevo donde la otra y regresé nuevamente donde usted y después de un tiempo con las dos” le digo yo no avanzó, no estoy para eso (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de agosto de 2019).

La importancia de la autonomía económica, como un factor influyente en el manejo de sus relaciones de pareja y el rechazo de la violencia, se manifiesta también en las colaboradoras mayores y de hecho alcanza un nivel casi determinante en su capacidad de ponerle freno a este tipo de relacionamientos en la ciudad.

(...) una vez me dijo “todo es sólo cuando tú quieras”. “Es que yo trabajo lejos” le decía y yo tengo que trabajar para mantener a mis hijos, entonces para mí lo primero es mi trabajo, mis asuntos personales están delegados para segundo puesto, le decía yo. Pero ya él le cogió (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

En general las mujeres no perciben, ni en el Valle, ni en la ciudad, a los hombres como fuentes de estabilidad o apoyo económico constante, por lo que las relaciones que establecen con ellos están atravesadas por un sentido de autosuficiencia.

Mi hija está creciendo en medio de nosotras sólo mujeres, ella ve eso entonces es algo automático que simplemente ella ve y dirá “yo crecí en medio de mujeres y ellas no tenían marido” porque ella no ve que nosotras tengamos marido pero fuerte, salían a trabajar, salen a

trabajar y en realidad uno eso yo creo que más bien no es tanto como que yo tengo que implantar, sino simplemente eso va pasando, pasando, porque una cosa es que uno vive solito y otra cosa es que se viva con alguien más, ese dependa de ese alguien, entonces yo creo que como uno no depende de alguien más, ella va aprendiendo y pues cogestión lo que nosotros las mujeres que salimos a trabajar igual que los hombres (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Esto además tiene unos efectos en el manejo del trabajo de cuidado dentro de sus familias, pues frente a la limitada participación de los padres en el cuidado del hogar y las/os hijas/os, son sus familiares mujeres y/o sus hijas/os con quienes se distribuye el trabajo de cuidado en la ciudad. La participación de los hijos hombres en el cuidado, es algo que sí cambia frente a las dinámicas del Valle del Chota-Mira y se explica debido a la participación de sus madres en el trabajo remunerado y además por las dificultades que Quito impone en términos de tiempo de traslado cotidiano.³⁹

Para las dos mujeres mayores que colaboraron en esta investigación, hubo un impedimento explícito por parte de sus esposos de que trabajaran remuneradamente. Esta dinámica, común en los matrimonios de su época, implicó como ya hemos descrito, dependencia económica de su parte y una mayor exposición a la violencia machista; sin embargo, en el momento en que deciden volver a trabajar, esta dependencia se rompe y permite la ruptura de estas relaciones.

hasta que yo conseguí nuevamente trabajo, comencé a trabajar entonces ahí las cosas ya fueron diferentes, yo ya cambié de mentalidad, digo “no tengo por qué estar a expensas de este señor, si yo puedo trabajar y así trabajando yo ya no pasamos hambre, ni mis hijos ni yo y ya no le aguanté maltratos (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 27 de febrero de 2021).

Otro aspecto importante en la posibilidad de abandonar relaciones violentas son las redes de apoyo, para tres de las colaboradoras contar con el apoyo económico y psicológico de amistades en la ciudad, facilitó la separación. Es posible intuir que este es un aspecto que también diferencia a las dinámicas de la ciudad de Quito frente a las del Valle, pues en la primera, si bien la violencia machista existe, su nivel de naturalización poco a poco se está reduciendo.

³⁹ Este último aspecto es objeto de otro acápite.

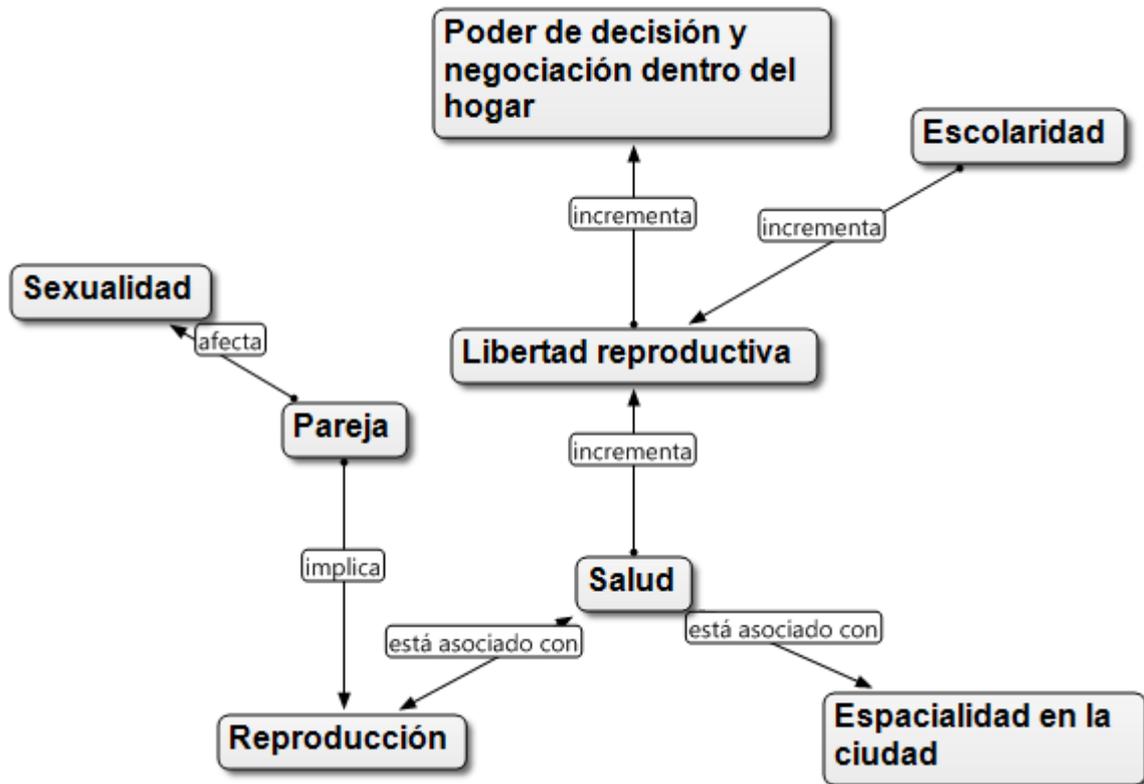
Para concluir este acápite, cabe indicar que en términos de apropiación espacial de los hogares; en cuanto a las relaciones de poder basadas en el género dentro de la pareja, las mujeres mantienen un alto nivel de apropiación como jefas de hogar, que llega a ponerse en disputa cuando se encuentran en situación de dependencia económica, pero nunca es cedido por completo frente a sus parejas.

Del tabú a la palabra. Sexualidad y reproducción de las mujeres migrantes afrodescendientes

La información secundaria indica que en las comunidades del Valle Chota-Mira la sensualidad y la fuerza femenina son exaltadas y valorizadas. El sexo es una situación natural y no está satanizada mientras se realice en el marco del matrimonio o la unión duradera (Guerrón 2000). Esto no significa que la sexualidad sea un tema abordado libremente en esta región, ni que su práctica y comprensión estén exentas de machismo.

Una muestra de ello es que el control de los impulsos sexuales y la natalidad es asignado exclusivamente a las mujeres, por ello cuando se trata de adolescentes o mujeres jóvenes que se quedan embarazadas, sea que tengan intenciones de casarse/juntarse o no con el padre, la sanción es la violencia física y psicológica, la cual es infringida por los miembros masculinos de sus familias.

Figura 6.4 Diagrama de red: Sexualidad y Reproducción



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

En general el acceso a información sobre educación sexual es limitado, en las familias el tema no se aborda o se hace de manera poco clara y persisten muchos mitos al respecto. Un ejemplo de ello es la escasa información que reciben respecto a la menstruación.

(...) no es que fue un susto casi me muero yo, porque no sabía, un día me despierto y me veo que estaba sangrando (menstruado) pero para mí fue bastante grave ver que estaba sangrando y no saber de qué se trataba, entonces la idea fue ¡Dios mío! porque unos días anteriores me había subido a un árbol de guabas a cosechar guabas porque por allá y guabas de este tamaño entonces dije a lo mejor me está el que yo en ese momento y no me di cuenta (...) había una señora adulta que siempre conversaba con nosotros y yo corrí donde ella porque yo le veía que ella estaba más abierta, que ella tenía más la actitud y entonces ella nos contaba cosas de hombres y todo eso. Entonces yo corrí donde ella a preguntarle ¿qué pasó? Entonces ella me hizo entrar a su casa, me revisó y lloró y me dijo ya eres mujer y hija a ver (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

Y al control de la natalidad.

Que yo me acuerdo que hablábamos del tema, que mi mamá decía que una tiene que tener cuidado con los hombres que porque los hombres lo único que desean es aprovecharse de uno, que lo único que le dejan es embarazado y le dejan y se van (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Los métodos anticonceptivos más utilizados por las mujeres en esta región son el bioritmo, pastillas o dispositivos intrauterinos los cuales son obtenidos en los centros de salud. Sin embargo, las colaboradoras identifican que el control de la natalidad no es un tema primordial para las mujeres en el Valle.

(...) yo lo veo como una desprevenición o una despreocupación o ese concepto de yo tengo un hijo del chico y ya hacemos pareja y. y nos vamos a vivir juntos y ya no hay problema (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

En general, el ejercicio de la maternidad comienza desde muy jóvenes y otorga a las mujeres reconocimiento social en las comunidades. La maternidad, el sostenimiento del hogar y el trabajo son atributos que otorgan estatus a las mujeres, de allí también el peso del Día de la madre como fecha festiva; sin embargo, en la vida familiar la palabra del padre pesa más que la de la madre en la toma de decisiones.

Tras la llegada a la ciudad, las colaboradoras identifican tres aspectos que cambian respecto del manejo de la sexualidad y la reproducción en el Valle: 1) el nivel de información sobre sexualidad y reproducción y 2) Posibilidad de hablar de esto con sus hijas/os y 3) Mayor disponibilidad de métodos anticonceptivos farmacológicos; cambios que, sumados a otros factores, transforman su relación con la sexualidad y la reproducción en sus vidas y las de sus hijas/os.

Un factor explicativo de estos cambios, es el incremento de la circulación de información sobre sexualidad y reproducción en la esfera pública y específicamente en la esfera pública de las ciudades; ligada a los procesos de lucha feminista en la modernidad⁴⁰ que han

⁴⁰ La relación entre espacio urbano y modernidad occidental en América Latina, ha sido puntualizada por numerosos estudios, incluido el de Gorelik (2003) quien señala:

la ciudad (latino) americana no sólo es el producto más genuino de la modernidad occidental, sino que, además, es un producto creado como una máquina para inventar la modernidad, extenderla y

incrementado la discusión pública de temas que antes eran considerados íntimos, como la sexualidad (Dides 2006).

En este contexto, tras su migración a la ciudad, las mujeres comienzan a sostener conversaciones sobre estos temas en sus entornos cotidianos (con su jefa, sus compañeras de trabajo y/o sus amigas)

(...) mi primo tiene otro hijo, yo le pregunté a él qué era orgasmo, “ques, por donde me dices, de ese tipo de cosas no se habla”, dice “¿usted de dónde sacó eso?” él me contestó eso porque no sabía. Y yo también le dije a mi amiga y mi amigo preguntó (...) Nadie nos respondió. Nadie sabía. Y yo cuando vine aquí a Quito fue lo primero que pregunté a mi amiga (...) dijo “no se” dice, “yo he tenido relaciones, pero yo no sé qué es”. Ay bueno, yo no me sacaba la cabeza, entonces (...) pregunté a otra amiga y creo que se orinó esa mujer riéndose, dijo que vea un programa de la 1:00 pm “hay un sexólogo todos los martes, usted tiene que estar atenta” (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

y sus hijos reciben información al respecto en el sistema educativo, lo cual es percibido como algo necesario y bueno.

Yo intento hablar mucho de sexualidad con mi hijo aunque a veces él me dice que hay temas que él se siente incómodo pero yo le digo hay que hablar porque no quiero que te pase quizá lo que a mí me pasó, porque le digo, la diferencia que creo yo, si en esa época hubiese tenido la apertura de hablar de sexualidad como lo hacemos creo que los padres actuales en muchas familias, no no los hubiese tenido así, quizá hubiese sido diferente me hubiese preparado más académicamente para darles igual una condición de vida mejor económicamente (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

Respecto a la disponibilidad de métodos anticonceptivos farmacológicos, a más de la cercanía y gratuidad de los servicios en las instituciones de salud públicas (centros de salud), se suma la prevalencia cultural de los métodos anticonceptivos farmacológicos como forma de control de la natalidad en la ciudad, frente a métodos como el biorritmo, derivados de la

reproducirla (...) restituyendo el continuo rural-urbano según sus parámetros, es decir, dirigidos a producir hombres social, cultural políticamente modernos. (13)

promoción de este tipo de anticonceptivos por el Estado⁴¹, de la mano de empresas farmacéuticas, medios de comunicación y en el contexto de la ya referida lucha feminista (Agudelo 2017).

Para las mujeres migrantes, el acceso a métodos anticonceptivos ayuda a controlar el número de hijos que desean tener, aunque por sí solo, no es fuente de autonomía corporal y reproductiva pues está influido por factores como el desconocimiento⁴², el machismo de sus parejas (sobre todo para las mujeres mayores), la limitación económica para adquirir el método farmacológico que deseen (especialmente la píldora) y los efectos secundarios de los métodos farmacológicos en sus cuerpos, que las obligan a abandonarlos.

Sin embargo, si cambia su respuesta en el tema con las siguientes generaciones, como relata Bertha:

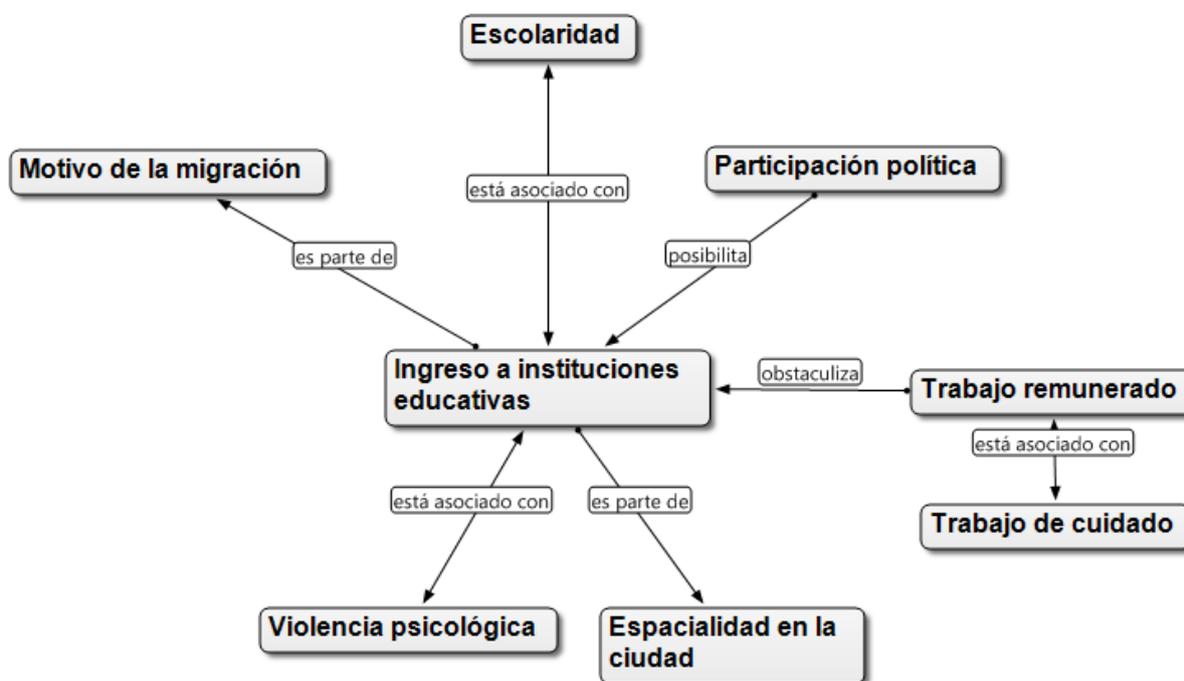
Yo ya fui más blanda, tenía mis reglas pero no así, por ejemplo en el caso de que mis hijas las dos salieron embarazadas solteras, yo me desmayé, sufrí pero nunca les abandone, yo cogí a mis hijas, les ayude porque me acordaba de las sendas palizas (en su territorio de origen) no le digo qué onda que hubo una chica que murió y ni siquiera sintieran remordimiento porque dijeron que se lo merecía y ahí las leyes este teniente político zoquete de por ahí como él pensaba igual, porque el teniente político es lugareño mismo decía: bien muerta es (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 21 de febrero de 2021).

⁴¹ En el Ecuador, el interés público por la planificación familiar y la promoción de métodos anticonceptivos farmacológicos se establece, por parte del gobierno, en los años 1970, en el contexto de la modernización del Estado impulsado por la Junta Militar (Agudelo 2017).

⁴² Aunque las mujeres reciban más información en la ciudad, aún reconocen tener muchas dudas y vacíos de conocimiento.

Un sueño frustrado. Limitantes de las mujeres migrantes al acceso a la educación formal

Figura 6.5 Diagrama de red: Escolaridad



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

Como habíamos descrito anteriormente, el acceso a la educación formal no es una prioridad para las familias en el Valle del Chota-Mira en general frente a otros conocimientos y labores como el cultivo y el trabajo remunerado. Además, en el caso de las mujeres, hay un impedimento explícito a que cursen estudios de bachillerato y universitarios fundamentado en el machismo de sus padres. En este contexto, el acceso de las mujeres a las instituciones de educación media y superior, es un factor importante de jerarquización social, pues es un privilegio accesible para muy pocas mujeres, debido a los gastos que implican el traslado a las ciudades por voluntad propia, y por tanto las expone a ser alejadas por sus pares, al ser reconocidas como diferentes. Sin embargo, para las colaboradoras, acceder a la educación, es visto como el principal mecanismo de movilidad social en general y para las personas afrodescendientes en específico; por lo tanto, el ingreso a instituciones educativas es una de sus motivaciones para migrar y una de sus principales aspiraciones en la ciudad.

Los estudios sobre accesibilidad a servicios en el ámbito de la geografía urbana, establecen dos componentes básicos a analizar: uno físico y uno social. El primero se relaciona con la distancia geográfica “que separa al usuario potencial del punto de servicio” y el segundo

(distancia social) que involucra las características del servicio y del usuario potencial en sentido amplio. (Garrocho 2006) En el caso de la educación, la accesibilidad incluye, por el lado de los servicios: la calidad y el costo de los servicios, los horarios disponibles, el personal laborando, entre otros; y por el lado de las/os usuarias/os: la clase social, valores culturales, género, percepciones, expectativas y creencias, entre otros.

Respecto a la distancia geográfica, el traslado de las mujeres a las ciudades efectivamente la reduce debido a la concentración de instituciones educativas en el espacio urbano ecuatoriano y en la ciudad de Quito, especialmente en cuanto a instituciones de educación superior; pero en cuanto a la distancia social aún existe un cúmulo de impedimentos al acceso de las mujeres.

En cuanto al servicio, es importante diferenciar las características de las instituciones de educación media y tecnológica frente a las de educación superior universitaria. La disponibilidad de programas de bachillerato acelerado, educación nocturna o a distancia y formación técnica a precios accesibles; son factores fundamentales que posibilitaron a las mujeres migrantes afrodescendientes terminar el bachillerato y/u obtener un título técnico⁴³, a pesar de enfrentar situaciones de discriminación racial⁴⁴. Pero, en el caso de la educación universitaria, el horario y el costo de las universidades privadas, se suma al limitado cupo de las universidades públicas como impedimentos para su acceso.

Por el lado de las usuarias: la carga de trabajo remunerado⁴⁵ y no remunerado que realizan (este último, sobre todo a partir de que tienen hijas/os), el machismo de sus parejas, las condiciones en las que se desempeñan laboralmente y el nivel de ingresos que obtienen por su trabajo, son factores que les impidieron acceder a educación universitaria (e incluso a educación media en el caso de las dos colaboradoras mayores) en la ciudad.

(...) no pude avanzar más allá (tras graduarse de bachiller) porque en ese entonces yo ya tenía mi hija, mi primera hija cuando ya me iba a graduar, de hecho me gradué con la niña de dos

⁴³ Aunque este no se ejerza por las razones ya nombradas anteriormente.

⁴⁴ Este factor fue determinante en el caso de Angelita, para quien las burlas de sus compañeros/as de clases, fueron un motivo trascendental en su decisión de abandonar los estudios.

⁴⁵ Aunque en los casos de Aracely y Angelita, en una ocasión tuvieron jefes/as las alentaron a estudiar, sobre todo cuando aún eran jóvenes (una niña de 10 años en el caso de Angelita y una joven de 18 en el de Aracely) y les permitieron conciliar su tiempo de trabajo con el tiempo de estudio, sin embargo, esta no es una situación que se repita en otros empleos, ni en las otras colaboradoras.

meses, tenía ya 2 meses de nacida y ya fue difícil porque no podía pagarme la universidad (además) en esta temporada también para irse a la universidad (...) para la pública era otro lío, había que ir a quedarse unas dos, tres semanas en la calle o sea esa fue otra (razón) entonces si yo no podía hacer eso, porque por la niña yo no podía hacer eso, porque mi mamá se iba a quedar pero por el trabajo no, no me iban a darme permiso una semana para hacer cola para ver si es que puedo inscribirme (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

A pesar de no haber logrado cumplir la expectativa respecto al estudio universitario, las mujeres si ven a la educación obtenida como un elemento de autovalorización y también como aspecto diferenciador frente a las personas del Valle del Chota-Mira.

yo creo que más me cambió la forma de pensar, educarse para uno ser más y también creo que en la mente surgió un crecimiento a no seguir estancado en lo mismo sino buscar diferente. Digamos allá la gente en el Valle no tiene el mismo pensamiento de por ejemplo de leer un libro, entonces si uno dice es que ustedes son los que comen libros y a mí ese tipo de cosas no me gusta, entonces uno dice: no, porque si es bonito, te enseñe a otro tipo de cosas pero para ellos no, no es importante, no es interesante, es aburridor, en cambio yo pienso que no (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

Al tiempo que celebran el acceso de sus hijas/os a estas instituciones, oportunidad que no tendrían en sus contextos de origen y que se refuerza en la medida que reconocen las posibilidades de acceder a becas y apoyos económicos como población afrodescendiente (en el caso de las colaboradoras que se integraron o tuvieron contacto con organizaciones políticas afro)

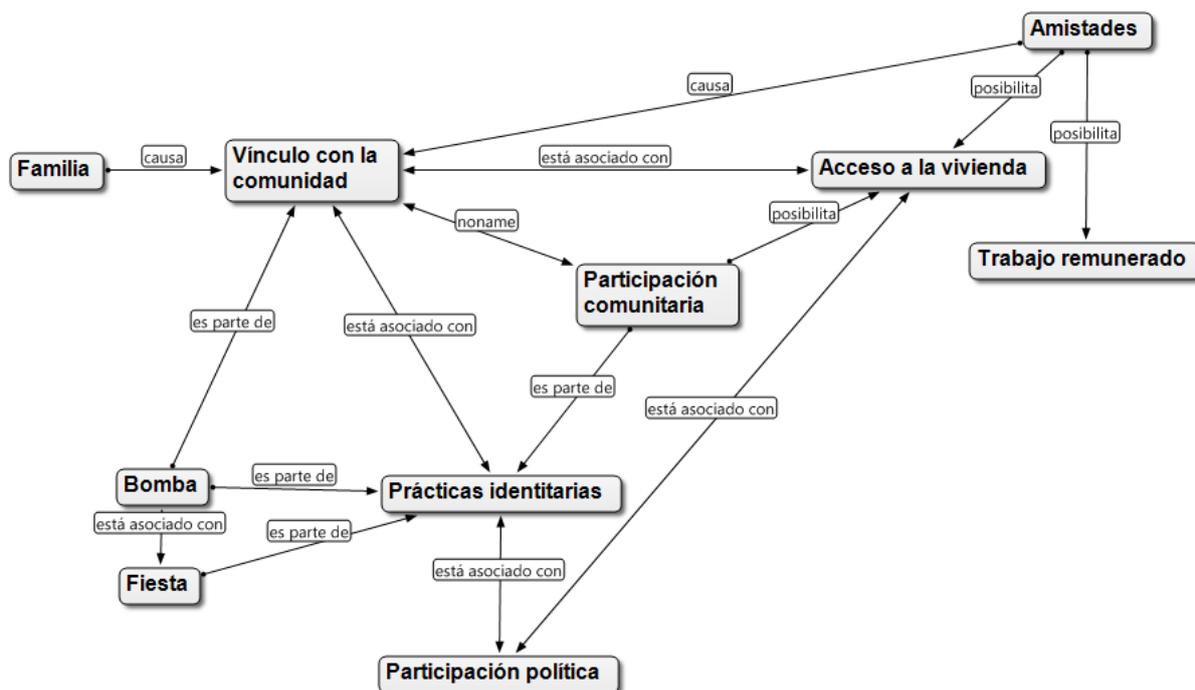
(...) eso es lo bueno de las organizaciones (...) si he aprovechado a observar, a conocer un poquito más de las leyes que me cobijan y de todo yo saco cierta ventaja. Como en el caso de Nevil (su sobrino) decirle tienes derecho a aspirar a una beca, impúlsate desde tu punto por afrodescendiente, que antes era algo que desconocía y que uno de los proyectos era eso, hacer que la gente del Valle concientice eso de que los muchachos y chicas pueden llegar a estudiar en base a esto (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

Como se muestra, a pesar de los esfuerzos por incrementar el acceso de las/os afroecuatorianas a la educación superior por parte del Estado y las organizaciones políticas en

las últimas décadas, aún persisten unos principios normativos espacializados (Bourdieu 1999b) basados en el género, la racialización y la clase social que privaron a las mujeres migrantes o al menos limitaron sus posibilidades de acceder a las instituciones de educación media y superior, pero que están siendo transgredidos por sus hijas/os en la ciudad.

Sostenimiento colectivo y politización. Redes sociales de las mujeres en la ciudad

Figura 6.6 Diagrama de red: Vínculos comunitarios



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

En el Valle, todas las colaboradoras señalan la cercanía de las relaciones sociales, tanto con su familia nuclear y extendida, como con los/as jóvenes de su edad. Estos lazos, no exentos de conflictos, se formaban en la cotidianidad de las tareas compartidas, los viajes al río y la práctica de deportes como el vóley o el básquet. En el caso de sus padres y personas mayores refieren también a la organización comunitaria, necesaria para mantener y mejorar las condiciones de vida, con mingas y reuniones ocasionales.

(...) yo digo de partido político no, pero sí había organización comunitaria en el sentido de que la gente se organizaba en el pueblo, por ejemplo, para ir a limpiar la acequia y tener agua entonces siempre había él, cómo es que se dice el presidente de la comunidad, entonces cómo había el presidente de la comunidad el igual convocaba cuando había algún problema. Un ejemplo, le digo que había que se rompió la acequia de donde cruza el agua para regar los

terrenos, entonces como él sabía eso alguien le informó, él para conformar a la gente tocaba las campanas de la iglesia y salían los hombres y mujeres a saber qué es y ahí es lo que ellos se unían para ir todos a limpiar y así mismo le digo como le estoy diciendo para algún tipo de que venían a decir algo de la alcaldía de no sé dónde, entonces siempre iba de casa en casa el presidente de la comunidad avisando, a ver a tal hora vamos a tener reunión en la casa comunal o nos (N. (a) Borja 2021).

Otro espacio de socialización son los bailes de los fines de semana, donde, aunque el acceso a las mujeres, sobre todo las más jóvenes, está limitado por la autoridad paterna, en general se establecen como sitios de disfrute.

También, destaca el papel de la fiesta, la cual cumple varias funciones en las comunidades, genera y fortalece un sentido de pertenencia, afianza los lazos sociales entre sus habitantes y, en el caso de las mujeres, permite mayores libertades de movimiento (salir de noche, asistir a los bailes) y la desatención de algunas obligaciones respecto del cuidado en el ámbito doméstico, para ocuparse de los arreglos necesarios para la festividad (Guerrón 2000).

(...) si era lindo, no hay nada que hacer, muy bonito, alegre todo el pueblo, entonces ahí se diría que no hay restricción para salir, restricción de parte de los padres al baile, la comida, a juntarse con la gente, compartir con los demás, obviamente ahí le podría decir los adultos es cuando bailan y toman licor y todo, entonces no hay, no hay restricción (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de febrero de 2021).

Cada pueblo celebra sus fiestas patronales en fechas específicas y además resalta la celebración de la Semana Santa, el Día de la Madre y Fin de año como celebraciones comunes en la zona. Las fiestas, organizadas y auspiciadas principalmente por los priostes, suelen durar al menos tres días e incluyen la contratación colectiva de una banda, bebida y baile en espacios comunes, así como la preparación de comida abundante en cada casa.

Otro aspecto importante en la esfera social del Valle, es el baile de la bomba. Esta danza que atraviesa tanto la cotidianidad como la fiesta en el Valle, cumple una función colectiva de reconocimiento identitario con la tradición africana, además de ser una expresión de sensualidad y erotismo.

La bomba es la representación, sacar eso que uno se tiene adentro que no es con palabras, sino a punta de bomba, antes no se cantaba, ahora se canta, la letra era de tradición oral. Uno pagaba “los tres reales” a los señores que tocaban la bomba para los niños y jovencitos hasta las 6pm, pero cuando les dejaban pasar, pero a partir de las 5pm los niños se tenían que ir porque iban los adultos. No se ha grabado esa letra, porque no se canta lo mismo, sino que lo que en ese rato se viene (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Las mujeres de todas las edades participan del baile y la habilidad para danzar es reconocida y admirada en las comunidades. El baile se constituye, así como un rito de feminización, con un peso importante en la definición y construcción de la esfera femenina (Guerrón 2000).

Para las colaboradoras, la llegada a la ciudad implicó la transformación de sus dinámicas sociales. Comenzando por el sostenimiento, en mayor o menor medida, de los vínculos con sus familiares y amigos.

En cuanto a la familia nuclear, la principal forma de vinculación es el apoyo económico que las mujeres realizan a sus padres. En el caso de Aracely, Irma y Norma también realizan visitas a sus pueblos para trabajar en los terrenos de su padre cuando las obligaciones de la ciudad lo permiten y reciben a sus familiares en sus hogares cuando es necesario.

(...) para él (su padre) fue duro, duro porque estaba solo o sea estaban mis medios hermanos pero siempre fue más apegado a nosotras, entonces era duro, él venía seguido, venía a vernos, pasaba con nosotros los fines de semana y retornaba el domingo en la tarde (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 01 de febrero de 2021).

En el sostenimiento de estos vínculos, los que mantienen con su familia ampliada y sus amistades, las colaboradoras establecen marcadas diferencias con quienes se quedaron, las cuales, en algunos casos, dificultan la cercanía. Como hemos referido anteriormente, el machismo, la forma de expresarse y la desvalorización de la educación formal en sus comunidades son valores identificados como problemáticos por las mujeres migrantes, a los que se suma, la falta de “perspectiva de crecimiento”, entendida en gran medida, en los términos de la modernidad capitalista blanco-mestiza.

(...) no hay un quiero que mis hijos estudien, no hay un querer que sus hijos salgan del país y si yo no estudié, yo quiero que mi hijo estudie y progrese de otra manera (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

En cuanto a las prácticas que involucran a todo el pueblo. En el Valle, gran parte de las prácticas comunitarias son parte de las prácticas identitarias: los relatos orales de los familiares, el baile de la bomba y las fiestas, tienen esta doble condición. Por ello, cuando las mujeres migran, la re-creación de las mismas, implica diferencias importantes (algunas de ellas ya han sido referidas en cuanto a la alimentación). En cuanto al baile de la bomba⁴⁶, por ejemplo, todas las mujeres colaboradoras afirman escuchar la música en sus casas con cierta regularidad y varias de las mujeres migrantes (todas a excepción de Angelita), se integraron o formaron grupos de baile de bomba (y otros ritmos afrodescendientes) que solían tener presentaciones en espacios públicos, Si bien los grupos son valorizados en cuanto les permiten acceso a espacios de socialización y representación étnica, reconocen, por un lado, las diferencias del baile (como práctica y representación) en la ciudad.

Y por otro, los límites económicos y políticos de estos espacios, frente a las necesidades de la población femenina afrodescendiente, lo cual los vuelve insostenibles.

(...) octubre fiesta de la gente afro en distintos barrios de la ciudad, se comparte la música, pero el resto no. Falta estructuración, pero sin estar organizados y ver qué cambios se puede hacer, con el tiempo todo se perdería y quienes tienen conocimiento solo se aprovechan, sacan para ellos ¿y para el resto? (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de agosto de 2019).

Respecto a otras festividades, en general no hay un intento de las migrantes por recrearlas en la ciudad o asistir regularmente a celebraciones como parte de un reconocimiento identitario, y más bien en ocasiones, sobre todo en los primeros años tras la migración, las mujeres prefieren ir a sus pueblos en estas fechas, así como en periodos de vacaciones.

En términos de participación política, para las tres colaboradoras cuyo padre se involucró en organizaciones políticas, este fue un factor identitario importante ya en el Valle que se potenció en la ciudad y les permitió no solo obtener sus viviendas, sino también conocer las

⁴⁶ Reconociendo las diferencias en la forma de baile de la gente del Chota y la de Mira.

oportunidades existentes para las personas afrodescendientes organizadas en el país. Sin embargo, para las cuatro colaboradoras que han sido parte espacios culturales y políticos afrodescendientes, existe una desconfianza de las organizaciones existentes, en cuanto a la democratización de las oportunidades y denuncian la cooptación de espacios y recursos por parte de una élite organizada.⁴⁷

desgraciadamente nuestros mismos líderes son un problema. Entonces no hay cómo involucrarse, porque siempre le salen siempre salen haciendo una canallada o sino ellos se aseguran de su tajada pero al resto... ese es el problema que hay con nuestros líderes y más que todo veo que hay en todos los niveles, eso es un problema, eso lo de la política, la gente piensa que es para yo llenar mi bolsillo más no para ayudar al resto (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Razón por la cual decidieron establecer su propio espacio organizativo, proceso en el que se encuentran actualmente.

Como señala, Torres (2017) en su análisis sobre acción colectiva y subjetividad, un elemento diferenciador de quienes participan de procesos organizativos es la generación de una creencia generalizada que media entre las condiciones estructurales y la acción colectiva; es en este marco interpretativo de la realidad donde se articulan sentidos de frustración compartida que potencian el descontento individual. Para las mujeres afrodescendientes, la participación directa o indirecta en espacios organizativos propicia el reconocimiento de las injusticias que las atraviesan, en un inicio como población afrodescendiente y posteriormente como mujeres afrodescendientes jefas de hogar, como en el caso de la organización generada para la obtención de la vivienda.

Un aspecto particularmente interesante de este último proceso, que no será profundizado en este trabajo pero que es necesario señalar, es que para las cuatro mujeres que actualmente viven en Ciudad Bicentenario, el esfuerzo colectivo para la obtención de la vivienda se establece como parte del reconocimiento de la deuda histórica que tiene la sociedad

⁴⁷ Aspecto en el que coinciden con las conclusiones de (Moreno 2014) respecto de las prácticas de cooptación, instrumentalización y regularización que los poderes hegemónicos local y global intentan imponer sobre las formas organizativas de las mujeres afroecuatorianas y que, en muchos casos, son estratégicamente redimensionadas convirtiéndolas en fuentes de recursos para la consecución de sus objetivos (119).

ecuatoriana con las mujeres afrodescendientes jefas de hogar. Esta creencia, asumida en mayor o menor medida, se convierte en un eje movilizador que trasciende la obtención de la vivienda, hacia un deseo de justicia en muchos otros ámbitos de sus vidas, incluyendo el cuestionamiento de la verticalidad y rigidez de las propias estructuras organizativas afrodescendientes actuales.

Frente a los habitantes de la ciudad, las mujeres señalan la importancia de los vínculos familiares y las amistades en: el ocio y el disfrute, el conocimiento y ubicación en la ciudad, el establecimiento de redes de apoyo económico y psicológico, acceso a arriendo, empleos y a servicios de salud en la ciudad.

Aracely, Norma, Irma y Angelita manifiestan un símil de las redes entre afrodescendientes en el Valle y en la ciudad de Quito, en cuanto la importancia del vínculo con la familia, y la facilidad de establecer redes con sus pares.

(...) uno vivía lo mismo, en el sentido de que había esa dinámica de las familias, a ver los teléfonos y que no, entonces le llamaban y le decían va a haber un bautizo ¿quién vendrá nomás? entonces es totalmente lo mismo (a la dinámica del Valle), usted ahí tenía sus conocidos y le digo muchas veces familia, amigos. Esa era esta dinámica, después un baile de juventud, de decir jóvenes como dice a una discoteca, era la misma dinámica porque me acuerdo que en ese tiempo una en los bailes, si yo me hacía amiga de X, de una chica o un joven lo primero que se pedía era el teléfono y obviamente uno como no tenía teléfono personal donde uno vivía siempre daba el del trabajo (Norma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 19 de mayo de 2021).

Sin embargo, también establecen diferencias entre ellas y “otras personas afrodescendientes” en la ciudad de Quito⁴⁸, quienes a pesar de haber migrado mantienen la forma de pensar del Valle.

(...) no es su forma de ser, sino en su forma de pensar, porque yo creo que sí yo vengo a la ciudad, vengo con una expectativa diferente y uno que no, que sí tiene que aprender a culturizarse en cuestión en los estudios por ejemplo no en el resto, no su forma de ser, un

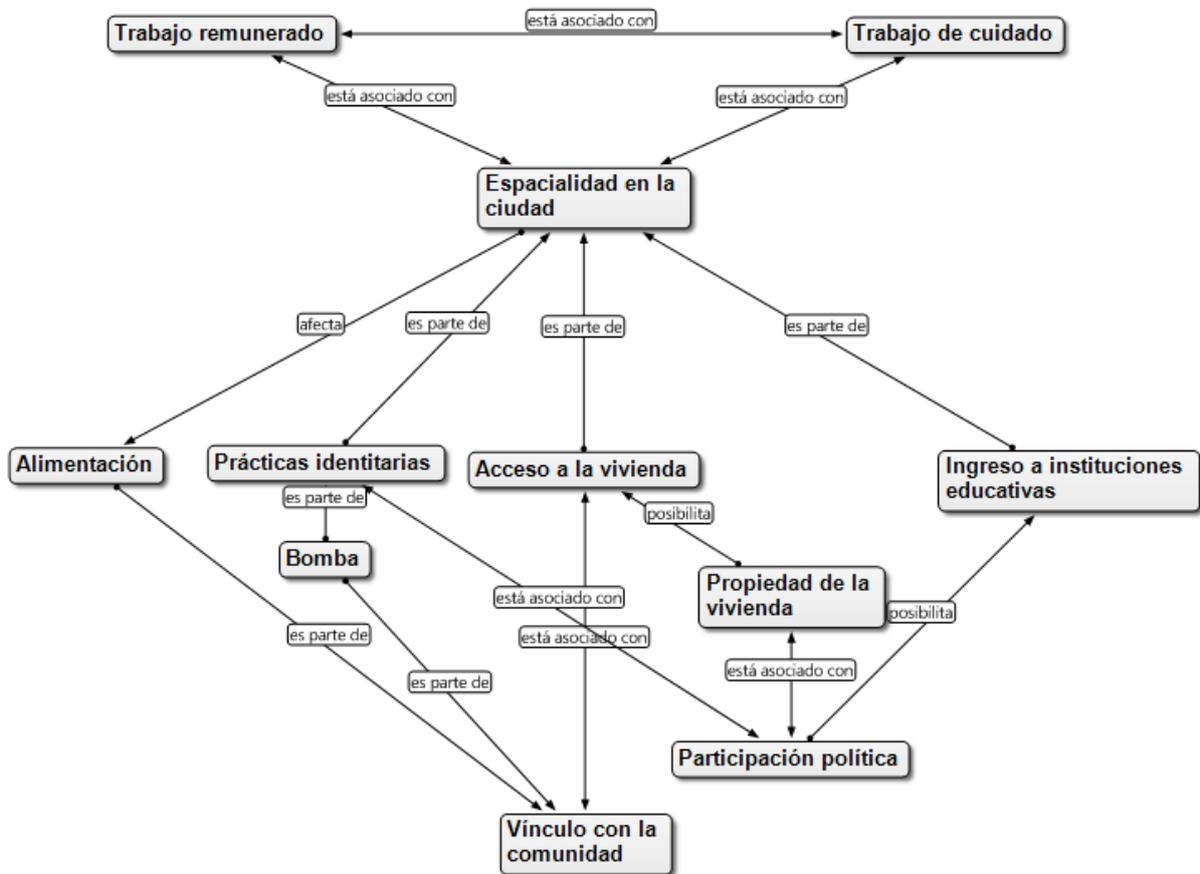
⁴⁸ La diferenciación identitaria entre afrodescendientes en la ciudad en función de valores asociados a la modernidad blanco-mestiza, también ha sido señalada por Rocío Vera Santos(2016) en un estudio previo sobre mujeres afrodescendientes en Quito.

poquito más bajarle a lo que es lo de allá acá, porque hay unas cosas, unas costumbres que no están bien, eso de hacer escándalo mismo, eso es terrible o sea hacer demasiado escándalo y seguir ese mismo lineamiento en cuestión lo que son los hijos de no enseñar a sus hijos para que estudien en eso yo no estoy completamente de acuerdo con ellos (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

En general, los vínculos familiares y de amistad de las mujeres en la ciudad, incrementan sus capacidades de apropiación del espacio urbano, tanto respecto a la obtención de una vivienda (en arriendo o propia) como en el espacio público en la ciudad, facilitando el reconocimiento de esta, estableciendo estrategias de sobrevivencia y apoyo económico y colaborando en el enfrentamiento de relaciones racistas y machistas en sus espacios de trabajo.

Un lugar propio. Vivienda y flujos espaciales en la ciudad

Figura 6.7 Diagrama de red: Espacialidad en la ciudad



Fuente: Datos tomados de los testimonios de vida de las mujeres entrevistadas.

La cotidianidad de las mujeres afrodescendientes en sus territorios de origen implica un conjunto de prácticas de apropiación y significación multiescalar del espacio. Su cuerpo, la

vivienda, el terreno, las fuentes de agua y en algunos casos la escuela se constituyen como “territorios próximos” (Lefebvre 1974) con un peso funcional y simbólico en sus vidas.

La cantidad de tiempo que las mujeres dedican a tareas de cuidado dentro de sus hogares, hace de este un espacio de dominio femenino, aquí socializan junto a sus hijas y a otras mujeres y aportan a la gestión económica de los ingresos familiares. En este sentido, la vivienda se constituye como un sitio capital donde además aprenden historia y medicina ancestral a través de los relatos y prácticas de sus familiares. El hogar permite el establecimiento de una frontera para el relacionamiento afectivo de las mujeres jóvenes. Esta frontera se establece muchas veces en contra de su voluntad, pero también es utilizada como mecanismo de negociación y protección de las mujeres frente a los hombres durante el cortejo y el noviazgo. El peso de la maternidad como causa de reconocimiento social, contribuye a la feminización y valorización del hogar; sin embargo, la persistencia de una ideología machista, también hace de las viviendas espacios de resistencia a múltiples violencias, que se manejan generalmente de manera “privada” en las comunidades.

La calidad de los hogares en cuanto a construcción está directamente relacionada a los ingresos económicos de las familias. Generalmente las viviendas comienzan siendo de bareque y pueden modificarse progresivamente a cemento e irse extendiendo en tamaño. El acceso a alumbrado eléctrico, agua potable y alcantarillado en los hogares es reciente y en muchos sectores estos servicios aún son deficientes, “con agua de mala calidad y servicio intermitente” (Carabalí et al. 2021, 9) Es común que las mujeres siembren frutas, verduras o hierbas de uso cotidiano en sus patios o en las inmediaciones de sus casas.

En cuanto a los terrenos familiares, como hemos descrito anteriormente, son espacios de dominio masculino al que las mujeres acceden como parte de sus prácticas de cuidado, entregando comida preparada a los hombres de sus familias y trabajando ocasionalmente como apoyo a sus padres o hermanos. En el caso de los terrenos ajenos, estos posibilitan a las mujeres la obtención esporádica de recursos económicos por lo que se constituyen como espacios funcionales a la obtención de independencia, la cual es fundamental al momento de enfrentar las relaciones patriarcales en sus comunidades.

En términos de apropiación del espacio público, una de las particularidades de las mujeres afrochoteñas frente a otras mujeres ecuatorianas es el acceso cotidiano al espacio público

como mercados, calles y plazas para la obtención de recursos económicos por medio del comercio, labor que tiene una alta valorización social en sus comunidades. Dado que los pueblos son pequeños, se establecen vínculos cercanos entre los/as habitantes, lo cual propicia la participación en las actividades comunitarias, incluidas las diversas fiestas. Para las mujeres, su liderazgo y participación en éstas; específicamente con el baile de la bomba, constituye una forma de apropiación espacial.

En general, el espacio público es percibido por las mujeres como un espacio seguro, en el que sus cuerpos son respetados, lo cual favorece la apropiación del mismo. Sin embargo, también reconocen límites en su acceso, establecidos por los miembros masculinos de sus familias, especialmente en cuanto a las lógicas de relacionamiento sexo-afectivo en las comunidades. Es común, el acompañamiento de las mujeres por miembros masculinos de sus familias como condición de acceso a la fiesta, o como práctica requerida durante el cortejo.

Un espacio que destaca por su importancia material y simbólica en las comunidades, especialmente las del Valle del Chota, es el río. Este también un espacio predominantemente femenino y es percibido como eje medular de la reproducción de la vida y las relaciones sociales. Si bien los hombres acceden a él regularmente, son las mujeres quienes sostienen un mayor vínculo con este espacio en sus tareas cotidianas (acarrear agua, lavar platos y ropa, bañarse) compartiendo junto a sus pares, en los trayectos de ida y vuelta, desplazamientos donde las mujeres conversan, se actualizan de lo ocurrido en el pueblo, proponen y deciden sus asuntos frente a la comunidad.

Finalmente, durante su infancia, para las mujeres la escuela es un espacio cotidiano importante, esta suele estar ubicada a varios kilómetros de distancia y, dado que las jornadas estaban divididas en la mañana y en la tarde, los desplazamientos implicaban un gran esfuerzo. Para las mujeres, la escuela aparece como un espacio aspiracional, muchas desean continuar con sus estudios después de la primaria, pero no pueden hacerlo debido a impedimentos de sus padres y/o carencia de recursos económicos para trasladarse a los centros urbanos.

La configuración de la esfera espacial femenina, en las ciudades, está ligada al desarrollo de sus ciclos vitales. En cuanto llegan a la ciudad, y tras instalarse temporalmente en la vivienda de sus familiares, las migrantes se integran como empleadas domésticas puertas adentro, lo

cual hace de los hogares donde trabajan sus sitios capitales. Sin embargo, como ya hemos descrito, su capacidad de apropiación es muy limitada.

En cuanto comienzan a trabajar puertas afuera, los lazos familiares y de amistad son fundamentales para conseguir un lugar donde vivir. Generalmente, las viviendas que pueden costear en esta época son precarias (cuartos pequeños o bodegas adaptadas) en las que suelen convivir con otros familiares y con sus hijas/os. Poco a poco, y a medida que van incrementando sus ingresos, las mujeres pueden conseguir mejores espacios en arriendo, a pesar de enfrentar discriminación como personas afrodescendientes y madres jefas de hogar con hijas/os, por parte de varios propietarios⁴⁹.

hay dueños de casa que, porque te ven negro, no, no, no, no, no, son problemáticos, son hasta delincuentes y te tratan así y te dice no y por x cosa; entonces si te hacen sentir mal y si se vuelve algo complejo (Aracely Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 15 de febrero de 2021).

o por los niños que no quieren. Por los niños llegó una vez una señora a decirme “le arriendo a usted pero no a sus hijos” (Bertha Gudiño, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

Esto explica, en parte, el deseo de tener una vivienda propia como una ambición compartida por todas las colaboradoras. La importancia de la organización política en ese proceso es reconocida por las cuatro colaboradoras que obtuvieron su departamento en Ciudad Bicentenario, especialmente en cuanto a la obtención del bono de la vivienda y de un donativo económico por parte de una fundación española en base a su condición de vulnerabilidad como mujeres afrodescendientes, jefas de hogar⁵⁰.

⁴⁹ En general, sea arrendado o propio el hogar en la ciudad mantiene la condición de un espacio feminizado, sin embargo, una diferencia importante en la capacidad de apropiarse de estos espacios, está ligada a que, cuando el lugar es propio, también permite el enfrentamiento de relaciones violentas, lo cual no sucede cuando se arrienda. Como es el caso de Bertha quien para lograr separarse de su esposo tuvo que dejar la vivienda donde residían.

⁵⁰ El rol de estos apoyos económicos como una forma de discriminación positiva para las mujeres afrodescendientes jefas de hogar, es fundamental en la medida que permite equilibrar las condiciones socioeconómicas de este grupo en el mercado inmobiliario. Como expresa Angelita, respecto a sus posibilidades de obtener una vivienda propia.

(...) ninguno porque una, por mi trabajo, por la cantidad que yo gano no puedo hacerme de una casa; claro que yo he pensado pero no me alcanza, no me alcanza no me dan lo suficiente para yo comprar una casa (entrevista Burbano 2021c).

El obtener una vivienda en un conjunto como el de Ciudad Bicentenario, ha implicado para las mujeres adaptarse a las relaciones de convivencia entre vecinos/as en cuanto a la gestión de propiedad horizontal y también a la convivencia cotidiana con otras personas afrodescendientes que eran parte de la organización política y que fueron agrupadas en dos manzanas (30 y 23) dentro del proyecto habitacional.

Si bien esta convivencia es percibida como un efecto llevadero de su forma de adquisición de la vivienda, no está exenta de conflictos. Uno de ellos, que además refleja las mutaciones identitarias de las mujeres frente a las dinámicas de sus contextos de origen es la relación con el ruido.

(...) entonces de ese tipo de cosas hace que uno se vaya aprendiendo de buenas y de malas a ser diferente (a la gente del Valle), eso le hace que incluso le guste menos el río y a mí sí me gusta mucho la música y todo eso, pero nosotros poníamos música, pero no muy alta, porque no se escuchaba del resto de los vecinos, eso le hace que coja otro tipo de lineamientos (...) ¡Dios mío! toca ir a reclamar y ahorita ya no escucha, si no han puesto música debe de ser porque es Viernes Santo sino no importa que los chiquitos estén estudiando, estén en clases, les da igual, le tienen alto al radio (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Otro es la gestión colectiva del espacio, que implica el establecimiento de acuerdos entre vecinos/as los cuales no siempre son fáciles de conseguir. En este aspecto, la participación política de Aracely y Norma, en el proceso de adquisición de las viviendas ha marcado la forma en la que se aproximan a sus vecinos/as, interpelando las decisiones y adoptando posiciones de liderazgo.

Lo cual también tiene efectos en su capacidad de apropiación de la vivienda.

(...) es que como no es nuestro, en cualquier momento nos pueden decir “sabe qué, yo necesito o quiero que se vayan” Entonces como no es de uno, uno no se tiene que aferrar y decir bueno (entrevista Burbano 2021c).

Aunque también posibilita poder estar cerca de sus lugares de trabajo y el de sus familias, aspecto que es enormemente valorado por esta colaboradora.

Sin embargo, también perciben beneficios, ligados a esta organización espacial, como la sensación de seguridad, el poder delegar el trabajo de cuidado a sus familiares y la posibilidad de que sus hijos/as convivan y jueguen juntos.

En general, las mujeres perciben a su vivienda como fuente de estabilidad y seguridad frente a contingencias.

(...) mire que en esta pandemia se ha visto mucho, hay personas que se han tenido que devolver a la casa (en el Valle) pero no sólo porque no hay trabajo, sino porque no tienen un lugar donde vivir, entonces las personas que tenemos una casa, un lugar donde vivir ya por más que no tengamos un trabajo, es difícil, es duro pero tengo dónde estar sin que nadie venga a la puerta a pedir el arriendo y todo y ya se está pasando. Entonces a las personas les ha tocado irse a muchas no porque no les haya faltado, el primer problema es el arriendo, ese es el problema de fondo (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Además de la libertad de adecuar el espacio a sus necesidades, gustos y deseos. Aunque todavía hagan falta adecuaciones y mejoras.

(...) lo que sí es bastante difícil, ha sido la adaptabilidad para los niños, porque los niños no tienen un espacio para jugar; los niños tienen que estar jugando en el parqueadero, entonces siempre hay eso de los dueños de los carros que están yendo a rayar, que están yendo a golpear; eso sí ha sido bastante tedioso porque desgraciadamente nosotros los adultos no queremos o no hemos querido acceder a nada para los niños más que para nosotros y para nosotros y se acabó, cuestión las mascotas ya peleando pero si es medio difícil (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 18 de mayo de 2021).

Respecto a la ocupación del espacio público urbano, en los primeros años tras llegar a la ciudad, debido a las condiciones de trabajo (las mujeres disponen de tiempo libre, uno o dos días a la semana y solamente por unas horas) la ocupación del espacio público es limitada, a más de visitar a sus familiares y/o viajar a sus pueblos, las mujeres utilizan este tiempo para visitar amistades y realizar actividades recreativas.

(...) o sea trabajaba domingo mediodía y ese mediodía aprovechaba yo para ir a mi casa, cambiarme me gustaba mucho ir al estadio a ver lo que juegan y en la noche nos hacíamos un

grupo de amigos nos íbamos al cine y se acababa el domingo porque era poquito mediodía y que mediodía es a las 12:00 pero cerraban una o dos de la tarde (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de mayo de 2021).

Posteriormente, la capacidad de ocupación se define en función del tiempo y los recursos disponibles, considerando la distancia de sus viviendas a sus lugares de trabajo y la necesidad de conciliar el trabajo remunerado con el trabajo de cuidado no remunerado.

Es que yo ya trabajé así, vivíamos en Santa Rosa de Chillogallo y mi jefa tenía la casa en los jardines de Carcelén que es bajando a Yanbal, entonces yo venía, imagínese que yo salía de mi casa a las 5:30 de la mañana (...) Sí así es ni ganas de salir incluso porque cuando yo le voy a ver a mi ñaña, ella todavía vive en San Luis de Chillogallo y yo me voy de aquí tipo 8:00 también me hago 9 de la mañana por más tarde, llegó allá, hasta llegar al Seminario o a veces me quedo en la 18 de septiembre, bajándome del Metro, ahí me cruzó, cojo Santa Rosa ya y estoy como a las 11:00, llegó, saludo, me siento y conversa, conversa un ratito; cuando dicen mis sobrinas, tía “por favor pase la mesa, para que almuerce” y yo paso a las como a las 2 de la tarde “¡Dios mío!” digo “ahora si me voy” porque claro acá ya llegó, si cojo pronto un carro llego 4 sino 5 de la tarde; es todo el día sólo para ir y regresar (Angelita Burbano, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 11 de junio de 2021).

En general para las mujeres que viven en Ciudad Bicentenario, la ubicación de su vivienda en la periferia de la ciudad⁵¹, implica unos costes monetarios y de tiempo de traslado muy altos, que condicionan su acceso al espacio público de la ciudad (Andrade 2019).

En este marco, durante sus trayectorias vitales las colaboradoras identifican otros sitios capitales en el espacio urbano, que incluyen: las casas de sus amistades o familiares, para las colaboradoras que accedieron a la educación media, las instituciones educativas y finalmente, los lugares donde participaban en los grupos de danza. De entre estos, solamente los últimos son percibidos como espacios efectivamente apropiados por parte de las mujeres.

⁵¹ El acceso de propiedad de la vivienda condicionado a que ésta esté ubicada en la periferia de la ciudad tiene unos efectos de segregación geográfica (Katerí 2013, 112) y segregación étnico-racial. (Molina 2001) que no serán abordados a profundidad en esta investigación, pero sin cuyo marco no se puede comprender de manera integral la ubicación residencial de las mujeres afrodescendientes y de la población afrodescendiente en general en la ciudad de Quito.

En términos macro, la ciudad de Quito como espacio público implica el enfrentamiento de la discriminación racial como una constante.

Aquí (en Quito) la gente se iba pasando, no se sentaba a la par de uno, o se abanicaban y uno que ya tenía eso decía “qué estoy hedionda, más lo estás tú, yo no quiero que te sientes a la par mía” hoy en día usted ve que nos sentamos juntas pero lo ganamos a punta de pelea, no hay respeto, hay miedo (Irma Borja, migrante afrodescendiente, en entrevista con la autora, 13 de marzo de 2021).

A pesar de la cual, las mujeres han logrado construir un lugar propio, con el que se identifican y en el que desean permanecer.

Conclusiones

El desarrollo de esta investigación, involucró un acercamiento situado a un grupo de mujeres migrantes afrodescendientes jefas de hogar, nativas del Valle del Chota-Mira que actualmente residen en la ciudad de Quito; por medio de sus generosos testimonios, logramos internarnos en sus trayectorias vitales aprehendiendo juntas las transformaciones resultantes de las mismas en su relación con el territorio en múltiples escalas y ámbitos espaciales, que se configuran en la tensión entre relaciones de poder y resistencia. Como mujer mestiza de clase media-baja reconocí desde el primer contacto un límite epistemológico en mi capacidad de comprender la territorialización femenina afrodescendiente que poco a poco fue fracturándose, en la medida en que establecí relaciones de confianza y afecto con las colaboradoras que me dieron acceso a un alto nivel de profundidad (e intimidad) en sus testimonios, al tiempo que nos constituíamos como co-autoras de esta investigación en tanto politizábamos juntas las condiciones en las que se han integrado al espacio urbano.

Resultado de este proceso investigativo, de casi un año de duración, hemos podido identificar varios mecanismos que propician las transformaciones identitarias de las mujeres durante sus trayectorias vitales y las tensiones que estas transformaciones establecen frente a los principios normativos espacializados existentes en la ciudad de Quito, como territorio en disputa.

La transformación del cuerpo como territorio (corporalidad) de las mujeres migrantes es una de sus estrategias de integración a la ciudad. Esta se establece frente a los jerarquías espacializadas donde el “sujeto urbano moderno blanco-mestizo” se constituye como “lugar central valorizado” (Bourdieu 1999a) en la ciudad y por lo tanto su emulación, favorece aspectos como la integración al mercado laboral y reduce su exposición a actos discriminatorios. La constatación de los beneficios de la transformación corporal le otorga un carácter casi obligatorio para poder ascender socialmente en la ciudad en el imaginario de las mujeres migrantes, lo cual no le quita su carácter cuestionable, sobre todo para aquellas mujeres que han politizado su identidad afrodescendiente (incluyendo su forma de vestir y comportarse) y que han logrado identificar límites a la movilidad social, fundamentados en el racismo, que no logran ser traspasados por la emulación y que, por el contrario, solo pueden ser cuestionados en función de la reivindicación de la deuda histórica con las/os afrodescendientes ecuatorianos como grupo poblacional.

Una de las formas en las que se manifiesta la relación entre distancias espaciales y distancias sociales en el espacio urbano (sus tensiones y contradicciones) es en las capacidades de obtención de independencia económica de las mujeres migrantes afrodescendientes. Debido a la segregación sexual-racial del mercado laboral urbano, las mujeres migrantes se integran mayoritariamente, y con relativa facilidad, como trabajadoras remuneradas del hogar. En este contexto, las dinámicas comunes entre jefas/os y empleadas domésticas, atravesadas por una familiaridad asimétrica (Queirolo y Ambrosini 2007) se conjugan con la hipersexualización de las mujeres afrodescendientes, exponiéndolas a explotación, violación de sus derechos laborales y acoso sexual⁵² pero posibilitando la obtención de un salario fijo (en algunos casos estabilidad y beneficios de ley) y ayudas ocasionales para ellas y/o sus hijos/as, lo cual incrementa su poder de decisión y negociación dentro de sus hogares y frente a sus parejas. Hay una concordancia relativa entre los estudios sobre migración con enfoque de género donde se afirma que la migración femenina propicia la obtención de recursos económicos e incrementa la autonomía económica de las mujeres (Ruíz 2002), en la medida en que, para el caso de las mujeres del Valle del Chota-Mira, la obtención de estos recursos ya se realizaba en sus comunidades pero de manera muy limitada, por lo que el traslado a la ciudad efectivamente significó un incremento de sus ingresos regulares, aunque sea en estas condiciones.

El sentido de autosuficiencia frente a la pareja, es algo que en términos económicos ya existe en el Valle, pero está limitado por la ideología machista que propicia la competencia entre mujeres como parte del sostenimiento de relaciones con hombres. Durante sus trayectorias vitales el grupo de mujeres colaboradoras extiende la autosuficiencia al ámbito afectivo, reduciendo o eliminando la tolerancia a la poliginia. Si bien sería necesario profundizar los estudios al respecto para identificar claramente los factores que influyen en esta transformación, se puede intuir que está relacionada al cambio de perspectiva aspiracional de las mujeres de sus proyectos de vida en la ciudad, los cuales desplazan la importancia de la presencia de un hombre en sus vidas frente a la obtención de un trabajo, el cuidado de sus hijos/as, la obtención de vivienda, etc.

En el marco de las relaciones sexo-afectivas, el acceso a la información, es de los principales mecanismos de transformación de las mujeres migrantes frente a su sexualidad y

⁵² Coincidiendo con lo señalado por varios estudios regionales de CEPAL (2018) sobre migración femenina.

reproducción; sea que la obtengan por el entorno social cotidiano o por el acceso a servicios de salud pública, la información es percibida como algo necesario para ellas y para sus hijas/os, en tanto permite la planificación de la reproducción en función de sus proyectos de vida y también es reconocida como un aspecto diferenciador frente a sus madres, padres y entorno social en sus comunidades de origen.

Frente a los impedimentos de sus padres para acceder a la educación media y superior, las adolescentes y mujeres jóvenes migran a la ciudad, buscando continuar sus estudios; esta aspiración se cumple mediante la integración a jornadas nocturnas o los fines de semana pero alcanza un límite claro en el bachillerato y la educación técnica, debido a las condiciones en las que se oferta este servicio en la ciudad y que no empatan con las posibilidades de las mujeres, sobre todo cuando ya son jefas de hogar. A pesar de ello, la educación es un elemento transformador de la identidad de las mujeres, que modifica su relación con el saber institucionalizado apreciando su posesión como un valor en sí mismo, aunque (en el caso de los títulos técnicos) no sea puesto en práctica en su vida cotidiana. La comprensión de la educación superior como mecanismo de movilidad social es común en las mujeres migrantes y un deseo para sus hijas/os que implica la permanencia en el espacio urbano e impulsa su organización política.

La constatación de la importancia de las mujeres migrantes pertenecientes a una comunidad étnica en las articulaciones lugar- destino (González 2019) es reconocible en algunas de las colaboradoras (las que migraron a una mayor edad y sostenían mayores responsabilidades en sus familias y entornos cercanos antes del desplazamiento) tanto en la reproducción de la cotidianidad (alimentación, vestimenta y baile) como en la visibilización étnica por medio de la ocupación del espacio público (baile de la bomba y ritmos africanos en festivales públicos). Sin embargo, es necesario puntualizar que esta reproducción no es esencialista, pues se basa en el discernimiento estratégico de las prácticas y representaciones que desean reproducir en función de sus aspiraciones y necesidades en la ciudad.

En el marco de las relaciones sociales que establecen las mujeres en la ciudad, los vínculos familiares y de amistad son vitales para el acceso a bienes y servicios en la ciudad, así como en la distribución del trabajo de cuidado y el acceso al empleo. En cuanto la participación política de las mujeres, propicia la autovalorización étnica, el reconocimiento y defensa de sus derechos y el acceso a bienes y oportunidades, lo cual la establece como uno de los

mecanismos más importantes de transformación identitaria y puesta en tensión de las relaciones de poder analizadas frente a sus jefes/as, las instituciones públicas y con quienes comparten sus entornos cotidianos.

En cuanto capacidad de apropiación espacial, es posible identificar varios límites socio-espaciales a los que tienen que enfrentarse las mujeres migrantes afrodescendientes en la ciudad de Quito. La sociedad quiteña establece una segregación socio-espacial de la población afrodescendiente en cuanto al mercado laboral y el mercado de vivienda en arriendo que empuja a los sectores populares hacia las periferias de la ciudad, con altos costos en su calidad de vida. A pesar de esto, las mujeres logran construir un lugar propio en la ciudad, mediante la lucha por la obtención de bienes materiales, una vivienda digna y el acceso al espacio público, destacando, en ese proceso, la importancia de la participación política como herramienta de autovalorización y disputa de las relaciones de poder.

Finalmente, se identifican algunas potencialidades de profundización investigativa a futuro que incluyen, en el marco de los estudios sobre justicia espacial en la ciudades: 1) un análisis de accesibilidad a servicios sociales (educación, salud y vivienda) de mujeres migrantes (en trayectos campo-ciudad), 2) un análisis del nivel de apropiación percibido por las mujeres en los sitios capitales presentes en su cotidianidad durante su ciclo de vida, 3) el que podría ser complementado con una evaluación de los impactos de las relaciones racistas-machistas-clasistas en dicha capacidad de apropiación en función de su percepción corporal. Estas líneas abiertas de investigación permitirán elaborar recomendaciones de política pública que aporten al mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres y el ejercicio efectivo de su derecho a la ciudad.

Referencias

- Agudelo, Johana. 2017. *La planificación familiar. Discursos sobre la vida y la sexualidad en Ecuador desde mediados del siglo XX*. Editado por Abya Yala. Quito: FLACSO ECUADOR.
- Andrade, Samanta. 2019. “Efectos de la segregación socio-espacial de las mujeres afroecuatorianas en la accesibilidad a bienes y servicios urbanos. Caso: Mujeres afroecuatorianas jefas de hogar en Ciudad Bicentenario”. Quito.
- Andrés, Lydia. 2017. “Racismo y discriminación laboral: afrodescendientes en Quito”. *Antropología Cuadernos de investigación*, núm. 11: 51. <https://doi.org/10.26807/ant.v0i11.88>.
- Anthias, Floya. 2012. “Transnational mobilities, migration research and intersectionality.” *Versita. Nordic Journal of Migration Research* 2 (2): 102–10. <https://doi.org/10.2478/v10202-011-0032-y>.
- Antón, Jhon. 2003. “ABD- Diagnóstico de la problemática afroecuatoriana y Propuestas de Acciones Prioritarias.”
- Azúcar, Fundación de Desarrollo Social Afroecuatoriana. 2017. “INFORME ALTERNATIVO Examen de los informes presentados por los Estados partes en virtud del artículo 9 de la Convención – ECUADOR - 2017 Organización de Sociedad Civil que presenta : Fundación de Desarrollo Social Afroecuatoriana Azúcar – Enlace país de I”.
- Bourdieu, Pierre. 1999a. “Efectos de lugar”. En *La miseria del mundo*, editado por Fondo de Cultura Económica, 119–25.
- . 1999b. *La miseria del mundo*. Fondo de C. México.
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Editado por Paidós. Barcelona.
- Cabnal, Lorena. 2010. *Feminismos diversos : el feminismo comunitario* *Feminismos diversos : el feminismo comunitario*. Editado por ACSUR.
- Canelos, Ramiro. 2017. “La desigualdad espacial en Ecuador : un enfoque de brechas estructurales (2002-2017)”. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Carabalí, Iliana, Isabel Folleco, Ana María Morales, y Maribel Padilla. 2021. *Diagnóstico de la situación socioeconómica mujeres afroecuatorianas en el territorio ancestral de Imbabura y Carchi*. Editado por Friederich-Ebert-Stiftung Ecuador y Cordinadora Nacional de Mujeres Negras del Ecuador. Quito: Ecuador, Friederich-Ebert-Stiftung.
- CARE, CIESPAL, y CASA OCHÚN. 2021. *Prácticas nocivas. Estudio sobre el matrimonio infantil y las uniones precoces en Ecuador*. Miguel Ang. Quito: Ediciones Ciespal.
- CEPAL. 2017. “Situación de las personas afrodescendientes en América Latina y desafíos de políticas para la garantía de sus derechos”, 189. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/42654/1/S1701063_es.pdf.
- . 2018. “Mujeres afrodescendientes en América Latina y el Caribe Deudas de igualdad publicación de la CEPAL”. Santiago de Chile.
- Consejo de Participación y Control Social, y Secretaría de la Política. 2016. “Agenda de la Igualdad para el Decenio Afrodescendiente Capítulo Ecuador”. Quito.
- Cornejo, Marcela, Francisca Menzona, y Rodrigo Rojas. 2008. “La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico”. *Psykhe* 17: 29–39.
- Decenio, Comisión Nacional de Organizaciones de la Sociedad Civil Afrodescendiente del. 2019. “Informe de Evaluación a Mitad del Periodo del Decenio Internacional de Afrodescendientes 2015-2024”.
- Dides, Claudia. 2006. *Voces en Emergencia: El discurso conservador y la píldora del día*

- después*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
- Espinosa, Manuel. 2003. *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito*. Editado por Corporación Editora Nacional y Abya Yala. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Ezquerro, David Baringo. 2014. “La tesis de la producción del espacio en Henri Lefebvre y sus críticos: un enfoque a tomar en consideración”. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos* 0 (3): 119–35.
- Garrocho, Carlos. 2006. “Un indicador de accesibilidad a unidades de servicios clave para ciudades mexicanas : fundamentos , diseño y aplicación Resumen Introducción”. *Economía, Sociedad y Territorio*. VI: 1–60.
- Género, Consejo Nacional para la Igualdad de. 2018. “Día de la mujer afrodescendiente”. Quito.
- Gómez, Gustavo, y Ovidio Delgado. 1998. “ESPACIO , TERRITORIO Y REGION : CONCEPTOS BASICOS PARA UN PROYECTO NACIONAL”. *Cuadernos de Geografía* 7: 120–34.
- González, Myriam Susana. 2019. “Mujeres migrantes en una ciudad patagónica de la invisibilidad a la presencia Migración , género y territorio”. *Voces en el Fenix*, 2019. <http://www.vocesenelfenix.com/content/migración-género-y-territorio-mujeres-migrantes-en-una-ciudad-patagónica-de-la-invisibilidad>.
- Guerrón, Carla. 2000. *El color de la panela*. Editado por Ediciones Afroamérica. Centro Cul. Quito.
- Gutiérrez, Javier. 2001. “Escalas espaciales, escalas temporales”. *Revista Estudios Geográficos* 242: 89–104. <http://estudiosgeograficos.revistas.csic.es/index.php/estudiosgeograficos/article/view/260/259>.
- Haesbaert, Rogério. 2013. “El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad”. *Cultura y representaciones sociales* 8 (15): 9–42. <https://doi.org/ISSN 2007-8110>.
- Haesbaert, Rogério da. 2007. *El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios” a la “multiterritorialidad”*. Editado por Bertrand Brasil. Tercera. Rio de Janeiro.
- Hall, Stuart. 1996. “Introducción: ¿quién necesita «identidad»?” En *Cuestiones de identidad cultural Stuart*, editado por Amorrortu Editores, 13–39. Buenos Aires-Madrid.
- Harvey, David. 1997. “El " nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión”.
- Hernández-Hernández, Fernando, y Juana Sancho. 2018. “Historias de vida y narrativas sobre la subalternidad : Afrontar el desafío de lo inabordable de la relación con el Otro”. *Educar* 54: 15–29.
- Hernández, Katty. 2009. “Entre discursos y metáforas: Representaciones sobre los cuerpos de mujeres afroecuatorianas”. FLACSO Ecuador.
- Herrera, Gioconda. 2007. “Ecuatorianos/as en Europa: de la vertiginosa salida a la construcción de espacios transnacionales.” En *Nuevas migraciones latinoamericanas a Europa. Balances y desafíos.*, editado por Gioconda Herrera y Isabel Yépez del Castillo, 558. Quito: FLACSO ECUADOR, OBREAL, Universidad Católica de Lovaina, Universidad del Barcelona.
- Herrera, Gioconda, y Ninna Nyberg Sørensen. 2017. “Migraciones internacionales en América Latina: miradas críticas a la producción de un campo de conocimientos Presentación del dossier”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* 58: 11–36.
- Howitt, Richard. 1998. “Scale as relation: Musical metaphors of geographical scale”. *Area* 30 (1): 49–58. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.1998.tb00047.x>.
- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2010. “Censo Nacional de Población y Vivienda”.
- . 2014. “Informe de Resultados: Encuesta de Condiciones de vida (ECV 2013-2014)”.

- . 2019. “Boletín técnico Encuesta nacional sobre relaciones familiares y violencia contra las mujeres (ENVIGMU)”. Quito.
- . 2020. “Encuesta Multipropósito”. Quito.
- Katerí, Tanya. 2013. *La subordinación racial en Latinoamérica*. Editado por Siglo del Hombre. Bogotá.
- Lara de la Rosa, Juana. 2018. “Transformaciones del territorio, cuerpo y ambiente: procesos de desterritorialización y reterritorialización de las mujeres indígenas en la ciudad de Bogotá, Colombia.” Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.
- Lefebvre, Henri. 1974. *La producción del espacio*.
- Lindón, Alicia. 2000. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Editado por Antropos Editorial. Barcelona.
- López, José, Ronny Correa, y María del Cisne Tituaña. 2017. “Migración interna y urbanización sin eficiencia en países en desarrollo : evidencia para Ecuador”. *Papeles de Población* 23.
- Lugones, María. 2005. “Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color”. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 25: 61–76.
- Magliano, María José. 2015. “Interseccionalidad y migraciones: Potencialidades y desafíos”. *Revista Estudios Feministas* 23 (3): 691–712. <https://doi.org/10.1590/0104-026X2015v23n3p691>.
- Marchese, Giulia. 2019. “Del cuerpo en el territorio al cuerpo-territorio: Elementos para una genealogía feminista latinoamericana de la crítica a la violencia”. *EntreDiversidades* 13: 9–41. <https://doi.org/10.31644/ED.V6.N2.2019.A01>.
- Molina, Irene. 2001. “Segregación habitacional étnica en la ciudad Sueca de Uppsala. Un Proceso de Racialización”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. 90: 1–17.
- Moreno, Francia. 2014. “Mujer afroecuatoriana como sujeto político: estrategias, resistencias o re-existencias”. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO Ecuador. <https://hsgm.saglik.gov.tr/depo/birimler/saglikli-beslenme-hareketli-hayat-db/Yayinlar/kitaplar/diger-kitaplar/TBSA-Beslenme-Yayini.pdf>.
- Mosquera, Yilver. 2018. “Escalas geográficas e identidades territoriales: trayectorias desde las comunidades negras del Valle del Patía”. *Geographia Meridionalis* 4 (2): 126–44.
- Olivera, Mercedes, y Luis Antonio Sánchez. 2019. “Género: ¿Estructura estructurante de la migración?” En *Mercedes Olivera: Feminismo Popular y Revolución. Entre La Militancia y La Antropología*, editado por CLACSO, 247–71. Argentina.
- Queirolo, Luca, y Mauricio Ambrosini. 2007. “Lecciones de la inmigración latina a Europa e Italia”. En *Nuevas migraciones latinoamericanas a Europa. Balances y desafíos.*, editado por Isabel Yépez del Castillo y Gioconda Herrera, 558. Quito: FLACSO ECUADOR, OBREAL, Universidad Católica de Lovaina, Universidad del Barcelona.
- Rodríguez, Jorge, y Gustavo Busso. 2018. “Migración interna y desarrollo en América Latina entre 1980 y 2005.” *Novedades en Población* 28: 13–25.
- Ruíz, Martha Cecilia. 2002. “Ni sueño ni pesadilla: diversidad y paradojas en el proceso migratorio”. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* 0 (14): 88. <https://doi.org/10.17141/iconos.14.2002.1283>.
- Santos, Milton. 2000. *La naturaleza del espacio*. Editado por Editorial Ariel. Ariel geografía. Barcelona.
- Sanz, Paula Pérez, y Carmen Gregorio Gil. 2020. “El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista. Politizar emociones y resistencias en el espacio urbano”. *Revista Invi* 35 (2020): 1–33.
- SECAP. 2021. “Por primera vez, Trabajadoras Remuneradas del Hogar acceden a un programa de profesionalización”. 2021. <https://www.secap.gob.ec/por-primera-vez->

- trabajadoras-remuneradas-del-hogar-acceden-a-un-programa-de-profesionalizacion/.
- Serrano, Alfredo. 2013. "Análisis de condiciones de vida, el mercado laboral y los medios de producción e inversión pública". Quito.
- Soja, Edward W. 2010. *Seeking spatial justice*. University of Minnesota Press.
- Stefoni, Carolina, y Fernanda Stang. 2017. "La construcción del campo de estudio de las migraciones en Chile: notas de un ejercicio reflexivo y autocrítico". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, núm. 58: 109–29.
- Szasz, Ivonne. 2013. "Migración y relaciones sociales de género : aportes de la perspectiva antropológica". *Estudios Demográficos y Urbanos* 9: 129–50.
- Cruz, Delmy, Estudios Superiores, Escuela Nacional, Ciencias Sociales, y Desarrollo Rural Regional. 2016. "Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos". *Solar* 12: 35–46.
- Telégrafo, El. 2017. "Afroecuatorianos piden mayor inclusión en la política pública". *El Telégrafo*, el 2 de octubre de 2017.
<https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/sociedad/6/afroecuatorianos-piden-mayor-inclusion-en-la-politica-publica>.
- Torres, Alfonso. 2017. "Acción colectiva y subjetividad. Un balance desde los estudios sociales". *Revista Folios*, núm. 30: 51–74.
<https://doi.org/10.17227/01234870.30folios51.74>.
- Ursino, Sandra. 2015. "Identidad y espacio urbano: la importancia de la espacialidad/territorialidad en los procesos de construcción de identidad de los trabajadores y ex – trabajadores de Destilería YPF-La Plata". Mendoza.
- Vera Santos, Rocío. 2016. "Mujeres afroecuatorianas en Quito : identidades , resistencia y acción política Afroecuatorian women in Quito : identities , resistance and political action". *Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública* 3 (1): 33–54.
- Veras, Eliane. 2010. "Historia de Vida: ¿Un método para las ciencias sociales?" *Cinta de moebio*, núm. 39: 142–52. <https://doi.org/10.4067/s0717-554x2010000300002>.
- Villa, Marco. 2015. "Acceso a la tierra de los ex huasipungueros en la hacienda 'Carpuela', en el valle del Chota." FLACSO ECUADOR.
<https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/8751>.
- Viveros, Mara. 2016. "La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación". *Debate Feminista* 52: 1–17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>.
- Zapata, Alex, Patricio Ruiz, y Frank Brassel. 2008. "La Estructura agraria en el Ecuador: una aproximación a sus problemáticas y tendencias". En *¿Reforma Agraria en el Ecuador? viejos temas, nuevos argumentos.*, editado por Frank Brassel, Stalin Herrera, y Michel Laforge, SISPAE, 248. Quito.

Entrevistas

Borja, Aracely (a). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Aracely (b). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Aracely (c). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Aracely (d). 2019. “entrevista”. agosto.
Borja, Irma (a). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Irma (b). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Irma (c). 2021. “entrevista”. marzo.
Borja, Norma (a). 2021. “entrevista”. febrero.
Borja, Norma (b). 2021. “entrevista”. mayo.
Borja, Norma (c). 2021. “entrevista”. junio.
Burbano, Angelita (a). 2021a. “entrevista”. abril.
Burbano, Angelita (b). 2021b. “entrevista”. mayo.
Burbano, Angelita (c). 2021c. “entrevista”. junio.
Gudiño, Bertha (a). 2021a. “entrevista”. febrero.
Gudiño, Bertha (b). 2021b. “entrevista”. febrero.
Gudiño, Bertha (c). 2021c. “entrevista”. marzo.

Anexos

Anexo 1. Familias de códigos para Atlas ti

Codificación para Atlas ti

| Familia | Códigos |
|--|---|
| Aceso a educación formal | Motivo de la migración Ingreso a instituciones educativas |
| Autonomía corporal | Libertad reproductiva Libertad sexual Corporalidad Alimentación Comportamiento Lenguaje Salud Vestimenta |
| Inserción en el mercado de la vivienda | Acceso a la vivienda Condiciones de la vivienda |
| Inserción en el mercado laboral | Propiedad de la vivienda Aporte a la economía del hogar Independencia económica |
| Participación en actividades públicas | Relaciones laborales Poder de decisión y negociación frente a las instituciones |
| Prácticas comunitarias | Participación política Participación comunitaria Prácticas identitarias Bomba Vínculos con la comunidad |
| Prácticas sexo-afectivas | Amistades Familia Fiesta Afectividad Pareja Reproducción Sexualidad |
| Prácticas socio-económicas | Escolaridad |

| | |
|-------------------------|---|
| Reorganización familiar | Salud Trabajo remunerado Poder de decisión y negociación dentro del hogar |
| | Redistribución de las tareas de cuidado |
| Violencia | Toma de decisiones Trabajo de cuidado Violencia física Violencia psicológica Violencia sexual |
| Espacialidad | Espacialidad en la ciudad Espacialidad en el territorio de origen |

Fuente: Datos tomados del trabajo investigativo.

Anexo 2. Protocolo entrevistas para testimonios de vida

Protocolo para entrevistas

| PROTOCOLO PARA TESTIMONIOS DE VIDA | | | |
|------------------------------------|--|----------|--|
| Entrevistada: | | | |
| Fechas tentativas de encuentros: | | | |
| Condiciones | | Duración | |
| Encuentro N° 1 | Sesión introductoria, reconstrucción general de la historia de vida en orden cronológico en función de lo que la entrevistada considere necesario narrar | | |
| Encuentro N° 2 | Preguntas de profundización (Subdimensiones, ámbitos e indicadores) | | |
| Encuentro N° 3 | Cierre de la historia de vida, revisión conjunta con la entrevistada de las transcripciones y evaluación de resultados ¿Qué ha significado para ti reconstruir tu historia? | | |

Fuente: Datos tomados del trabajo investigativo.

Anexo 3. Descripción de comunidades que componen el Valle del Chota Mira.

Comunidades que componen el Valle del Chota -Mira

| Valle del Chota Mira | | |
|--------------------------|-----------|-----------------|
| Comunidades | Cantones | Provincia |
| San Francisco de Caldera | Bolivar | Carchi |
| Piquiucho | Bolivar | Carchi |
| San Victorino | Bolivar | Carchi |
| Pusir | Bolivar | Carchi |
| Tumbatú | Bolivar | Carchi |
| Chota chiquito | Bolivar | Carchi |
| Dosacequias | Mira | Carchi |
| Mascarilla | Mira | Carchi |
| Pambahacienda | Mira | Carchi |
| Chalguayacu | Pimampiro | Imbabura |
| El Juncal | - | Carchi/Imbabura |
| Carpuela | Ibarra | Imbabura |
| El Ramal de Ambuquí | Bolivar | Carchi |
| San Alfonso | Ibarra | Imbabura |
| El Chota | Pimampiro | Imbabura |
| Pusir Chico | Bolivar | Carchi |
| Pusir Grande | Bolivar | Carchi |
| Pimampiro | Pimampiro | Imbabura |
| El Tambo | - | Imbabura |

Fuente: Villa 2015.

Anexo 4. Tabla resumen de resultados y conclusiones de la investigación.

| PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN | | |
|--|--|--|
| Preguntas secundarias | | Pregunta principal |
| ¿Qué relaciones, representaciones y prácticas mantenían las mujeres afroecuatorianas en sus territorios de origen y qué prácticas de territorialización mantienen en la ciudad de Quito? | ¿Cuáles con los mecanismos de transformación de los roles, imaginarios y relaciones de poder de las mujeres afrodescendientes, establecidos en el proceso de migración? | ¿Cómo influyen los procesos migratorios (campo-ciudad) de las mujeres afrodescendientes en sus transformaciones identitarias? |
| RESULTADOS | | CONCLUSIONES |
| Tras la migración: Las mujeres modifican sus comportamientos en cuanto a: su alimentación, vestimenta, formas de hablar y de interactuar socialmente, influidas por el blanqueamiento como ideología dominante en la ciudad de Quito. Sin embargo, para algunas el cuidado y el trenzado del cabello, se mantiene y es importante para las mujeres como símbolo de su identidad afrodescendiente. | Transformación de la corporalidad femenina como estrategia de adaptación en la ciudad en tanto que facilita el acceso y permanencia en un empleo y es percibida como herramienta para disminuir la discriminación racista. | Existe una tensión entre la adaptación corporal ligada al blanqueamiento como estrategia frente a los estereotipos racistas en la ciudad y el deseo de mantener características estéticas valoradas como símbolo de la identidad afrodescendiente o como símbolo de su auto valorización como mujeres independientes. |
| Las prácticas de salud ligadas al uso de plantas medicinales y la asistencia de una comadrona se mantienen en la ciudad. Mientras que el acceso a servicios de salud pública y privada se sigue realizando de manera esporádica. | | Para algunas mujeres la recreación de platos y el uso de plantas medicinales es una práctica identitaria muy valorizada y representan un vínculo directo con su territorio de origen. |

| | | |
|---|--|---|
| <p>En la ciudad, las mujeres comienzan a sostener conversaciones sobre sexualidad en sus entornos cotidianos (con su jefa, sus compañeras de trabajo y/o sus amigas) y sus hijos reciben información al respecto en el sistema educativo, lo cual es percibido como algo necesario y bueno.</p> | <p>Se identifican tres mecanismos de transformación de las identidades de las mujeres respecto del manejo de la sexualidad y la reproducción en la ciudad: 1) El incremento de la circulación de información sobre sexualidad y reproducción y 2) Posibilidad de hablar de esto con sus hijas/os y 3) Mayor disponibilidad de métodos anticonceptivos farmacológicos</p> | <p>El acceso a métodos anticonceptivos incrementa el control de las mujeres sobre la reproducción, pero de manera limitada debido al desconocimiento, el machismo de sus parejas, la limitación económica para adquirir el método farmacológico que deseen (especialmente la píldora) y los efectos secundarios de los métodos farmacológicos en sus cuerpos, que las obligan a abandonarlos.</p> |
| <p>Permanencia de los roles de género que asignan mayoritaria y/o exclusivamente el trabajo de cuidado, en la cocina y el hogar, a las mujeres afrodescendientes, tanto en el Valle como en la ciudad. Sin embargo, en algunos casos los hijos hombres si participan de as tareas de cuidado debido a la participación de sus madres en el trabajo remunerado y a las dificultades que Quito impone en términos de tiempo de traslado cotidiano</p> | <p>Participación de los hijos hombres de las mujeres en las tareas del hogar</p> | <p>No se evidencia una transformación respecto de los roles de género asociados a la distribución sexual del trabajo.</p> |
| <p>La obtención independiente de recursos económicos, es un elemento que se mantiene a lo largo de las trayectorias de vida de las mujeres migrantes y está fuertemente asociado a la autonomía económica y autonomía de las mujeres frente a sus parejas.</p> | <p>Incremento del nivel de autonomía social de las mujeres migrantes frente a los hombres, ligado al incremento de su autonomía económica.</p> | <p>La obtención de recursos económicos por medio del trabajo es mayor en la ciudad que en el Valle, lo cual tiene efectos en la autovaloración de las mujeres y en la disminución de la tolerancia de las mismas frente a la poliginia, la discriminación y la violencia machista por parte de sus parejas.</p> |

| | | |
|---|--|--|
| <p>Las mujeres mantienen un alto nivel de apropiación del hogar como jefas de hogar, que llega a ponerse en disputa cuando se encuentran en situación de dependencia económica, pero nunca es cedido por completo frente a sus parejas.</p> | | |
| <p>El acceso a la vivienda en un Conjunto habitacional en la ciudad implica para las mujeres adaptarse a las relaciones de convivencia entre vecinos/as ligadas a la figura de "propiedad horizontal" . También proporciona una sensación de seguridad, el poder delegar el trabajo de cuidado a sus familiares y la posibilidad de que sus hijos/as convivan y jueguen juntos.</p> | <p>El acceso a una vivienda propia es percibido por las mujeres como una fuente de estabilidad y seguridad, además de un mayor control sobre su espacio cotidiano.</p> | <p>La propiedad de la vivienda ofrece a las mujeres un sentido de autonomía y es sinónimo de "éxito" personal. También se establece como mecanismo de diferenciación frente a otros migrantes afrodescendientes.</p> |
| <p>Debido a la discriminación laboral, tras la migración las mujeres se insertan al mercado de trabajo urbano principalmente como trabajadoras remuneradas del hogar, con limitados o nulos derechos laborales.</p> | <p>Establecimiento de jerarquías complejas (familiaridad asimétrica) entre empleadores y empleadas y enfrentamiento a acoso sexual por parte de los empleadores.</p> | <p>Las dinámicas de familiaridad asimétrica se conjugan con la hipersexualización de las mujeres afrodescendientes, exponiéndolas a explotación, violación de sus derechos laborales y acoso sexual por parte de sus empleadores pero posibilitando la obtención de un salario fijo (en algunos casos estabilidad y beneficios de ley) y ayudas ocasionales para ellas y/o sus hijos/as, lo cual incrementa su poder de decisión y negociación dentro de sus hogares y frente a sus parejas.</p> |

| | | |
|--|--|--|
| <p>Las mujeres acceden a servicios educativos los cuales les permiten alcanzar un mayor nivel de estudios frente a sus pares en el Valle del Chota-Mira al menos hasta el nivel de bachillerato.</p> <p>El acceso a educación superior está limitado por el lado de la oferta, debido a la dificultad de acceder a un cupo en las universidades públicas y el horario y el costo de oferta educativa en las universidades privadas. Por el lado de la demanda por la carga de trabajo remunerado y no remunerado que realizan las mujeres, el machismo de sus parejas, las condiciones en las que se desempeñan laboralmente y el nivel de ingresos que obtienen por su trabajo,</p> | <p>Acceso a programas de bachillerato acelerado, educación nocturna o a distancia y formación técnica a precios accesibles posibilitaron a las mujeres migrantes afrodescendientes terminar el bachillerato y/u obtener un título técnico.</p> | <p>A pesar de no haber logrado cumplir la expectativa respecto al estudio universitario, las mujeres si ven a la educación obtenida como un elemento de autovalorización y también como aspecto diferenciador frente a las personas del Valle del Chota-Mira y proyectan a sus hijos hacia el alcance de un mayor nivel educativo que el suyo, entendido como un mecanismo de movilidad social ascendente.</p> |
| <p>El relacionamiento de las mujeres con su familia y los miembros de su comunidad de origen se mantienen por medio del apoyo económico y las visitas esporádicas, sin embargo, existen tensiones debido a las diferencias ideológicas de las mujeres que migraron respecto del machismo y las expectativas de vida a futuro.</p> | | |

| | | |
|---|--|---|
| <p>La recreación y adaptación de los relatos orales sobre la negritud, el baile de la bomba y las fiestas en la ciudad permite sostener un vínculo con las comunidades de origen.</p> | <p>Integración de grupos de baile de la bomba y el acercamiento con organizaciones afrodescendientes que permite a las mujeres sostener y valorizar prácticas identitarias asociadas a la negritud en la ciudad y conocer las oportunidades existentes para las personas afrodescendientes organizadas en el país.</p> | <p>Si bien los grupos de baile son valorizados en cuanto les permiten acceso a espacios de socialización y representación étnica, las mujeres reconocen las diferencias del baile (como práctica y representación) en la ciudad y los límites económicos y políticos de estos espacios, frente a las necesidades de la población femenina afrodescendiente.</p> |
| <p>Para tres de las colaboradoras, la participación en organizaciones políticas se potenció en la ciudad.</p> | <p>Los vínculos familiares y de amistad de las mujeres en la ciudad, incrementan sus capacidades de apropiación del espacio urbano, tanto respecto a la obtención de una vivienda como en el espacio público.</p> | <p>La participación política de las mujeres en la ciudad, propicia la autovalorización étnica, el reconocimiento y defensa de sus derechos y el acceso a bienes y oportunidades.</p> |
| <p>Permanecen los mecanismos de acción y defensa frente a la violencia machista que ya estaban presentes en el Valle del Chota-Mira y se agregan nuevos mecanismos de defensa ligados a las redes de amistad en la ciudad.</p> | <p>Existencia de redes de amistades que identifican la violencia machista como un problema y ofrecen ayuda a las migrantes.</p> | <p>Las mujeres incrementan su percepción respecto de la intolerancia a la violencia machista</p> |
| <p>La capacidad de ocupación del espacio público en la ciudad está limitada en función del tiempo y los recursos económicos disponibles, debido a la distancia de sus viviendas a sus lugares de trabajo y la necesidad de conciliar el trabajo remunerado con el trabajo de cuidado no remunerado.</p> | <p>Enfrentamiento a discriminación racial en el espacio público, mediante el uso de mecanismos de defensa que incluyen desde la respuesta agresiva hasta la búsqueda de anonimato.</p> | <p>Incremento de la percepción de inseguridad en el espacio público.</p> |

Fuente: Datos obtenidos del trabajo investigativo.